



UNA HISTORIA DE ROMANCE Y
CONQUISTAS

Una novela de Jorge Morel

Traducción del Inglés original.

Primera revisión.

Este libro es una obra de ficción. Algunos de los lugares y acontecimientos descritos están basados en hechos históricos reales.

Los personajes y sus acciones, tal como se presentan en esta obra, son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas, hechos u objetos reales es mera coincidencia.

Diseño de portada: IA

Todos los derechos reservados. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de este texto sin la autorización expresa del autor.

Julio de 2026

EPÍLOGO

Los obreros esperaban encontrar piedra.

Durante meses habían estado restaurando el antiguo monasterio que se aferraba a la ladera de una colina en Taormina, Italia, sobre las aguas del mar Mediterráneo. El edificio había sobrevivido a guerras, terremotos y siglos de abandono. Ahora, oculto bajo capas de yeso y polvo, su pasado comenzaba a emerger lentamente una vez más.

Una cálida mañana de primavera, el pico de un trabajador golpeó madera. El sonido era tan inusual que se detuvo de inmediato. En menos de una hora, un pequeño grupo se había reunido alrededor de la excavación poco profunda. Enterrado bajo el suelo de lo que alguna vez había sido un almacén, yacía un cofre de madera, ennegrecido por el paso del tiempo, pero sorprendentemente intacto. El rudimentario candado se había oxidado y desaparecido hacía siglos.

Los obreros, ansiosos por su descubrimiento y por conocer su contenido, lo abrieron. En su interior encontraron varios objetos reducidos casi a polvo, una cruz de plata y tres paquetes de pergaminos envueltos en tela impermeabilizada con aceite.

Reconociendo la importancia del hallazgo, los documentos fueron trasladados al Vaticano y entregados a especialistas para su examen. Se compararon estilos de escritura, ortografía, idioma y referencias históricas con documentos conocidos de la misma época. Técnicas científicas de datación por radiocarbono, examen mediante luz ultravioleta y obtención de imágenes multispectrales permitieron revelar si había alteraciones posteriores, textos ocultos o falsificaciones modernas.

Tras varias semanas de estudio, los pergaminos fueron declarados auténticos. La tinta, la caligrafía y los

materiales apuntaban inequívocamente al siglo XIII. Lo más extraordinario de todo fue una inscripción descolorida, hallada en uno de los envoltorios:

Pater Nicolaus

El nombre era conocido por los historiadores. Los registros hablaban de un sacerdote que había viajado mucho más allá de la Cristiandad, hacia tierras alcanzadas por muy pocos europeos de su tiempo. Sin embargo, ningún relato mencionaba el extraordinario tesoro ocultado por siglos bajo el suelo del monasterio.

Los pergaminos contenían una historia. No la crónica de un rey, un papa o un conquistador.

La historia de un mongol.

Página tras página describía la interminable estepa, el estruendo de los cascos, el surgimiento de grandes ejércitos, desiertos distantes, ciudades olvidadas, un intenso amor lejano y un viaje que llevó a un hombre mucho más lejos de lo que jamás había imaginado posible.

Una y otra vez aparecía un mismo nombre.

Temür.

Y junto a su historia aparecía el nombre de una mujer, escrito con una ternura inusual. Layla.

Ningún historiador había oído hablar de él. Ningún monumento conservaba su imagen. Ninguna crónica celebraba sus hazañas.

Y, sin embargo, a través de siete siglos, su voz había sobrevivido, preservada por la mano de un amigo que creyó que su historia merecía perdurar.

Muy lejos, más allá de montañas, desiertos y del paso del tiempo, las praderas de Mongolia seguían extendiéndose bajo el Eterno Cielo Azul.

Y por fin, después de siglos de silencio, Temür volvió a hablar.

CAPÍTULO 1

LA HISTORIA DE TEMÜR

La estepa no tenía fronteras.

Se desplegaba en todas direcciones como un océano infinito de hierba. El viento la recorría como un aliento viviente, inclinando las altas espigas amarillas en largas olas susurrantes. No había muros, ni caminos, ni aldeas; solo la tierra abierta y los rebaños errantes. Sobre todo ello se extendía el Eterno Cielo Azul, el gran firmamento de la estepa.

Corría el año 1216. Un mor'ton (jinete) que atravesara solo aquel inmenso mar de hierba en Mongolia rara vez lo hacía sin un propósito. Podía llevar un mensaje para su kan, avanzar como explorador o dirigirse hacia un destino conocido. Pero los niños no vagaban solos por un lugar así.

Temür cabalgaba solo.

Tenía once años y no poseía un destino, únicamente el propósito de sobrevivir.

Expulsado de su tribu, avanzaba ahora por tierras que no conocía. Ignoraba cuáles eran sus posibilidades. Tal vez encontraría una tribu nómada dispuesta a acogerlo. Tal vez la estepa reclamaría antes su vida.

Tan solo una semana atrás había conocido una existencia muy diferente.

Desde su nacimiento, Temür había vivido en un *khot'ail*¹, un conjunto de *gers* que formaban una comunidad tribal.

La *ger* era la vivienda tradicional de los mongoles. Consistía en una tienda construida sobre una estructura de madera y cubierta con lana de oveja. Se reforzaba con cuerdas fabricadas con crines de caballo, que mantenían todo firme frente a los fuertes vientos de la estepa y conservaban el calor durante el invierno y la frescura en verano.

El padre de Temür, Al-Lamir, era el kan del clan², por lo que el niño había disfrutado de una vida relativamente privilegiada.

Tenía un padre que se alzaba entre los hombres como un pilar, una madre cuya voz transmitía calidez, tres hermanas y un hermano, Altan, dos años mayor que él, fuerte y estricto.

Temür había crecido a la sombra de su hermano, guiado por su fortaleza y protegido por su presencia; la mano más firme, la voz más segura, aquel en quien su padre confiaba cuando era necesario emitir un juicio.

La tribu de Temür era pequeña: apenas una docena de familias, poco más de doscientas almas. Sin embargo, estaba unida y era regida por las leyes de la estepa. Entre ellos, todo varón de entre doce y sesenta años era considerado un *dainchin*, un guerrero de por vida.

¹ Khot'ail. Un grupo de tiendas perteneciente a un clan o tribu.

² Los términos “clan” y “tribu” tienen diferentes significados. ‘Clan’ se refiere al grupo de una misma familia, normalmente formado por unas docenas de personas. ‘Tribu’ se refiere a un largo grupo de miembros de común etnicidad o afiliación política.

Cuando Temür nació, la *ekh barigch* (partera) se sorprendió al ver que tenía un coágulo de sangre apretado en el puño; una señal de la que los ancianos hablaban en voz baja, una marca del destino.

Entre los ancianos se decía:

“Un niño que nace aferrando sangre en su mano llegará un día a sostener el destino de los hombres, y nunca lo soltará sin pagar un precio.”

Pocos sospechaban que aquella profecía terminaría haciéndose realidad.

Su padre lo llamó Temür, que significa “hierro” en lengua mongola.

A los tres años, siguiendo la costumbre tribal, recibió un pony al que llamó Salkhi (Viento), y desde aquel día cabalgó como si jamás hubiera aprendido a caminar. Pero no era su habilidad para montar lo que lo distinguía.

A los seis años le entregaron un arco. Más pequeño que los utilizados por los adultos, pero no menos letal.

Y con él, algo despertó en su interior.

Temür aprendía no como aprende un niño, sino como si estuviera recordando algo que alguna vez había sabido y luego olvidado. Pronto fue capaz de realizar tres proezas que incluso los guerreros veteranos encontraban difíciles de dominar:

El Ascenso del Lobo, parándose en los estribos para disparar sus flechas.

El Giro del Halcón, girando completamente mientras galopaba a toda velocidad para disparar a quienes lo perseguían.

Y el *Descenso de la Sombra*, ocultándose tras un lado de su caballo para disparar por debajo de su cuello.

Temür se movía con una calma y una seguridad impropias de su edad. Quienes lo observaban comenzaron

a preguntarse no si llegaría a ser grande, sino qué clase de hombre llegaría a convertirse.

Pero precisamente porque era tan conocido, su vida se veía perturbada con frecuencia por quienes lo miraban con envidia.

Había un muchacho de un clan vecino, tres años mayor que su hermano Altan, de hombros anchos y con la actitud de un joven guerrero. Su nombre era pronunciado con irritación por los muchachos más jóvenes y con indulgencia por los ancianos, pues era hijo de un hombre respetado.

Visitaba con frecuencia el khot'ail de Temür y, cuando lo hacía, con él llegaban los problemas .

El muchacho tomaba lo que quería —carne, herramientas, pequeños trofeos de orgullo— y se reía cuando alguien lo desafiaba. Entre los muchachos, la fuerza era ley, y él era obedecido sin cuestionamientos.

Altan no le tenía miedo.

Temür sí.

Finalmente, algo tenía que romperse, y ocurrió junto al río.

El agua corría fría y cristalina sobre piedras lisas, y los dos hermanos habían trabajado juntos desde la mañana, pacientes y silenciosos, hasta que por fin atraparon un pez lo bastante grande para alimentar a toda la familia. Se debatía entre las manos de Altan, plateado y vigoroso, un premio poco común arrancado a la corriente.

Estaban riendo cuando apareció el otro muchacho.

Al principio no dijo nada. Solo observó.

Luego avanzó.

Altan se interpuso en su camino. Pelearon, pero el enfrentamiento fue breve.

El muchacho mayor golpeó primero: rápido, fuerte y sin vacilar. Altan se tambaleó, pero no cayó. Respondió

con su propio golpe, aunque la diferencia de fuerza era demasiado grande. Un segundo impacto lo derribó.

Temür permaneció inmóvil, incapaz de mirar. Escuchó el sonido sordo de los golpes y a su hermano forcejeando bajo un peso superior. La pelea terminó tan repentinamente como había comenzado.

Durante unos instantes, los tres muchachos permanecieron en un silencio roto únicamente por el sonido de sus respiraciones. Cuando Temür volvió a mirar, todo había terminado.

El muchacho estaba de pie sobre Altan, sosteniendo el pez. Soltó una breve carcajada satisfecha y se marchó sin decir una palabra.

Altan permaneció tendido unos momentos antes de incorporarse.

Caminó hasta Temür y lo abrazó, intentando dejar atrás lo sucedido. Pero no pudo ocultar su decepción, y Temür la percibió. Regresaron a su khot'ail en silencio.

La noticia se propagó rápidamente, como siempre ocurría entre las gers. Para cuando estuvieron frente a su padre, la historia ya había adquirido una forma distinta, más dura y más cruel que la realidad.

Altan había peleado. Temür no.

Su padre, Al-Lamir Kan, escuchó sin mostrar emoción alguna. Cuando Altan terminó de hablar, magullado y sangrando, el juicio del padre llegó no en forma de ira, sino de algo más frío.

Temür esperaba una severa reprimenda, quizá incluso un castigo físico, pero su padre solo le dijo:

—Un hombre no abandona a su hermano.

Las palabras cayeron sobre él con más peso que cualquier golpe. A su alrededor, algunos comenzaron a murmurar. Otros hablaron abiertamente.

Cobarde.

La palabra pasó de boca en boca, primero en voz baja y luego cada vez con más fuerza. Temür tenía apenas once años, y aquellas sílabas se posaron sobre él como el polvo arrastrado por el viento, imposibles de sacudir.

Aquella noche durmió fuera, junto a una fogata moribunda, mientras la estepa se extendía hacia una oscuridad interminable.

Y volvió a escuchar la palabra.

Cobarde.

Entonces tomó una decisión. Limpiaría su nombre y el de su familia, o moriría en el intento.

Tengri, el dios supremo del cielo, sería quien lo juzgaría.

Al amanecer, partió solo. Sabía dónde encontrar al muchacho.

No fue por casualidad, sino porque ya lo había observado antes. Había aprendido sus costumbres, notado por dónde cabalgaba, dónde cazaba y en qué lugares creía estar completamente solo.

Oculto tras una suave elevación del terreno, Temür permaneció inmóvil, empuñando su arco. Su respiración se hizo más lenta y sus pensamientos se redujeron hasta que no quedó nada más que ese instante.

El muchacho apareció a la vista, guiando a su caballo sin precaución alguna, distraído, como si el mundo no albergara amenaza para él.

En la vasta llanura de la estepa, los jinetes mongoles podían notar algo a enormes distancias. El ser capaz de distinguir un *bar* (tigre) oculto a cientos de pasos, o a un *cherig* (guerrero enemigo) esperando en una emboscada, era una cuestión de supervivencia.

Cuando el muchacho se encontraba a unos cuatrocientos metros de distancia, Temür se mostró.

El otro detuvo su caballo y comprendió de inmediato. El pequeño estaba dispuesto a morir antes que seguir viviendo con aquella humillación.

Tomó su arco y colocó una flecha en la cuerda. Luego calculó la distancia. Era un disparo muy incierto. Esperaría hasta llegar a doscientos pasos. Entonces dispararía sus flecha.

Con su arco listo, soltó una carcajada y lanzó su caballo al galope.

Temür se incorporó lentamente. Acomodó su flecha y atrajo la cuerda del arco hasta su oreja. Durante un instante, quedó inmóvil.

No sentía miedo ni ira. Solo certeza.

Cuando el caballo del muchacho aún estaba a trescientos pasos, soltó la cuerda. La flecha salió silbando y un segundo después impactó limpiamente en el centro de su pecho. El cuerpo del muchacho se sacudió una vez y cayó de la silla sobre la hierba.

El caballo siguió corriendo sin su jinete. El silencio regresó a la estepa.

Temür bajó el arco.

El muchacho había muerto, pero, a pesar de lo acontecido, nada más había cambiado. El viento siguió pasando sobre él como siempre lo había hecho. El cielo permanecía igual.

Cuando regresó a su ger, se lo contó a su padre.

El kan comprendió de inmediato las consecuencias de lo que Temür había hecho.

—Yo te protegeré —le dijo—. Asumiré esa sangre como propia.

La voz del muchacho sonó clara y firme:

—No. Yo responderé por lo que he hecho.

Antes del anochecer, encontraron el cuerpo .

Yacía donde había caído, con la flecha todavía hundida profundamente en su pecho. Su caballo había regresado sin jinete. Solo eso bastó para que hombres de toda la tribu salieran en su búsqueda, y no tardaron mucho en comprender lo ocurrido.

Tampoco necesitaron preguntar quién era el responsable.

Al caer la tarde el clan vecino se dirigió al khot'ail de Temür.

Cabalgaban con furia, y su ira los precedía como un viento de tormenta. A la cabeza iba el padre del muchacho muerto, el rostro esculpido por el dolor y la rabia, los ojos clavados en el campamento del pueblo de Temür.

Aquella noche nadie habló a la ligera. Las armas permanecían al alcance de la mano. Incluso el aire parecía contener la respiración.

Ambos kanes se sentaron frente a la ger de la familia de Temür. Los hombres de ambas tribus se reunieron formando un amplio círculo, silenciosos, expectantes. Algunos opinaban que Temür tenía derecho a buscar justicia, aunque coincidían en que había ido demasiado lejos.

Temür permaneció de pie ante ellos.

No llevaba cadenas. No eran necesarias.

Durante largo rato, su padre escucho la acusación sin decir nada. Después fijó la mirada en su hijo, no como padre, sino como juez.

—Lo mataste.

No era una pregunta.

Temür no bajó la vista.

—Sí.

Un murmullo recorrió a los presentes.

La expresión del kan no cambió.

—¿Por qué?

La voz de Temür no tembló.

—Golpeó a mi hermano. Tomó lo que era nuestro.
Guardó silencio un instante y añadió:

—Hice lo que no fui capaz de hacer antes.

—¿Fue una muerte honorable?

—Sí, padre. Se acercaba con una flecha ya preparada en su arco.

El viento atravesó el campamento, agitando los bordes de las tiendas de fieltro. El kan cerró los ojos por un momento, como si escuchara algo más allá de las voces que lo rodeaban, como si intentara oír el consejo de los dioses. Luego alzó la vista hacia la tribu reunida y más allá, donde el clan rival y los demás jinetes aguardaban en la oscuridad, esperando su veredicto.

Cuando volvió a hablar, su voz se extendió por todo el círculo, firme e inquebrantable.

La sangre exigía sangre.

Y si no se hacía justicia, la guerra vendría después.

El kan volvió la mirada hacia su hijo.

—Eres mi hijo —dijo—. Y por eso no puedo matarte.

Una ola de sorpresa recorrió a los presentes.

—Pero has derramado una sangre que no te correspondía reclamar. Comprendes que debes marcharte.

Temür respondió:

—Sé que ya no hay lugar para mí en este khot'ail.

—Tomarás tu caballo y todo lo que puedas cargar.
Desde esta noche ya no perteneces a esta tribu.

Nadie protestó.

—No regresarás. No volverás a llamarte mi hijo.
Y ningún hombre de aquí cabalgará a tu lado.

Temür permaneció inmóvil, sin mostrar emoción alguna.

El mundo no se quebró. El cielo no cayó. Solo algo en su interior se derrumbaba y le desgarraba el corazón. De repente, su mundo había dejado de ser el mismo.

Ahora era un paria.

Altan se acercó. Miró a Temür y lo abrazó durante largo tiempo.

Su madre le entregó una gruesa manta de lana y se volvió para ocultar las lágrimas, sin pronunciar una sola palabra.

Los kanes se pusieron de pie. Era la señal definitiva. El juicio había sido pronunciado.

Aquella noche, Temür no durmió entre los suyos.

Antes del amanecer montó a Salkhi. Nadie acudió a despedirlo. Ninguna voz pronunció su nombre. Solo el viento recorrió la estepa, como siempre lo hacía, indiferente al destino de los hombres.

Temür no miró atrás.

Y así, el hijo de un kan cabalgó hacia el mundo abierto.

Solo.

CAPÍTULO 2

LA ESTEPA³

Su pony, Salkhi⁴, corría bajo y veloz sobre el terreno irregular, sus cascos marcando un ritmo constante. La oscura crin del animal ondeaba al viento, y una nube de polvo quedaba tras ellos mientras atravesaban las ondulantes llanuras.

Temür se inclinaba hacia adelante, su cuerpo fundido con el movimiento del caballo, la mirada fija en la manada que corría delante.

Tres gacelas huían a través de la hierba, ligeras y fugaces como sombras proyectadas en el suelo. Avanzaban en largos saltos sin esfuerzo, apenas rozando la hierba.

Temür presionó suavemente los talones contra los costados de Salkhi, y el pequeño caballo respondió lanzándose hacia adelante.

La distancia entre cazador y presa comenzó a reducirse.

Sin romper el ritmo de la carrera, Temür llevó una mano por detrás del hombro y extrajo una flecha del carcaj

³ Estepa: una vasta pradera abierta con muy pocos árboles. Se extiende por partes de Mongolia, Asia Central, el sur de Rusia y Ucrania.

⁴ Salkhi: 'viento', en español.

de cuero que llevaba a la espalda. En el mismo movimiento levantó su arco: su arma de madera y cuerno, pulida por años de uso.

Se incorporó ligeramente sobre los estribos y el mundo se redujo al ser viviente que corría delante.

Tensó la cuerda hasta la altura de la oreja. Durante un latido, permaneció inmóvil, concentrado únicamente en la presa. Soltó la flecha, que silbó por el aire y se clavó detrás del hombro de la última gacela.

El animal tropezó, giró una vez sobre sí mismo y cayó entre la hierba. Las otras desaparecieron en la distancia.

Temür frenó a su caballo y regresó. Cuando llegó junto al animal caído, desmontó y se arrodilló a su lado. Posó una mano sobre el cuello, no en señal de triunfo, sino de reconocimiento; un homenaje silencioso a la vida que había sustentado a su pueblo desde los primeros tiempos.

Temür alzó la vista.

—*Eterno Cielo Azul* —murmuró apenas en un suspiro—, *doy gracias por esta caza*.

Era una sencilla mongola oración, más antigua que la memoria, transmitida de padre a hijo a través de generaciones de jinetes y polvo.

Una hora después, el sol había desaparecido tras las lejanas montañas Khentii, y la estepa se iluminaba con el tenue resplandor de una luz agonizante. Los pastos se habían vuelto de color bronce bajo la llegada de la noche. El viento corría sobre ellos como una marea oscura.

A lo lejos, en medio de aquella inmensidad, parpadeaba una pequeña fogata, apenas perceptible en la vastedad de la tierra. Temür había levantado allí su campamento. Había atado a su poni, apoyado la silla de montar como protección contra el viento y encendido un fuego con estiércol seco. Sobre las llamas se asaba

lentamente una tira de carne fresca, cuyo aroma ascendía hacia el aire nocturno.

Después de comer, antes de acostarse, tomó un pequeño trozo de carne y lo arrojó al fuego.

Luego, en voz baja, pronunció las palabras que su padre le había enseñado mucho tiempo atrás, invocando a los espíritus de quienes habían vivido antes que él.

—*Cielo Azul, escúchame.*

Espíritus de mis padres, cabalgad cerca de mí.

Ofrezco esto a la llama.

Proteged mi sueño

y mantened mi alma en su camino.

El fuego crepitó suavemente.

A la tenue luz de las llamas, la pequeña figura de Temür parecía casi irreal.

Cuando el fuego se había reducido a brasas, Temür yacía de lado, con la cobija ajustada contra el frío, observando cómo los últimos rescoldos exhalaban su luz moribunda hacia la oscuridad.

La estepa se extendía a su alrededor sin fin. No había voces. No había risas. No había tribu. Solo el viento y el lento y constante sonido de su poni arrancando hierba a poca distancia.

Cerró los ojos.

Luego, en silencio, casi avergonzado de sus propias palabras, susurró una oración a la noche:

—*Tengri, dios supremo del cielo... Sé que mi destino es justo y estoy en deuda contigo por haberme permitido vivir hasta ahora. Mi único deseo es redimirme haciendo el bien. Pero estoy solo... Si puedes oírme... ayúdame... envíame un amigo que necesite ayuda.*

Escuchó. No hubo respuesta. Solo más silencio.

El niño exhaló lentamente y se volvió boca arriba, contemplando las estrellas hasta que el sueño terminó por vencerlo.

Horas después despertó sobresaltado. Algo no estaba bien. El aire había cambiado.

Su mano se deslizó lentamente hacia el cuchillo que llevaba al cinturón.

Entonces vio un ojo. Lo observaba desde la oscuridad, más allá de las brasas. El aliento se le quedó atrapado en la garganta y durante un instante fue incapaz de moverse.

Historias regresaron de golpe a su memoria: espíritus de la estepa, cazadores de la noche, seres que observaban a los hombres mientras dormían.

El ojo no parpadeó.

Temür tragó saliva y se obligó a incorporarse, cada instinto le gritaba que huyera.

—Vete —susurró hacia la oscuridad con voz seca—. No tengo nada para ti.

El ojo se movió. Lentamente, la criatura avanzó.



No era un espíritu.

Era un perro... o quizás un lobo obligado a abandonar su manada.

Igual que le había ocurrido a él.

El pelaje estaba áspero y enmarañado por los viajes y las viejas heridas. Un lado del rostro mostraba una cicatriz profunda. El ojo de ese lado había desaparecido, sellado en una línea pálida y retorcida.

El otro ojo, amarillo y penetrante, jamás se apartó de Temür. El animal permanecía justo fuera del alcance de la luz del fuego. Sus costillas se adivinaban bajo el pelaje.

Solo. Como él.

Temür soltó el aire que no había advertido que contenía.

—No eres un fantasma —murmuró.

Pensó en ofrecerle algo de carne de gacela y miró hacia el fuego, pero no quedaba nada.

Siempre guardaba la carne sobrante en su alforja, envuelta en hojas, para evitar que el olor atrajera lobos u otros animales salvajes durante la noche.

Lentamente, muy lentamente, extendió la mano hacia la alforja. El animal se tensó.

Temür reconoció aquella mirada y apoyó una mano sobre la empuñadura del cuchillo.

Con la otra sacó una tira de carne seca y la sostuvo un instante para que el aroma llegara hasta la criatura.

Luego la lanzó. Ni demasiado cerca ni demasiado lejos. A una distancia justa.

El animal no se movió al principio. Después avanzó con cautela. En un movimiento veloz tomó la carne y retrocedió con la misma rapidez, sin darle jamás la espalda. Temür sonrió.

—Luchas por cada bocado —dijo—. Bien. Eso significa que sigues vivo, no eres un espíritu.

El animal masticó la carne y permaneció allí, observándolo. La segunda pieza la lanzó más cerca. Esta vez, el animal no se retiró tan lejos. Con la tercera permaneció dentro del borde de la luz del fuego.

Temür apoyó la mano en el suelo, con la palma abierta.

—Pedí un amigo —dijo en voz baja—. No imaginé que el cielo me enviaría uno con dientes salvajes.

Durante un largo momento ninguno de los dos se movió. Luego, lentamente, avanzó. Lo suficiente para que Temür pudiera escuchar su respiración. Lo suficiente para ver el reflejo de las llamas en su único ojo. No tocó al niño. Pero tampoco se marchó.

La primera luz del amanecer comenzó a extenderse sobre la estepa, pálida y fría. El animal seguía allí, recostado a corta distancia del fuego, encogido sobre sí mismo pero vigilante, como si estuviera listo para desaparecer en cualquier momento.

Temür se puso de pie y se estiró. Miró a su poni, que resopló suavemente ante el recién llegado, pero no mostró temor.

Ahora eran tres.

Volvió la vista hacia el perro-lobo.

—Un solo ojo —dijo inclinando la cabeza—. Pero ves más que la mayoría.

Pensó durante un momento y luego asintió.

—Sí. Te llamaré *Suld*. (Espíritu).

El animal levantó la cabeza. No movió la cola. Pero tampoco se marchó.

Temür sonrió levemente.

—Bien —dijo—. Entonces cabalgaremos juntos.

CAPÍTULO 3

LA CARAVANA

Transcurrieron varios días. Temür y sus dos compañeros continuaron avanzando hacia el oeste. Había oído hablar de las rutas frecuentadas por viajeros y mercaderes que llegaban desde Oriente en dirección a Bagdad.

Una mañana, antes del amanecer, despertó al oír voces. El viento había cesado durante la noche. Lo notó en cuanto abrió los ojos: la hierba ya no susurraba. La estepa permanecía inmóvil, como si contuviera la respiración bajo el pálido cielo matutino.

Durante un momento permaneció inmóvil.

Entonces volvió a escucharlas. Voces.

Al principio se deslizaron en su mente como un sueño; familiares en su forma, pero extrañas en su esencia. Hombres hablando. Alguien llamando. El tenue ritmo de una conversación.

El corazón de Temür comenzó a latir con fuerza.

Su perro Suld también había percibido el sonido. Empezó a avanzar en dirección a las voces, pero una mirada firme de Temür bastó para que volviera a echarse en el suelo.

Temür mantuvo el cuerpo pegado a la tierra y abrió los ojos apenas en una rendija. Vio una gran caravana avanzando lentamente por la cresta de la colina más cercana.

Las voces sonaban distintas. Suaves y fluidas, como agua corriendo sobre piedras. No eran los sonidos secos y cortantes de su pueblo. No era el lenguaje de las órdenes ni de la supervivencia. Eran extranjeros.

Levantó ligeramente la cabeza.

Las figuras avanzaban por la ladera siguiente, recortadas contra el cielo que comenzaba a iluminarse.

La caravana formaba una columna de casi cien pasos de longitud.

Caballos al frente. Camellos detrás. Y una larga fila de cabras y sirvientes que marchaban a pie tras ellos.

Sus vestimentas ondeaban con la brisa que comenzaba a regresar. Sus siluetas resultaban extrañas: ropas demasiado amplias, demasiado cubiertos. Llevaban la cabeza envuelta en telas. No eran mongoles.

Los dedos de Temür se cerraron sobre el pequeño puñal que llevaba al costado.

Al principio no eran más que una línea vacilante en el horizonte. El viento transportaba sus voces hasta él.

Poco a poco fueron acercándose. Las formas adquirieron contornos definidos. Temür había visto camellos una sola vez, mucho tiempo atrás, a la distancia, como criaturas pertenecientes a otro mundo.

Ahora los contemplaba de cerca.

Patas largas. Movimiento oscilante. Una forma de avanzar completamente distinta a la de cualquier animal de la estepa. No poseían el ritmo rápido y enérgico de los caballos, sino una cadencia pausada y paciente, como si la propia tierra los llevara sobre su espalda.

A la cabeza cabalgaba un hombre montado sobre un magnífico caballo negro. Se mantenía erguido sobre la silla, envuelto en varias capas de túnicas que reflejaban la luz en discretos destellos. Telas finas, colores profundos

y bordados elegantes. Su postura era natural y segura, como si el movimiento del caballo no pudiera afectarlo.

Una corta hoja curva colgaba de su cintura. La empuñadura estaba trabajada con esmero. Incluso desde lejos, Temür comprendió que aquel arma era más un símbolo de poder que una herramienta de combate.

Tras él cabalgaban tres hombres.

Los tres eran corpulentos y, aun desde la distancia, Temür notó que su piel era más oscura que la del jinete a la cabeza. Llevaban grandes espadas curvas en la cintura y arcos con carcajes sujetos a las monturas.

Temür supuso que eran guardaespaldas.

Detrás de ellos venía la mujer. Su camello transportaba una estructura que Temür jamás había visto.

Una especie de jaula arqueada, cerrada y cubierta por telas que se mecían suavemente con el paso del animal.

Una jaula, sí, pero lujosa.

Sus costados estaban adornados con telas rojas y doradas, decoradas con delicados diseños. Finos velos cubrían las aberturas, permitiéndole observar sin ser observada.

Dentro, apenas podía distinguirse su figura. Permanecía inmóvil, protegida del viento y del polvo.

Detrás de ella cabalgaba una sirvienta. Su silla era mucho más sencilla. Llevaba el rostro y el cabello cubiertos, aunque sus ojos permanecían atentos a todo cuanto ocurría.

Después venía el resto de la columna.

Hombres y animales formando una larga cadena cuidadosamente organizada. Los camellos, cargados de mercancías, avanzaban con ritmo constante. Sobre sus lomos llevaban fardos envueltos en cuero y tela.

Algunos transportaban cofres fuertemente asegurados. Otros llevaban grandes paquetes equilibrados a ambos lados. Seda, quizás. Especies. O mercancías para las que Temür aún no conocía nombre alguno.

Los hombres caminaban o cabalgaban junto a ellos. Todos portaban armas. Algunos llevaban espadas. Otros, arcos. Otros aun lanzas de puntas afiladas.

Sus movimientos eran tranquilos. Conversaban en voz baja utilizando aquella misma lengua fluida que Temür había escuchado antes, una lengua que subía y bajaba como la corriente de un río.

La caravana no parecía tener prisa. Avanzaba con la calma de quienes conocen los caminos del desierto. El hombre rico al frente. La mujer protegida detrás de él.

Luego, la sirvientas. Las mercancías. Los hombres. Cada uno ocupando su lugar. Cuando el viento cambió de dirección, Temür noto que llevaba algo más que el olor de los animales y del cuero. Había otro aroma. Algo desconocido. Especies. Cosas dulces.

La caravana pasó cerca del pequeño valle donde él permanecía oculto. Pensó que estaba expuesto y una voz dentro de él grito,

¡Corre!

Pero sabía que era demasiado tarde. Estaban demasiado cerca.

El grupo continuó avanzando sin prestar atención a su presencia. Temür los observó pasar, estudiando cada detalle. Procedían de un mundo diferente al suyo. Finalmente desaparecieron tras una colina.

Cuando las voces se extinguieron, Temür se relajó por fin. Permaneció inmóvil durante largo rato, como si la imagen de aquellos viajeros siguiera suspendida en el aire.

Se sintió avergonzado.

Había deseado encontrar personas y, cuando finalmente aparecieron, había dejado que siguieran su camino.

Conocía suficientes historias para saber que encontrarse con extraños nunca garantizaba nada.

Había aprendido una verdad de la estepa: a veces la muerte llegaba con facilidad.

Existían peligros. Hombres sin nombre. Sin honor. Sujetos que observaban desde lejos y atacaban durante la noche. Que mataban por conveniencia. Bandidos.

Sin embargo, aquellos viajeros no le parecían peligrosos. Y Temür tenía hambre.

No de comida. Sino de compañía humana.

Observó cuidadosamente la dirección que habían tomado. Los encontraría aquella noche, después de que hubieran levantado su campamento.

El sol casi había desaparecido cuando Temür detuvo a Salkhi. A lo lejos había visto el reflejo de una fogata.

Desmontó y avanzó lentamente hacia la luz. Se detuvo a unos cien metros. Soltó las riendas y se agachó tras unos arbustos.

Suld lo observó intensamente con su único ojo, como si esperara instrucciones. Temür le indicó que se echara y permaneciera inmóvil.

La noche descendía lentamente sobre la estepa, como si el cielo se resistiera a desaparecer.

Temür se tendió sobre la cresta de una pequeña elevación. La hierba rozaba su mejilla. Había elegido el lugar con cuidado. Lo bastante alto para observar, lo bastante bajo para no ser visto.

Abajo, los extranjeros habían levantado un campamento muy distinto a cualquiera que él hubiera conocido.

No se parecía a los campamentos mongoles. No se parecía a su antiguo hogar. Aquello era algo diferente. Más grande. Más ruidoso. Más vivo.

En el centro se alzaba una tienda como jamás había visto. Parecía surgir de la tierra como una figura cubierta de colores. Rojos profundos. Oro bruñido. Franjas azules y verdes que atrapaban la última luz del día. Borlas decorativas se agitaban con el viento.

Temür pensó que aquella tienda era demasiado grande para una sola familia.

Alrededor, otras más pequeñas formaban un círculo irregular.

La hoguera principal brillaba con intensidad. Su humo ascendía en grandes columnas. Temür comprendió que no se alimentaba con estiércol seco, como hacían los mongoles. El fuego era de leña auténtica. Transportada desde muy lejos.

Figuras se movían entre las luces. Hombres vestidos con largas túnicas. Con ropas limpias, ricamente decoradas. Con metal que relucía en sus cinturones.

Observó los caballos.

Estaban atados en una línea apartada del campamento. Eran animales magníficos. Fuertes y bien alimentados. De cuello poderoso y porte orgulloso.

No eran mucho más altos que Salkhi, apenas una mano más, pero sus pelajes brillaban y su aspecto era refinado y elegante.

Sus monturas tampoco se parecían a las gastadas sillas de cuero de la estepa, estaban cuidadosamente trabajadas y adornadas. Parecían muy valiosas.

“En ese campamento hay riqueza”, pensó.

Y donde había riqueza, había personas dispuestas a defenderla. Y donde había personas dispuestas a defenderla, había peligro. Debía tener cuidado.

El viento le trajo voces. La misma lengua fluida, pero ahora sonaba diferente. Más rápida y más fuerte, entretejida con risas y órdenes.

Escuchó un tintinear de metal y luego el sonido de un instrumento de cuerda. Suave al principio, más intenso después.

Música.

Temür frunció el ceño.

¿Quién hacía música en medio de la estepa?

¿Quién se mostraba tan abiertamente?

Debían ser necios, u hombres convencidos de que nadie se atrevería a atacarlos.

Su mirada regresó a la gran tienda. La entrada estaba abierta y en su interior brillaba una luz cálida y constante.

No era fuego. Eran lámparas. Aceite, quizás.

Más que una tienda, parecía una casa en movimiento.

Una carcajada surgió desde el interior y las primeras estrellas aparecieron en el cielo.

El aroma de la comida hizo que el estómago de Temür se contrajera.

Comida. Buena comida. Carne condimentada con especias. Pan, y quizás dulces.

Tomó una decisión. Se puso de pie y tomó las riendas de Salkhi. Miró a Suld, que pareció asentir, y juntos caminaron lentamente hacia el campamento.

Un niño más pequeño fue el primero en verlo. Su grito rompió el silencio. Todo el grupo se puso inmediatamente en alerta.

El hombre que había visto al frente en la caravana apareció y levantó una mano. El grupo detuvo las exclamaciones y quedó expectante.

El hombre se adelantó con calma, mientras los demás guardaban silencio.

Temür se detuvo. El hombre lo observó. Pequeño y cubierto de polvo, pero sus ojos atentos y preparados. Se acercó a Temür, despacio.

Temür aferró el cuchillo y siguió cada uno de sus movimientos.

Cuando llegó a tres pasos de distancia, el hombre se llevó una mano al pecho.

—Yusuf.

Era un gesto importante. En la estepa, los nombres no se ofrecían a la ligera.

Yusuf esperó. Luego señaló al niño.

Temür dudó. Tenía la garganta seca. Finalmente respondió:

—...Temür.

Yusuf asintió una sola vez, como si algo importante hubiera quedado establecido.

Temür advirtió que Yusuf llevaba una *jambiya*, el corto puñal curvo característico de los árabes. La empuñadura estaba magníficamente decorada con plata y hueso tallado.

Yusuf abrió una alforja y le ofreció un trozo de pan plano. Temür avanzó lentamente, tomó el alimento y comenzó a comer con cautela.

Detrás de Yusuf, la mujer se acercó llevando una jarra de agua. La dejó en el suelo entre ambos y retrocedió.

Temür bebió.

El agua descendió por su garganta fresca y limpia, llevándose parte de su cansancio.

El hombre levantó el rostro hacia el cielo y comenzó a decir algo que parecía una oración.

Temür observó cómo todos inclinaban la cabeza.

Gente extraña, pensó.

Costumbres extrañas.

Cuando las palabras terminaron, Yusuf hizo un gesto hacia el fuego.

Temür evaluó la invitación. Detrás de él: nada. Ni tribu. Ni pasado. Delante: extraños. Lo desconocido.

Dio un paso al frente.

Todos parecían estar esperándolo. De inmediato, el campamento cobró movimiento. Algunos entraron en la gran tienda, otros se dispersaron por los alrededores.

La mujer se acercó. Sus vestiduras eran distintas a cualquiera que Temür hubiera visto antes.

Capas de tela fluían a su alrededor en tonos profundos: carmesí oscuro, atravesado por hilos que capturaban la luz del fuego y la retenían. Oro, quizás. La tela se movía con ella, flexible y ligera, como si estuviera viva.

En sus muñecas llevaba finos brazaletes metálicos que tintineaban suavemente al caminar. No eran sonidos destinados a escucharse desde lejos. Solo lo suficiente para anunciar su presencia.

Su cabeza estaba cubierta, pero no oculta. Un velo de tela delicada enmarcaba su rostro, lo bastante transparente para revelar sus facciones y, al mismo tiempo, mantener cierta distancia.

Bajo él, la expresión de ella era serena y compuesta. Su piel conservaba el calor del sol, pero sin la aspereza que imponía la vida en la estepa.

Temür no pudo evitar pensar que, aunque ya no era una mujer joven, poseía una belleza extraordinaria.

Ella hizo un gesto. Un sirviente se acercó con la cabeza inclinada. La mujer le dio una breve instrucción, apenas un movimiento de la mano, y luego se alejó.

El sirviente asintió. Entró en la tienda y reapareció segundos después llevando una alfombra enrollada. La extendió cerca del fuego y señaló a Temür el lugar donde debía acomodarse.

Luego se situó paró a la entrada de la tienda, aparentemente dispuesto a permanecer de guardia durante toda la noche.

Temür observó que, además de su jambiya, llevaba un largo sable curvo.

En ese momento, Temür no sabía que el sable curvo, un arma que siglos después sería adoptada por las caballerías de todo el mundo, había sido inventado por los mongoles, maestros indiscutibles del combate a caballo.

Condujo a Salkhi hasta una zona de pasto y le quitó la silla. Cerca había un recipiente lleno de agua y ambos animales bebieron largamente. Le dio a Suld el resto del pan, que el animal devoró de inmediato. Finalmente regresó a la alfombra y se acostó, utilizando la silla de montar como almohada.

La mujer salió una vez más de la tienda, intercambió algunas palabras con el guardia y volvió al interior. Su movimiento fue una orden definitiva.

El campamento quedó en silencio. Las últimas voces se apagaron y fueron sustituidas por la suave respiración de la noche.

El viento sacudía las cuerdas de la gran tienda. Dentro, las lámparas habían sido atenuadas, reducidas a una cálida luz dorada.

Esa noche el cielo ardía de estrellas. El niño mongol de once años permaneció tendido contemplándolas.

Había sentido miedo.

Ahora necesitaba comprender lo que estaba ocurriendo. Trató de analizar su situación con la mente de un hombre.

Aquellas personas eran ricas. Pero, más importante aún, parecían civilizadas.

El campamento era pequeño y ordenado.

El fuego permanecía bajo control, contenido, nada parecido a las llamas salvajes de los campamentos mongoles de la estepa.

Por primera vez desde su exilio, sintió que quizá el Eterno Cielo Azul había escuchado su oración.

“Sí”, pensó. “Tiene que ser eso.”

Finalmente se quedó dormido, acurrucado sobre la alfombra, con una mano todavía aferrada al cuchillo.

Desde que había abandonado su tribu soñaba cada noche con su madre y con Altan. Pero aquella noche fue diferente. Soñó que cabalgaba sobre Salkhi por campos verdes e interminables.

Volaba sobre ríos. Y llevaba el gran arco de los auténticos guerreros mongoles.

Mientras Temür dormía, en el extremo opuesto de la tienda, separados por una cortina colgante, el hombre y su esposa seguían despiertos.

El sultán Al-Samir estaba sentado sobre un cojín bajo, inclinado ligeramente hacia adelante, con las manos apoyadas sobre las rodillas.

Su barba estaba cuidadosamente arreglada. Su túnica permanecía impecable pese al largo viaje. Era un hombre que llevaba el orden consigo allí donde iba.

Frente a él se encontraba su esposa, que lo observaba abiertamente.

Durante un largo momento ninguno habló.

Finalmente, el sultán dijo en voz baja:

—No puede seguir aquí.

Zubayda, la primera esposa del sultán y la segunda persona más importante de todo el clan, levantó la vista hacia él.

Ella era una mujer elegante y aristocrática, asociada con la refinación, la inteligencia y la influencia.

Las decisiones más importantes del sultán requerían su aprobación.

Su voz fue tranquila, pero firme.

—Los turcos me han arrebatado muchas cosas —dijo—. Pero no lograron arrebatarme el deseo de tener un hijo.

Señaló discretamente hacia donde dormía Temür.

—Alá no lo condujo hasta nosotros por casualidad.

El sultán tomó un gesto serio.

—No busques señales donde no las hay. El mundo no se guía de esa manera.

Ella se inclinó ligeramente hacia adelante. No suplicando. Jamás lo hacía. Solo sugiriendo en forma terminante.

—No tenemos hijos. Alá te ha enviado uno. Es un bárbaro, sí. Pero la ley nos permite adoptarlo si prometemos educarlo en nuestra fe.

Al-Samir exhaló lentamente, tratando de demostrar su paciencia.

—No somos vagabundos sin responsabilidades. Somos comerciantes. Viajamos con un propósito. Todo peso debe justificar su existencia.

Sus ojos se dirigieron brevemente hacia el muchacho dormido.

—Es un niño que no comprende una sola palabra de nuestro idioma. Observa como un animal acorralado.

Puede huir en cualquier momento... o volverse contra nosotros.

Zubayda no respondió enseguida. Miró al muchacho. Temür no se había movido. Su mano seguía sujeta al cuchillo.

Cuando ella volvió a hablar, su voz fue más suave.

—Mi señor, concédeme hasta el cambio de luna. Si Alá desea que lo adoptemos, lo demostrará en ese tiempo. Mi corazón me dice que este niño es especial.

El sultán guardó silencio.

Finalmente cedió.

—Tienes un invierno. Cuando aparezca la próxima luna nueva, su tiempo habrá terminado.

Zubayda inclinó la cabeza.

—Alá te recompensará por tu misericordia. Si el niño continúa solo, lo más probable es que muera.

El sultán no respondió. Ambos observaron al muchacho.

Temür se movió ligeramente mientras dormía. Su respiración se volvió irregular durante un instante antes de recuperar la calma.

Ignoraba por completo que su vida acababa de cambiar.

A la mañana siguiente, Temür fue convocado por el sultán.

El campamento ya había despertado, despojándose de la serenidad de la noche. Las fogatas se habían convertido en cenizas. El aire estaba cargado de polvo y del dulce aroma de las especias almacenadas en sacos de cuero.

Los hombres se movían con propósito, ajustando correas, revisando cargas y hablando en voz baja. Era un mundo completamente ordenado y activo.

Un guardia vino a buscarlo. Temür lo siguió.

Atravesó el ordenado caos de la caravana hasta llegar a un gran pabellón de tela tejida. Dos hombres armados custodiaban la entrada.

Dentro, el aire era más fresco, perfumado con incienso.

El sultán se encontraba sentado sobre alfombras y cojines superpuestos. Su presencia era tranquila y solemne. Mostraba un hombre acostumbrado a ser obedecido.

A su lado permanecía de pie un hombre entrado en años, vestido con una larga túnica marrón. De su cinturón colgaba un rosario rematado por una pequeña cruz.

Era un sacerdote. Delgado, con la barba y el cabello surcados de canas. Pero sus ojos permanecían vivos y atentos.

Temür se detuvo a unos pasos. No sabía cómo comportarse. Finalmente apoyó una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza.

El sacerdote y el sultán sonrieron.

Al-Samir hizo un gesto y un guardia acercó un cojín para que el muchacho se sentara.

El sultán habló primero con el sacerdote. Su voz era baja y medida. Las palabras, pronunciadas en una lengua extraña, no significaban nada para Temür.

El sacerdote escuchó. Luego habló en mongol, con una pronunciación lenta y cuidadosa.

—Mi nombre es padre Nicolás y soy un misionero franciscano. Viajé aquí desde Roma con la Cuarta Cruzada. Abandoné a los cruzados después del saqueo de Constantinopla. Más tarde viví durante dos años con los mongoles del ejército de Ogedei Kan, el hijo de Gengis Kan. Después de dejar a los mongoles, Dios me condujo hasta el sultán Al-Samir, con quien llevo tres años. El

sultán es un hombre de gran valor y compasión. Dios te ha favorecido al traerte hasta él.

El sacerdote miró al sultán. Este asintió.

—El sultán, en su infinita generosidad, te ha permitido unirme a su expedición y me ha pedido que te explique quiénes somos.

Hizo una pausa y continuó hablando con la paciencia de un maestro.

—Esta caravana está formada por varias casas mercantiles y clanes del desierto que viajan bajo la protección del sultán. Somos comerciantes. Nuestros hogares y el palacio del sultán se encuentran en la ciudad de Alepo, y ahora estamos en viaje de regreso hacia allí.

Temür se inclinó hacia adelante, fascinado.

El sacerdote prosiguió:

—Volvemos de la ciudad de Mosul, una gran urbe situada a unos treinta días de marcha de Alepo. Mosul es un importante centro de producción de tejidos, joyería y especias. Allí hemos adquirido mercancías valiosas. Ahora volvemos a Alepo para venderlas y obtener nuevas mercancías a cambio. Todo ello bajo la protección de nuestro soberano supremo, el califa Al-Mustansir.

Mosul. Alepo. Mercaderes. Aquellas palabras parecían pertenecer a una leyenda. Temür Jamás se había alejado más de unos pocos kilómetros de su tribu.

Por primera vez comenzaba a comprender que existían otros mundos más allá de la estepa.

Comercio. Intercambio. Sin guerras. Una forma distinta de conquista.

El sultán observaba atentamente sus reacciones. No solo quería saber si Temür comprendía. Quería saber qué pensaba.

—Nuestro viaje es largo —continuó el sacerdote—. Peligroso, pero provechoso.

El sultán dijo algunas palabras más.

El sacerdote tradujo:

—El gran Al-Samir ha notado tu confusión y desea que sepas que todo será comprendido a su debido tiempo. También quiere que entiendas que el hecho de que un sacerdote cristiano viva bajo su techo demuestra que somos personas compasivas, instruidas y tolerantes, dispuestas a acoger a hombres de todas las religiones que tengan intenciones puras.

Las palabras del sacerdote tranquilizaron a Temür.

Por fin reunió el valor suficiente para preguntar:

—¿Por qué estoy aquí?

El padre Nicolás sonrió.

—La sultana te ha elegido. Ha recibido una señal de Alá indicándole que debe adoptarte.

Guardó silencio un instante antes de añadir:

—Pasarás a formar parte de su casa.

Temür permaneció callado. Todo estaba sucediendo muy rápido.

Entonces el sacerdote volvió a hablar.

Esta vez con más suavidad.

—Hay una condición.

Temür levantó la mirada.

—Antes del próximo invierno, Alá deberá enviar una señal.

Las palabras cayeron como una piedra sobre aguas tranquilas.

—Si la señal llega —continuó el sacerdote—, permanecerás con nosotros.

Siguió un largo silencio.

—Y si no llega...

El anciano vaciló apenas un instante.

—Serás vendido como esclavo.

Las palabras se asentaron pesadamente en la mente de Temür.

El sultán añadió algo más. Breve. Definitivo.

—No es una amenaza —tradujo el sacerdote—. Es un acuerdo.

Adoptado... o vendido. Temür había oído antes el nombre de Alá. Era el dios de tribus lejanas. Pero para él no significaba nada.

Si el Eterno Cielo Azul lo había conducido hasta allí, también velaría por él.

El padre Nicolás lo observó atentamente, como si quisiera comprobar si comprendía no solo las palabras, sino también la realidad que escondían.

Temür inclinó ligeramente la cabeza.

Era una aceptación.

Afuera, la caravana continuaba preparándose para partir. Los camellos gemían bajo el peso de las cargas. Los hombres se gritaban unos a otros.

Y en algún lugar sonó una campana. Suave. Rítmica. Inevitable. Su viaje hacia Alepo acababa de comenzar.

CAPÍTULO 4

LOS ÁRABES

Después de su encuentro con el sultán, Temür abandonó la tienda acompañado por el padre Nicolás. Su mente estaba inquieta, llena de preguntas sobre lo que le esperaba.

El sacerdote lo observó de reojo y esbozó una leve sonrisa, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—Yo soy viejo, y tú muy joven —dijo—. Tienes hambre de saber qué te depara el futuro. Es natural. Y yo, por ser viejo, he acumulado suficientes años para ofrecerte algo que alivie esa hambre.

Caminaron lentamente por el campamento.

Los hombres ajustaban las correas de los camellos. Las mujeres organizaban fardos de telas y especias. De vez en cuando, algunas miradas curiosas se posaban sobre Temür, haciéndolo sentir incómodo.

—No te preocupes —le dijo el sacerdote—. Algunos de ellos nunca han visto a un mongol. Acabarán acostumbrándose a ti.

Temür asintió con resignación.

—La sultana —continuó el padre Nicolás— me ha confiado tu educación. Aprenderás nuestra lengua y aprenderás a poner palabras sobre el papel. Esa será tu principal tarea.

Hizo una pausa para que el peso de aquellas palabras se asentara.

—No será fácil. Pero dará forma a tu futuro más que cualquier espada que puedas llevar al cinto.

Temür escuchó en silencio.

—Soy cristiano —prosiguió el sacerdote—, pero durante mis años entre estas gentes he comprendido algo con claridad: los árabes son guardianes del Conocimiento. Han tomado la sabiduría de muchos pueblos —griegos, persas e indios— y la han llevado aún más lejos. En sus manos, los números se han vuelto más poderosos, los movimientos de las estrellas mejor comprendidos y la medición del tiempo más precisa. Han construido lugares llamados hospitales, donde los enfermos son atendidos con conocimiento y compasión.

Temür no comprendió completamente aquellas palabras. Pero algo en la voz del sacerdote, firme y segura, le indicó que eran importantes.

Continuaron caminando durante largo rato. El padre Nicolás le explicó que, una vez que aprendiera a escribir, la sultana deseaba que llevara un registro de sus días.

—Un diario —dijo—. Un relato fiel de lo que veas y vivas.

Luego se volvió hacia él. Su mirada se volvió intensa.

—De ese modo la honrarás.

Guardó silencio un instante antes de añadir, en voz más baja:

—Y piensa en esto: lo que escribas podrá ser leído mucho tiempo después de que nos hayamos convertido en polvo. Te encuentras, hijo mío, en una posición privilegiada. Puede que llegues a ser testigo de esta época... e incluso uno de sus cronistas.

Palabras proféticas.

Al principio, aunque lo habían tratado con amabilidad, Temür seguía convencido de que algún peligro se ocultaba en aquel nuevo mundo y de que tarde o temprano terminaría revelándose.

Según su experiencia, siempre ocurría. En la estepa nada permanecía oculto durante mucho tiempo. El viento transportaba la verdad. Los cascotes anunciaban la llegada de los jinetes. El hambre se manifestaba con claridad. Incluso los enemigos llegaban acompañados por el sonido de su respiración y del hierro.

Pero allí era diferente. Nada ocurría.

La sultana lo observaba sin que él se diera cuenta. Ordenaba que tuviera todo cuanto necesitaba. Y todos obedecían.

Los días pasaron.

Con el tiempo, Temür comenzó a comprender la vida y las costumbres de la caravana mercante.

Sus noches comenzaban y terminaban dentro del silencioso aliento de la gran tienda, un mundo de seda y sombras que parecía existir al margen de la estepa.

Dormía sobre una gruesa alfombra colocada directamente sobre el suelo. Era un lugar reservado para invitados especiales y miembros de la clase privilegiada.

Más allá se encontraban los aposentos del sultán, una estancia dentro de la tienda, que parecía un palacio disfrazado de tela.

Pesados cortinajes de seda bordada descendían desde lo alto en elegantes pliegues, decorados con delicados diseños de vides y estrellas. Cojines de distintos tamaños rodeaban el diván donde descansaba el sultán. Lámparas de latón colgaban de finos postes.

El aire estaba impregnado de incienso, cuero y especias. Una cortina finamente tejida marcaba el límite entre el sultán y su sirviente más cercano.

Junto a la entrada permanecía un guardia durante toda la noche.

Inmóvil como una estatua. Su silueta se recortaba contra la tenue luz exterior.

Representaba protección. Vigilancia. Y la silenciosa advertencia de que nadie entraba ni salía sin ser visto.

No muy lejos de la tienda del sultán se levantaba otra casi tan grande: la residencia de la sultana.

También estaba ricamente adornada. En su interior dormían juntas las mujeres de la casa, separadas de la sultana por una cortina que preservaba su intimidad.

Cuando el campamento guardaba silencio, la sultana y sus damas solían permanecer despiertas hasta altas horas de la noche, comentando las últimas modas y hablando de los hombres que habían conocido en la ciudad que dejaban atrás o de aquellos que encontrarían en la siguiente.

Durante las horas tranquilas que precedían al amanecer, cuando el viento del desierto acariciaba suavemente las paredes de las tiendas y las lámparas ardían con una luz tenue, todo el campamento parecía suspendido entre dos mundos.

A veces Temür permanecía despierto escuchando el susurro de las telas, la respiración de los hombres, el movimiento distante de los camellos y la extraña atracción de su nueva vida.

La caravana vivía siguiendo un ritmo tan constante como el horizonte del desierto. Cada día parecía repetirse. Con las primeras luces del alba, antes incluso de que el sol

hubiera aparecido por completo, el campamento comenzaba a despertar.

El aire todavía era fresco.

Un tenue resplandor azulado suavizaba la dureza del paisaje.

Los sirvientes se movían silenciosamente entre las tiendas, avivando las brasas, calentando agua y preparando una comida sencilla.

Pan plano calentado sobre las brasas. Dátiles que pasaban de mano en mano. A veces un caldo ligero o leche especiada.

El sultán comía aparte, atendido con mayores cuidados.

Los demás se reunían en pequeños grupos. Hablaban poco. La mañana no era momento para las palabras. Era momento para prepararse.

Cuando el sol comenzaba a elevarse, la transformación daba inicio. Las grandes tiendas, aquellos frágiles palacios de seda y cuerda, eran desmontadas con precisión admirable.

Se recogían las cortinas. Se bajaban los postes. Las telas eran dobladas y atadas.

Lo que apenas unos instantes antes había sido un lugar de confort y jerarquía se convertía en simples fardos de tela y cuerda cargados sobre los camellos.

Los animales gemían suavemente bajo el peso de cofres, alfombras enrolladas, utensilios de latón, odres de agua y toda la riqueza oculta de la caravana.

Temür cepillaba a Salkhi, una costumbre que había aprendido observando a los demás jinetes y que su pony parecía disfrutar.

Después alimentaba y daba agua a Salkhi y a Suld.

Su perro era considerado impuro y no se le permitía entrar en las tiendas, pero su condición de tuerto despertaba compasión y nadie lo maltrataba.

Durante todo aquel tiempo, Temür observaba. Y aprendía.

Una tarde la sultana se acercó acompañada por varias de sus damas. Hablaba un turco rudimentario, lengua extendida por gran parte de Asia Central y las estepas.

Temür la entendía gracias a algunos mongoles procedentes del oeste de China.

—¿Necesitas algo, hijo mío? —le preguntó.

Las palabras lo sorprendieron. Recordó las instrucciones del sacerdote. Se arrodilló, inclinó la cabeza y respondió:

—Estoy muy bien, madre. Tu bondad es infinita.

La sultana sonrió.

—Levántate, hijo mío. Te ves bien vestido como un árabe.

La pesada piel de oveja y el cuero endurecido que Temür había llevado toda su vida habían sido sustituidos por una túnica de fino lino blanco y un chaleco de seda bordada.

—Yo misma elegí tu ropa —dijo ella—. Aunque nunca podrías pasar por uno de nosotros. Tus ojos te delatarían.

Las sirvientas rieron suavemente detrás de ella.

La sultana les lanzó una mirada y las risas cesaron de inmediato.

Luego continuó:

—Veo confusión en tus ojos. ¿Qué te preocupa?

Temür preguntó:

—¿Siempre es así, madre?

—¿Siempre es así qué cosa?

—El ruido. Los colores. Es como si el mundo entero intentara hablar al mismo tiempo.

Zubayda sonrió y le hizo una señal para que se acercara.

—El desierto es silencioso, Temür. Por eso llevamos la música con nosotros. En tus tierras, os desplazáis para encontrar lo que necesitáis. En la caravana, llevamos con nosotros todo lo que necesitamos para que sea el mundo quien venga a nosotros.

Se volvió para marcharse.

—Te veré entre las dunas. Cuídate.

Temür permaneció inmóvil, desconcertado.

Cada día parecía un sueño.

Dentro de la caravana, cada nudo tenía un propósito. Cada movimiento ocupaba su lugar. Nada era desperdiciado. Incluso los sirvientes, aunque numerosos, se movían como si obedecieran una única voluntad.

Cuando emprendían la marcha, la caravana se extendía sobre la tierra como una larga serpiente en movimiento.

A la cabeza cabalgaba el sultán. Erguido. Sereno. La encarnación misma de la caravana.

Detrás iban los guardias. Luego el séquito de la sultana. Los sirvientes. Y finalmente los camellos cargados.

Viajaban durante largas horas. Con el paso de los días, la estepa comenzó a transformarse en desierto. El horizonte dejó de terminar en una línea de hierba verde y cielo azul.

Ahora el mundo era una pantalla dorada y cobriza.

Un reino donde el calor ascendía desde la tierra en oleadas temblorosas que distorsionaban las figuras de hombres y animales.

A Temür le gustaba su nueva ropa. Cuando soplabla el viento, atravesaba la tela en lugar de golpearla. Se sentía desnudo y al mismo tiempo, extrañamente fresco.

Observaba a los dromedarios con una mezcla de admiración y sospecha. Para un mongol, el caballo era un hermano.

Aquellos “barcos del desierto” eran criaturas gruñonas y altivas que parecían contemplarlo con desprecio. No corrían. Avanzaban balanceándose de un lado a otro con una cadencia que recordaba una barca en el mar.

Temür cabalgaba junto al palanquín de la sultana.

Los cascos de Salkhi se hundían en la arena fina y polvorienta. Mientras, Suld corría excitado de un extremo a otro de la caravana, mordiendo las patas traseras de los camellos que, según parecía creer él, se estaban quedando rezagados.

En la estepa, la tierra era firme. Era una plataforma perfecta para el galope. Allí, en cambio, el suelo parecía empeñado en tragarse los cascos de su pony.

—¡Temür! —llamó una voz melodiosa, impregnada del aroma del jazmín.

Una mano decorada con intrincados dibujos de henna apartó las cortinas de seda del palanquín.

Zubayda lo observó desde dentro. Sus ojos oscuros rebosaban una calidez que Temür aún no sabía cómo devolver. Su cercanía lo intimidaba.

Ella era la esposa de un sultán. De un hombre que comerciaba con montañas de especias y océanos de seda. Y aun así lo había tomado bajo su protección cuando las

mareas de la guerra lo habían arrastrado lejos de la sombra del Gran Kan.

—El sol golpea hoy como un martillo, pequeño halcón —dijo en su turco imperfecto—. Ven. Bebe.

Le tendió una copa de plata. Temür la tomó y sus dedos rozaron la suave piel de la mujer.

La copa contenía agua, pero no era el agua fría y metálica de los arroyos del norte. Era dulce, aromatizada con miel y pétalos de rosa. Era algo que jamás había probado.

Al caer la tarde, la luz comenzó a suavizarse, y con ella llegó una sensación de alivio. La marcha se hizo más lenta. Las miradas se dirigían cada vez con más frecuencia hacia el horizonte, buscando el lugar adecuado para levantar el campamento.

Cuando finalmente se dio la orden, la caravana volvió a cobrar vida.

Los sirvientes se movieron con rapidez. Una vez más, las cargas fueron desatadas. Los camellos liberados de sus fardos.

Los postes volvieron a elevarse, las cuerdas fueron tensadas y las tiendas recuperaron su forma, como si recordaran quiénes eran.

Los aposentos del sultán siempre eran los primeros en levantarse. Sus ricos tejidos atrapaban los últimos reflejos dorados del sol.

Cerca de ellos se alzaba la tienda de la sultana, preparada con el mismo cuidado y respeto.

Se encendieron las hogueras y se vertió agua en los recipientes de cocina. El aroma de la comida volvió a llenar el aire, mezclándose con el polvo fresco del atardecer.

Al llegar la noche, era como si el viaje jamás hubiera ocurrido. El campamento se alzaba completo, ordenado, luminoso y lleno de vida.

Temür, observando cuidadosamente todo el proceso, comprendió el silencioso milagro que tenía ante sus ojos: un mundo en movimiento que desaparecía cada mañana y renacía cada noche, transportado sobre el lomo de las bestias, gracias al trabajo disciplinado de los hombres.

Día tras día, Temür comenzó a percibir las diferencias entre ambos pueblos:

La manera en que estas personas hablaban entre sí. No lo hacían mediante estallidos bruscos de palabras, sino con tonos medidos, como si cada frase fuera elegida cuidadosamente en lugar de lanzada al aire.

Incluso la ira se expresaba de manera distinta. No explotaba, presionaba. Se contenía, se controlaba.

Temür escuchaba sin comprender. Pero los sonidos se asentaban en su interior de todos modos.

Eran sílabas suaves, frases repetidas, nombres pronunciados con respeto. Y, por debajo de todo ello, algo constante.

Un ritmo al que poco a poco comenzó a acostumbrarse.

Rezaban.

Al amanecer. Cuando el sol alcanzaba su punto más alto. Cuando las sombras se alargaban. Al anochecer. Y durante la noche.

Cinco veces al día. Siempre igual. Interrumpían cualquier actividad que estuvieran realizando. Comer, hablar, caminar.

Todo se detenía.

Entonces se orientaban en una misma dirección.

Se lavaban las manos, el rostro, los pies. La limpieza precedía a la devoción. Después se inclinaban, apoyando la frente sobre la tierra.

Temür observaba con enorme atención. No lo comprendía.

Inclinarse era rendirse. Bajar la cabeza era invitar a la muerte.

Y sin embargo...

Nadie se aprovechaba de ello. Nadie los atacaba. Nadie los golpeaba. El acto no parecía debilitarlos. Al contrario. Parecía fortalecerlos.

Temür sintió un profundo deseo de participar en aquel ritual y recibir el beneficio invisible que parecía otorgarles.

A la hora de comer, descubrió que la comida árabe era muy diferente a la comida mongola, que estaba basada principalmente en carne y leche de yegua.

La cocina árabe era mucho más variada. Y además, la comida abundaba.

No era necesario luchar por ella.

Nadie competía.

Simplemente, era compartida. La caravana viajaba acompañada de animales, especialmente camellos, cabras y ovejas, indispensables en las largas travesías por el desierto.

La leche de camello y de cabra era particularmente importante, pues los camellos continuaban produciéndola incluso en las condiciones más duras.

La leche fresca se estropeaba rápidamente bajo el calor del desierto, por lo que dependían en gran medida

de leche fermentada, yogur, queso seco, mantequilla clarificada⁵ y otros alimentos conservados.

Pequeñas bolas de queso duro eran preservadas en aceite o envueltas en tela. Duraban mucho más que el queso fresco.

El pan abundaba. Pan plano, pan duro para viajeros, hogazas secas horneadas antes de partir.

Los dátiles constituían otro de los alimentos fundamentales de la caravana. Un viajero podía sobrevivir durante días alimentándose únicamente de dátiles y leche.

Una caravana tan próspera como aquella también transportaba arroz, cebada, bulgur y trigo.

Los sirvientes preparaban gachas, sopas y estofados, además de carne de cabra o cordero salada o seca.

Los viajeros más ricos disfrutaban, después de las comidas, de miel acompañada de almendras o pistachos.

Por las noches, los cocineros preparaban grandes guisos comunitarios con lentejas, cebollas, garbanzos, hierbas aromáticas, trozos de carne y mantequilla clarificada.

El aroma del comino, el cilantro, las cebollas asadas y la mantequilla flotaba por todo el campamento.

El pan pasaba de mano en mano. Los cuencos eran compartidos. Y el agua se ofrecía incluso antes de ser solicitada.

⁵ La mantequilla clarificada es mantequilla que ha sido derretida para eliminar el agua, los sólidos de la leche y las impurezas, quedando mayormente grasa pura. Se conserva mucho más tiempo que la mantequilla normal, especialmente en climas cálidos, lo que la hacía extremadamente útil para caravanas y viajes por el desierto.

Al principio, Temür comía deprisa, protegiendo cada bocado, esperando que alguien intentara arrebatárselo.

Nunca ocurrió. Nadie extendió la mano hacia su comida ni nadie intentó ponerlo a prueba.

Poco a poco, tan lentamente que apenas lo notó, comenzó a comer sin estar alerta, sin preocuparse por perder aquello que tenía delante.

En la caravana había algunos niños de su edad. Se acercaban a él sin miedo, con curiosidad.

Reían. Hacían gestos. Repetían sus palabras. Intentaban atraerlo hacia su idioma.

Y Temür aprendía, y aprendía rápido. Su mente joven era como un recipiente vacío que absorbía todo cuanto encontraba y no olvidaba nada. Cada día el padre Nicolás se sorprendía con las nuevas palabras y expresiones que Temür había aprendido de sus jóvenes compañeros.

El niño no tenía más obligaciones que cuidar de Salkhi, y la única exigencia de la sultana era que aprendiera.

Cuando la caravana se detenía al final de la jornada, la tienda del sultán era siempre la primera en levantarse. En cuanto estaba lista, Temür se sentaba junto al padre Nicolás para recibir su lección diaria.

Mientras el viento suspiraba sobre la arena y los demás niños corrían y jugaban afuera, el sacerdote abría libros llenos de símbolos extraños e historias lejanas.

La sultana insistía en que Temür aprendiera árabe.

Pero el padre Nicolás, convencido de que algún día el muchacho podría terminar en Europa, decidió enseñarle también latín.

Así aprendió a escribir en ambos idiomas.

Trazaba cada palabra cuidadosamente sobre fragmentos de pergamino, repitiéndolo hasta que la mano obedecía a la mente.

Pronto comenzó a leer textos sencillos y a copiar pasajes bajo la atenta supervisión del sacerdote.

El padre Nicolás poseía una paciencia inagotable y exigía precisión en todas las cosas.

Pero los idiomas eran solo el comienzo.

En aquella época, el mundo árabe y la civilización islámica poseían los conocimientos matemáticos más avanzados del mundo.

El sacerdote le enseñó álgebra⁶, el arte de los números. Le mostró cómo los mercaderes calculaban sus ganancias y cómo los sabios medían la tierra y los cielos.

Durante las lecciones de geografía desplegaba mapas de regiones tan lejanas que parecían leyendas.

Le explicaba el curso de los grandes ríos, la altura de las montañas. Las fronteras de los reinos.

Pero era la historia lo que más fascinaba a Temür.

El padre Nicolás le hablaba de emperadores y califas. De grandes batallas. De ciudades caídas. De poderosos imperios que habían surgido y desaparecido mucho antes de que los antepasados de Temür cruzaran la estepa.

Gracias a aquellas lecciones, el joven mongol comprendió una verdad importante:

Ningún imperio, por poderoso que fuera, duraba para siempre.

Muchos años después recordaría aquellas tardes con gratitud.

⁶ La palabra "álgebra" proviene del árabe al-jabr, de la obra del erudito Muhammad ibn Musa al-Khwarizmi (siglo IX).

Su habilidad con el arco le había permitido sobrevivir. Pero el padre Nicolás le había enseñado a comprender el mundo.

Por las noches, Temür permanecía acostado sobre su alfombra, pensando.

Ya no temía por su supervivencia. El mundo se había vuelto mucho más grande que la estepa.

Y él se encontraba en su borde. Seguía siendo un niño, pero estaba cambiando.

Lentamente.

Como el hierro colocado en una fragua. Todavía sin forma definitiva...

Pero ya no era lo que había sido.

El final del ciclo lunar se acercaba.

La sultana rezaba con fervor a Alá para que enviara a su esposo la señal que permitiría la adopción de Temür.

Y entonces, finalmente, la señal llegó.

El sultán nunca se desplazaba solo. Dondequiera que fuera, ya fuera entre las tiendas, a través de la caravana o bajo el abrasador sol del desierto, sus tres guardaespaldas lo seguían como sombras silenciosas.

Esos hombres eran distintos de los árabes. Habían llegado desde más allá de Egipto, desde las tierras de Marruecos.

Eran fornidos, más altos que cualquier hombre de la caravana. Sus cuerpos eran anchos y musculosos. Poseían brazos poderosos y cuellos gruesos. Su piel oscura brillaba como obsidiana pulida. Solo llevaban chalecos de cuero sin mangas, reforzados con remaches de bronce.

Viejas cicatrices cruzaban sus pechos y brazos.

Llevaban el cabello largo y recogido en gruesas trenzas sujetas con correas de cuero, adornadas con cuentas de hueso y latón que emitían suaves chasquidos cuando caminaban.

Cada uno portaba un cimitarra curva tan grande y pesada que Temür dudaba que muchos hombres pudieran blandirla con rapidez.

Eran los protectores elegidos del sultán.

Aquella tarde, después de su lección con el padre Nicolás, Temür estaba sentado junto a Suld. Con un paño ligeramente impregnado en aceite pulía cuidadosamente su arco compuesto.

La luz del sol recorría las capas curvadas de madera y cuerno. Comparado con los largos arcos árabes de los guardias, el arco mongol parecía pequeño.

El campamento permanecía tranquilo bajo el calor de la tarde hasta que se produjo movimiento entre las tiendas. El sultán realizaba uno de sus habituales paseos por el campamento.

Sirvientes y guardias se apartaron inmediatamente. Las conversaciones murieron al instante.

El sultán avanzó con paso tranquilo, vestido con una túnica blanca bordada con hilo de oro.

Tras él caminaban sus guardaespaldas armados.

Temür bajó la mirada con respeto y apoyó una rodilla en tierra. La mirada del sultán se detuvo sobre el arco. La técnica del arco compuesto⁷ de los mongoles era desconocida en el occidente.

⁷ Un arco compuesto era un arco curvo corto pero potente, hecho de capas de madera, cuernos y tendones de animales pegadas. Le permitía a los arqueros mongoles disparar con gran fuerza y alcance, incluso desde el caballo.

—¿Qué clase de arco es ese? —preguntó a través del padre Nicolás, que lo acompañaba como intérprete.

—Un arco mongol, mi señor —respondió Temür con humildad.

El sultán extendió la mano.

—¿Puedo verlo?

Temür se lo entregó con ambas manos e inclinó la cabeza.

El sultán examinó el arma con curiosidad, girándola lentamente entre sus dedos.

—Es mucho más pequeño que los nuestros.

—Sí, mi señor —respondió Temür—. Pero es más poderoso de lo que parece.

Una leve sonrisa apareció en los labios del sultán.

Entonces se volvió hacia uno de sus guardias.

—Youssef al-Marrakushi —dijo el sultán—, ¿qué opinas de esta arma mongola?

El marroquí dio un paso al frente. Era un hombre de hombros anchos, ojos negros y penetrantes, y una barba cuidadosamente recortada en la que comenzaban a aparecer algunas hebras grises.

Examinó el arco durante unos segundos y soltó un resoplido despectivo.

—Mi sultán, no sabría decir si esto es un arma o un juguete para niños.

Varios guardias rieron por lo bajo.

Temür permaneció inmóvil.

—Con el debido respeto hacia sus poderosos guerreros —dijo con calma—, mi arco puede alcanzar cualquier objetivo que sus arcos puedan alcanzar.

Las risas se extinguieron.

Los ojos del sultán brillaron de inmediato.

—¿Un desafío? —preguntó.

Temür inclinó la cabeza.

—Si mi señor así lo desea.

El sultán aplaudió una vez.

Un sirviente acudió apresuradamente llevando una jarra de agua de cerámica, envuelta en un paño húmedo.

El sultán señaló una zona despejada del desierto.

—Colócala a cien pasos.

El hombre obedeció.

Youssef sonrió con confianza mientras desensartaba su gran arco árabe y preparaba una flecha.

Pero antes de que pudiera levantarla, Temür habló.

—Mi sultán... permitidme una petición.

El sultán le hizo un gesto para que continuara. Temür caminó en silencio hacia la jarra. La levantó y siguió caminando y caminando.

El campamento comenzó a guardar silencio.

Luego caminó aún más.

Finalmente, cuando estuvo a unos doscientos pasos de distancia, dejó la jarra sobre la arena.

Tan lejos que parecía poco más grande que un pájaro posado sobre la tierra.

Los guardias comenzaron a murmurar y Youssef frunció el ceño.

—Eso es imposible —murmuró. Escupió sobre la arena con desprecio y bajó su arco.

—Ningún hombre puede realizar un disparo así.

El sultán observó a Temür con creciente interés.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Puedes acertarle desde aquí?

Temür sostuvo su mirada.

—Sí, mi señor.

El sultán lo estudió durante varios segundos.

—¿Y si fallas?

La brisa del desierto atravesó suavemente el campamento.

Temür no respondió.

Finalmente, el sultán declaró:

—Si fallas, recibirás diez azotes. La arrogancia es un pecado a los ojos de Alá.

Varios hombres intercambiaron miradas incómodas. Aquel castigo era severo.

Temür inclinó la cabeza.

—Que así sea.

Con tranquilidad tomó una flecha de su carcaj. La punta era estrecha y de acero.

El campamento entero quedó en silencio y Temür plantó los pies sobre la arena y levantó el arco.

Cuando Temür llevó la cuerda hasta su oreja, las palas del arco se curvaron hacia atrás como los cuernos de una bestia salvaje,

A lo lejos, la pequeña jarra apenas era visible.

Entonces, inesperadamente, Temür elevó el arco hacia el cielo.

Algunos guardias se miraron confundidos. Youssef soltó una risita.

Temür soltó la cuerda y el chasquido resonó como un látigo.

La flecha ascendió en una gran parábola. Subió cada vez más alto hacia el cielo hasta volverse casi invisible bajo el sol.

Durante largos instantes no ocurrió nada. Todo el campamento esperaba.

Entonces...

A lo lejos, en mitad del desierto, se escuchó el estallido seco de la cerámica rompiéndose.

La jarra explotó en fragmentos.

Un jadeo colectivo recorrió la caravana. Youssef contempló la distancia sin poder hablar. El sultán trató de

ocultar su asombro hasta que una lenta sonrisa apareció en su rostro.

“Esta tiene que ser la señal que esperaba de Alá”, pensó.

Desde aquel instante, el muchacho mongol dejó de ser visto como un niño indefenso. Comenzó a ser visto como alguien digno de respeto.

Durante días, la caravana continuó cruzando tierras secas bajo un sol implacable. Temür había comenzado a creer que el mundo estaba hecho únicamente de arena, piedra y horizontes interminables.

Entonces, una mañana, el desierto cambió.

Al principio vio una línea de color blanco, indefinida en la distancia. Pero a medida que la caravana ascendía por una cresta rocosa, aquella línea comenzó a transformarse.

Surgieron murallas, torres, cúpulas y una infinidad de tejados planos brillando bajo el sol.

Alepo.

La ciudad era magnífica, casi imposible de creer.

Temür solo conocía la estepa abierta, donde un hombre podía cabalgar durante días sin encontrar más que algunas tiendas aisladas. Incluso los enormes campamentos de los ejércitos mongoles desaparecían con el viento al cabo de unos días.

Pero esta ciudad...

Esta ciudad era piedra convertida en permanencia. Una montaña construida por manos humanas.

Altas murallas se extendían más allá de donde alcanzaba la vista. Torres de vigilancia se alzaban sobre ellas como centinelas silenciosos. Por todos lados se

elevaban minaretes⁸, cuyas formas esbeltas parecían perforar el cielo.

Columnas de humo ascendían desde centenares de fuegos. Y el murmullo distante de miles de voces llegaba hasta ellos como el rugido de un río.

A su lado, uno de los mercaderes árabes sonrió al ver su expresión.

—¿Es tu primera ciudad? —preguntó.

Temür asintió.

El hombre soltó una carcajada amistosa.

—Entonces prepárate. Alepo contiene más personas que todos los clanes que hayas visto juntos en toda tu vida.

⁸ Un **minarete** es la torre alta y esbelta asociada a una mezquita, utilizada tradicionalmente para la llamada a la oración musulmana.

CAPÍTULO 5

ALEPO

La ubicación de Alepo era ideal para el comercio. Su proximidad a importantes puertos del Mediterráneo, como Samandag, Tartus y otros, permitía a los mercaderes italianos de Venecia, Génova y Pisa intercambiar sus mercancías por productos procedentes de Persia, India, Arabia, Asia Central e incluso lugares tan remotos como China.

Los barcos venidos de Italia regresaban cargados de sedas chinas, rollos de algodón, perfumes delicados como la mirra y el aceite de rosas, piedras preciosas como rubíes, turquesas y perlas, además de refinadas piezas de vidrio.

El azúcar y el papel eran también productos de gran valor. Para entonces, el azúcar era considerado un lujo muy apreciado en los palacios de la nobleza europea. Y en lo que se refería al papel, el mundo islámico poseía técnicas de producción de papel muy superiores a las europeas.

Y también esclavos. Tristemente, el comercio de esclavos existía en ambas direcciones.

A cambio, los mismos barcos llegados de Europa traían al mundo musulmán:

Productos de metal. Barras de hierro. Armaduras de acero. Herramientas. Y madera, un recurso escaso en muchas regiones de Oriente Medio.

Más oro y plata.

Europa a menudo pagaba en lingotes de oro; los bienes de lujo orientales eran extraordinariamente codiciados.

Y, además, vino.

Los musulmanes no lo consumían, pero ciudades como Alepo albergaban una gran diversidad de pueblos: cristianos, judíos, armenios, griegos, europeos y muchas otras comunidades que sí lo apreciaban.

A medida que la caravana se acercaba a las puertas de la ciudad, el camino se volvía más concurrido.

Asnos cargados con sacos de grano se abrían paso entre camellos cargados de especias y seda.

Mercaderes armenios cabalgaban junto a turcos.

Pastores kurdos conducían rebaños de ovejas.

Comerciantes de piel oscura llegados del sur hablaban idiomas que Temür jamás había escuchado.

Marineros griegos discutían a voz en grito junto a joyeros judíos vestidos con elegantes túnicas.

La explosión de colores era suficiente para marearlo.

Y el olor...

Ya no era el aire limpio de la estepa. Era una batalla de aromas. Sudor. Cordero asado. Estiércol. Incienso. Cuero. Canela. Dátiles. Y perfumes desconocidos.

Y el ruido era aún más abrumador. Los hombres gritaban precios en distintos idiomas. Los herreros golpeaban hierro incandescente. Los niños corrían riendo por las calles. Alguna mula rebuznaba furiosamente mientras su dueño la insultaba.

Y por encima de todo, resonaba la llamada melancólica del muecín⁹ desde un minarete lejano, convocando a los fieles a la oración.

Toda la ciudad parecía estar viva.

La caravana atravesó la gran puerta de entrada, cruzó las enormes murallas que protegían la ciudad y finalmente penetró en el gran distrito comercial cercano al centro de Alepo.

Temür jamás había imaginado que pudiera existir tanta riqueza en un solo lugar.

El bazar se extendía como un laberinto bajo largas calles cubiertas de madera y piedra.

Telas de colores colgaban sobre las cabezas de los visitantes, filtrando la luz del sol en sombras rojas, doradas y azules.

Los mercaderes se sentaban detrás de montañas de mercancías llegadas desde todos los rincones del mundo.

Había puestos rebosantes de azafrán, pimienta, clavo y canela, especias que valían su peso en plata.

Los joyeros exhibían collares de esmeraldas y rubíes que brillaban como fuego capturado.

Los maestros armeros mostraban espadas de acero damasquino cuyas hojas cortaban la madera como si fuera mantequilla.

Sedas procedentes de Catay colgaban junto a pesadas telas bizantinas bordadas con hilos de oro.

Temür vio jaulas llenas de aves exóticas, colmillos de marfil más altos que un hombre, escribas copiando

⁹ Un muecín es el hombre que llama a los musulmanes a la oración desde una mezquita. Recita el adhán, el llamado islámico a la oración, tradicionalmente cinco veces al día:

libros pacientemente a mano mientras sabios discutían sobre religión y filosofía.

Por todas partes los comerciantes negociaban y sus manos nunca se detenían. Pesaban monedas. Examinaban joyas. Tocaban telas. Medían especias.

Los mercaderes de la caravana de Temür se transformaron rápidamente. Los agotados viajeros se convirtieron en hombres de negocios de mirada aguda.

Los sirvientes descargaban los camellos mientras los escribas registraban cada caja y cada fardo.

Los comerciantes del sultán abrieron cofres pulidos llenos de piedras preciosas, incienso y mercancías exóticas obtenidas durante meses de viaje.

Los compradores acudieron de inmediato. Hombres ricos, vestidos con túnicas bordadas, examinaban las joyas a la luz del sol.

Los comerciantes de especias abrían los sacos y aspiraban profundamente antes de anunciar sus precios.

Las discusiones daban paso a las risas.

Las risas a los acuerdos.

Y los acuerdos terminaban con solemnes apretones de manos.

Temür permaneció en un extremo observándolo todo, completamente abrumado.

Por primera vez comprendió que el mundo era aún más grande que las interminables praderas de su infancia.

En Alepo, los caminos de innumerables naciones se cruzaban como los hilos de un inmenso tapiz.

Y de alguna manera, por destino o por voluntad de Dios, él había sido conducido hasta su centro.

Aunque los vientos invernales golpeaban fríamente los muros del palacio, una cálida atmósfera perfumada llenaba los aposentos privados del sultán.

Habían pasado tres años desde que Temür, cubierto de polvo del desierto y maravillado por la visión de su primera caravana, se había unido al clan del sultán Al-Samir.

Tres años entre mercaderes, guardias, eruditos y sirvientes.

Tres años viviendo bajo la protección del sultán y de su casa.

Y, sin embargo, todavía no sabía exactamente cuántos años tenía.

Entre los mongoles, los años se recordaban por los inviernos, las migraciones, las batallas y las hambrunas.

Los hombres hablaban del año en que los ríos se congelaron por completo o del año en que los caballos murieron de hambre.

Nadie había registrado jamás el día de su nacimiento. El tiempo había cruzado la estepa como el viento sobre la hierba. Esa noche, sin embargo, la sultana iba a obligarlo a pensar en ello.

Temür y su familia adoptiva habían regresado pocos días antes de otro viaje de negocios, y en el palacio se respiraba la pesada comodidad del descanso.

La estancia donde se reunían era amplia y resplandecía con la luz de numerosas lámparas. Gruesas alfombras persas cubrían el suelo de mármol. Eran tan suaves que Temür todavía se sentía extraño al caminar sobre ellas.

Cojines bordados con hilos dorados se encontraban dispersos alrededor de bajas mesas de cedro. Una gran chimenea ardía contra uno de los muros. Las llamas crepitaban y se agitaban como espíritus atrapados tras rejas de hierro.

El calor transportaba por la habitación el aroma de la madera de cedro y la resina de ámbar. Cerca del fuego,

una joven esclava tocaba suavemente un instrumento de cuerda. Sus dedos arrancaban notas delicadas que flotaban por la estancia.

Sobre una bandeja de plata descansaban los restos del pastel de miel y dátiles que la familia había compartido momentos antes y las copas de cristal aún conservaban rastros de un oscuro sorbete aromatizado con menta.

El sultán reposaba cómodamente sobre una montaña de cojines. En una mano sostenía una larga pipa ornamentada con anillos de plata y pequeñas piedras turquesas. El aroma dulce y amargo del tabaco mezclado con opio se elevaba lentamente mientras inhalaba y exhalaba en silencio.

Frente a él, la sultana se encontraba sentada junto a un tablero de ajedrez tallado, apoyado sobre una mesa baja. La luz del fuego danzaba sobre sus brazaletes mientras movía una pieza de marfil con serena confianza.

—Vuestro caballo se vuelve imprudente, mi señor —dijo con diversión, refiriéndose a una pieza del tablero.

El sultán entrecerró los ojos.

—Los hombres imprudentes suelen conquistar reinos —respondió.

Temür estaba sentado a cierta distancia, junto a una lámpara de aceite de latón, completamente concentrado en su trabajo. Frente a él había varias hojas de papel sujetas por una piedra pulida. En la mano sostenía un qalam, la pluma de caña que el padre Nicolás le había enseñado a utilizar años atrás. De vez en cuando la sumergía en un pequeño tintero antes de continuar escribiendo.

Al principio, la escritura le había parecido una forma de magia. Ahora los símbolos negros surgían de manera natural bajo su mano.

La sultana apartó la vista del ajedrez y lo observó en silencio. Luego intercambió una mirada con su esposo. El sultán respondió con una leve inclinación de cabeza.

La sultana se volvió hacia los sirvientes.

—Dejadnos solos.

La música cesó y los criados abandonaron la estancia sin hacer ruido. Sus sandalias susurraron sobre las alfombras mientras desaparecían tras las cortinas.

Temür levantó la vista, durante un momento nadie habló. Entonces la sultana sonrió con dulzura.

—Temür, ya has vivido con nosotros durante tres años.

—Sí, mi señora.

—Y cuando llegaste, el padre Nicolás calculó que tenías aproximadamente once años.

Temür frunció ligeramente el ceño. Jamás se había preocupado por algo así.

La sultana se recostó sobre los cojines y lo observó con una ternura casi maternal.

—Eso significa —continuó— que ahora tienes catorce años.

Las palabras se acomodaron de forma extraña en su interior.

Catorce, un número, una edad. Algo concreto. Nunca se había imaginado envejeciendo. En la estepa, los niños simplemente se convertían en hombres de una estación a otra, sin previo aviso.

—Y con catorce años —añadió el sultán sin apartar la vista del tablero— ya no eres un niño.

Temür se preguntó qué quería decir con aquello, pero guardó silencio.

La sonrisa de la sultana se hizo más profunda.

—Ha llegado el momento —dijo— de que empecemos a buscarte una esposa adecuada.

El qalam estuvo a punto de escaparse de sus dedos. La sangre subió a su rostro tan rápidamente que temió que todos lo notaran. Su corazón comenzó a latir con más fuerza que durante cualquier entrenamiento o carrera a caballo.

¿Una esposa?

Los miró sin poder hablar. Una parte de él se sintió nerviosa. Otra parte, una nueva que apenas comprendía, se llenó de una emoción tan intensa que le oprimió el pecho.

El sultán levantó por fin la vista del tablero y permitió que una sombra de sonrisa apareciera en su rostro.

—Pareces un hombre al que acaban de condenar a muerte.

La sultana se cubrió la boca para ocultar una suave carcajada.

Temür bajó la mirada, intentando recuperar la compostura mientras el fuego crepitaba y los aromas de humo, rosas y tinta¹⁰ flotaban a su alrededor.

La celebración comenzó poco después de la puesta del sol, cuando la última luz rojiza desapareció más allá de las murallas de Alepo y centenares de lámparas de aceite transformaron el palacio en un lugar de mil llamas.

Los sirvientes recorrían los salones portando bandejas de plata cargadas con cordero asado, arroz con azafrán, higos, almendras, pistachos y pasteles de miel cubiertos de jarabe.

El perfume del incienso flotaba bajo los techos pintados, sostenidos por esbeltas columnas de mármol.

¹⁰ En esa época, la tinta se preparaba mezclando ceniza fina con goma arábiga y agua.

Los músicos estaban sentados sobre alfombras bordadas cerca de una fuente situada en el centro del gran salón. El agua reflejaba las luces temblorosas mientras intérpretes de *oud*, *rebab*¹¹ y flauta llenaban el ambiente con suaves melodías.

Temür había asistido a muchas reuniones desde que se unió a la casa del sultán, pero aquel esplendor seguía maravillándolo. Una parte de él continuaba siendo el muchacho de la interminable estepa que había dormido bajo tiendas de fieltro y pertenecido a una familia cuya riqueza se medía en caballos.

Ahora vestía túnicas de seda oscura sujetas por un cinturón de plata que el propio sultán le había regalado.

Era más alto y robusto que cuando llegó, pero aún seguía habiendo algo inequívocamente extranjero en él. Su postura conservaba la alerta inmovilidad de las praderas. Sus ojos observaban las salas igual que un jinete vigila el horizonte.

Aquella noche, sin embargo, se sentía extrañamente inquieto. La sultana había hablado poco durante el día, pero sus sonrisas cómplices lo habían perseguido a todas partes.

Y los invitados que llegaban aquella noche no eran visitantes comunes.

Cerca de la entrada, los sirvientes anunciaron con gran formalidad la llegada de una familia de mercaderes.

Todas las cabezas se volvieron hacia ellos.

El comerciante, Hassan al-Rashid, era uno de los hombres más ricos relacionados con las caravanas que

¹¹ Oud. Un laúd en forma de pera con un sonido profundo y cálido. Perfecto para reuniones nobles.

Rebab (Rababa) — un instrumento de arco temprano, antecesor del violín.

atravesaban Siria hacia los puertos mediterráneos. Al igual que Al-Samir, comerciaba con sedas orientales y especias cuyo valor alcanzaba fortunas en Europa.

A su lado caminaba su esposa, cubierta por un velo de seda azul oscuro bordado con hilos de plata. Y entre ambos avanzaba su hija.

Por un instante, Temür dejó de respirar.

Su nombre era Layla.

No podía tener más de trece o catorce años. Se movía con una gracia tranquila. Oscuros cabellos enmarcaban su rostro bajo un delicado velo bordado y sus ojos negros poseían la suave profundidad del ámbar pulido. Delicados brazaletes de oro rodeaban sus muñecas y tintineaban suavemente con cada movimiento.

La sultana recibió a la familia con afecto.

—Mis queridos amigos, vuestra presencia llena esta casa de alegría.

El mercader inclinó respetuosamente la cabeza.

—El honor es nuestro.

Los invitados fueron conducidos hacia los cojines dispuestos alrededor de la fuente mientras la música continuaba sonando suavemente.

Temür permaneció junto a una de las columnas. No sabía si deseaba desaparecer o quedarse exactamente donde estaba.

El sultán lo observó con diversión. Finalmente, la sultana se volvió hacia él.

—Temür, ven aquí.

Obedeció de inmediato. De repente el suelo de mármol pareció inmenso bajo sus pies. Cuando llegó junto a la sultana, ella apoyó una mano sobre su hombro.

—Este es Temür —dijo a los invitados—. Ha vivido con nuestra familia durante varios años y se ha vuelto muy querido para nosotros.

El mercader estudió al joven mongol con curiosidad inteligente.

—Así que tú eres el jinete de las praderas orientales. He oído hablar mucho de ti.

Temür inclinó respetuosamente la cabeza. Aún se sentía incómodo con las refinadas costumbres de la nobleza urbana.

—Me honráis.

Entonces la sultana se volvió hacia la muchacha.

—Y esta —dijo cuidadosamente— es Layla, hija de nuestros queridos amigos.

Por primera vez la joven levantó completamente la mirada hacia él.

De pronto Temür fue consciente de todos los sonidos del salón. La fuente. La música. Las antorchas. Las risas lejanas.

De niño había enfrentado lobos, había atravesado tormentas de arena y se había entrenado junto a guerreros armados. Sin embargo, nada de aquello lo había preparado para el silencioso pánico provocado por la mirada de una muchacha.

Layla bajó los ojos casi de inmediato, pero no antes de que una leve sonrisa rozara sus labios.

La sultana lo observó todo.

Por supuesto que lo hizo.

Pasado el momento, la conversación continuó a su alrededor. Los sirvientes servían sorbete dulce en copas de cristal. El mercader hablaba con el sultán sobre rutas comerciales, barcos genoveses y los crecientes peligros de los caminos orientales.

Pero bajo todas aquellas palabras educadas se ocultaba otro propósito.

Aquella velada había sido organizada para ellos. Varias veces durante la cena, Temür sorprendió breves miradas de Layla desde el otro extremo del salón.

Nunca lo bastante largas para resultar impropias.

Nunca tan atrevidas como para llamar la atención.

Pero suficientes.

Suficientes para despertar curiosidad.

Y suficientes para alimentar la esperanza.

En un momento, los músicos cambiaron a melodías de ritmo más alegre. Al compás de tambores y flautas, un grupo de bailarinas irrumpió en el salón.

Sus ligeros velos de seda y sus ajustados corpiños, adornados con monedas de plata y cuentas de colores, centelleaban bajo la luz de las lámparas. Hilos de oro, perlas diminutas y monedas de plata cosidas a los velos capturaban la luz de los candelabros y la devolvían en una lluvia de destellos.

Avanzaron descalzas sobre las alfombras persas, moviéndose con una gracia tan fluida que parecían deslizarse en lugar de caminar. Al ritmo de los tambores, sus caderas comenzaron una danza lenta y cautivadora, trazando ondulaciones que ascendían por el vientre y el pecho hasta los hombros. Cada gesto estaba medido con exquisita precisión, como si la música naciera de sus propios cuerpos.

En sus dedos llevaban pequeños címbalos de bronce pulido. Los hacían sonar con delicados movimientos de las manos, creando un tintineo cristalino que se mezclaba con las notas de los laúdes y las flautas.

El tradicional baile, inequívocamente erótico, evocaba ocultas reuniones de amantes en jardines nocturnos y demostraciones de amor bajo un cielo sembrado de estrellas.

Los invitados observaban fascinados, reclinados entre cojines de terciopelo, mientras sirvientes silenciosos llenaban las copas de néctar y sorbete de frutas. Cuando las bailarinas se retiraron, los invitados aplaudieron suavemente.

Mientras el baile tenía lugar, Temür se había acercado a una de las ventanas talladas que daban a los jardines iluminados por la luna, cuando escuchó unos pasos suaves aproximarse.

Layla.

Durante un momento ninguno habló.

—Eres muy callado —dijo ella finalmente.

Su voz era más suave de lo que él había imaginado.

Temür buscó desesperadamente algo inteligente que responder.

—En la estepa —contestó torpemente— a menudo solo existe el silencio.

Para su alivio, Layla sonrió.

—Creo que me gustaría ver la estepa algún día.

Entonces él la miró de verdad.

Y sintió algo extraño moverse en su interior.

Algo suave y al mismo tiempo, más aterrador que cualquier batalla.

Al otro lado del salón, la sultana observó discretamente a las dos jóvenes figuras junto a la ventana.

Intercambió una mirada satisfecha con su esposo.

El juego había comenzado.

CAPÍTULO 6

UN JOVEN AMOR

Los vientos de primavera cruzaban las grandes praderas llevando consigo el aroma del tomillo silvestre y de la lluvia reciente. Por todo el campamento, las blancas yurtas de fieltro brillaban bajo el sol de la mañana. Los caballos pastaban tranquilamente junto al río y las risas de los niños resonaban por todas partes.

Era un tiempo alegre.

Durante tres años, la paz había bendecido a las familias de la tribu. Tres años durante los cuales Temür y Layla habían crecido juntos, como dos árboles jóvenes arraigados junto al mismo arroyo.

El muchacho que una vez la seguía tímidamente entre caballos pastando se había convertido en un joven alto y de anchos hombros. A los diecisiete años, Temür ya se comportaba como un guerrero. Sus cuerpo se había fortalecido con la arquería y la equitación, y sus ojos oscuros reflejaban la tranquila confianza de quien cree que el mundo le reserva un destino extraordinario.

Layla, ahora de dieciséis años, vivía bajo la tutela de la sultana y se había convertido en la belleza serena del palacio. Las mujeres sonreían con complicidad cuando ella pasaba. Su largo cabello negro llegaba hasta la cintura y, cuando reía, incluso los ancianos suavizaban sus expresiones.

Finalmente se había concertado su matrimonio.

La boda tendría lugar antes de la próxima luna llena.

Durante días, el campamento se preparó para la celebración. Las mujeres bordaban prendas con hilos de seda traídos por mercaderes de tierras lejanas. Los hombres mayores discutían alegremente sobre caballos y regalos. Los niños corrían entre las yurtas fingiendo disparar flechas con arcos imaginarios.

Cada tarde, Temür se sentaba junto a su tienda afilando un cuchillo sobre una piedra de amolar. Aunque intentaba parecer tranquilo, sus manos lo traicionaban ligeramente.

El sultán lo notó.

—Estás nervioso —dijo el hombre mayor con diversión.

Temür sonrió apenas.

—Preferiría enfrentarme a una manada de lobos.

Al-Samir soltó una carcajada profunda.

—Eso es porque los lobos son mucho más fáciles de entender que las esposas.

Cerca de allí, Layla transportaba telas dobladas junto a su madre y sus tías. Aunque intentaba evitar mirar hacia Temür, sus ojos la traicionaban una y otra vez.

En un momento sus miradas se encontraron.

Se sonrieron, pero no dijeron nada.

Su amor se había vuelto más silencioso.

Una tarde, cuando el cielo comenzaba a teñirse de color naranja, Layla encontró a Temür sentado frente a la yurta del sultán. Varias hojas de pergamino descansaban sobre sus rodillas. A su lado había un pequeño tintero y sostenía una pluma de caña con un cuidado sorprendente para unas manos acostumbradas al arco y a las riendas.

Ella permaneció unos instantes observándolo antes de hablar.

—Sujetas la pluma como si fuera una espada.

Temür levantó la vista y sonrió.

—El padre Nicolás dice que la escritura puede ser incluso más peligrosa.

Layla se arrodilló a su lado, procurando no mover los pergaminos.

Extraños símbolos recorrían las páginas en elegantes líneas negras.

—Son hermosos —susurró—. Parecen enredaderas.

—Es escritura árabe —explicó Temür—. El padre Nicolás dice que no solo es hermosa, sino también la más refinada del mundo.

En otra hoja podían verse signos diferentes: letras latinas trazadas con líneas más rectas y severas.

Layla frunció ligeramente el ceño.

—Estas parecen pequeñas lanzas luchando unas contra otras.

Temür rio suavemente.

—El sacerdote las utilizaba cuando marchó con las Cruzadas. Los mercaderes las emplean para enviar mensajes a un país llamado Italia, al otro lado del mar.

Layla señaló una de las hojas sin tocarla.

—¿Y puedes leer ambos idiomas?

—Un poco.

—¿Qué estás escribiendo?

Temür dudó un instante.

—Un diario.

Ella abrió los ojos con sorpresa.

—¿Los guerreros escriben diarios?

—El sultán dice que algún día valdrán más que el oro. Dice que la memoria desaparece como el humo si nadie la atrapa.

Layla sonrió.

—¿Y qué has escrito hoy?

Temür bajó la mirada hacia el pergamino.

—Que la primavera huele a lluvia.

—Que tu cabello es más largo que el año pasado.

—Y que tengo miedo.

Los ojos de Layla se alzaron lentamente.

—¿Miedo de qué?

—De que la felicidad desaparezca cuando un hombre habla demasiado de ella.

Durante un instante ninguno se movió.

Entonces Layla tomó suavemente la pluma de caña de su mano y añadió un único símbolo torpe bajo las líneas que él había escrito.



Temür lo observó.

—¿Qué significa?

Ella sonrió tímidamente.

—Yo lo sé. El padre Nicolás me lo enseñó. Tendrás que descubrirlo por ti mismo.

Temür guardó los pergaminos y sus instrumentos de escritura dentro de una bolsa de cuero.

Luego ambos comenzaron a caminar junto al arroyo.

—Anoche soñé con nuestra yurta —susurró Layla.

Temür volvió la cabeza hacia ella.

—¿Qué viste?



El símbolo de 'amor' en Arabe.

—Era pequeña —respondió suavemente—. Tenía una tela azul colgando en la entrada. Y muchos caballos alrededor.

Temür sonrió.

—Te daré los mejores caballos de toda la estepa.

—No me importan los caballos.

—Entonces, ¿qué te importa?

Layla bajó los ojos.

—Que regreses a mi lado cada atardecer.

Las palabras lo conmovieron de una forma inesperada.

Durante unos instantes permaneció sumido en sus pensamientos.

—Siempre regresaré a ti —dijo finalmente.

Años atrás había pedido al Eterno Cielo Azul un compañero. Ahora había recibido mucho más de lo que jamás había imaginado. No tenía nada más que pedir. La copa de sus deseos rebosaba.

Con cuidado tomó la mano de Layla.

Incluso después de tantos años juntos, gestos como aquel seguían pareciéndoles nuevos.

Subieron una colina cercana desde donde podían contemplar todo el campamento. Sobre ellos, el cielo adquiría un profundo color azul oscuro y las primeras estrellas comenzaban a aparecer.

—Cuando era pequeña —dijo Layla— creía que las estrellas eran agujeros en el cielo por donde el Paraíso nos observaba.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que son caminos.

—¿Caminos?

—Para las almas que intentan encontrarse.

El viento sopló suavemente a su alrededor.

Temür permaneció largo rato contemplando las estrellas.

—Mi padre me dijo una vez que los hombres pasan toda su vida buscando el lugar al que pertenecen.

Layla se volvió hacia él.

—¿Y tú lo has encontrado?

Temür la miró en silencio.

—Sí.

No hicieron falta más palabras. Con la misma delicadeza con la que se sostiene un ramo de flores frágiles, Temür la atrajo hacia sí y la besó.

Layla cerró los ojos.

Apoyó sus labios sobre los de él y deseó que el tiempo se detuviera.

Solo por aquel instante.

El viento se deslizó suavemente entre la hierba.

A lo lejos retumbó un trueno.

Ninguno de los dos lo advirtió.

CAPÍTULO 7

LOS MONGOLES

Los primeros rumores llegaron con comerciantes aterrorizados procedentes del este. Entraron en Alepo exhaustos, con los camellos cubiertos de espuma, hablando de humo en el horizonte y de aldeas enteras vaciadas ante el avance de un inmenso ejército mongol.

Al principio, los habitantes de la ciudad descartaron aquellas historias como exageraciones nacidas del miedo del desierto.

Pero pronto llegaron más caravanas. Y todas contaban la misma historia.

Los mongoles se acercaban.

Dentro del palacio del sultán Al-Samir, la inquietud se propagó como una enfermedad a través de los salones de mármol. Los sirvientes susurraban en los rincones. Los guardias afilaban lanzas hasta altas horas de la noche.

Los músicos que antes llenaban los patios con alegres melodías comenzaron a tocar en voz baja, como si la música fuerte pudiera atraer la desgracia.

Temür escuchó los rumores mientras entrenaba con la guardia del palacio. Cada palabra golpeaba su corazón de una manera extraña.

Los mongoles. Su pueblo. Durante años había vivido lejos de las interminables praderas de su infancia.

Alepo había comenzado a sentirse como un hogar. Y ahora la tormenta de la estepa había llegado hasta él.

Primero fue el temblor de miles de cascos golpeando la tierra del desierto al galope. Un día después apareció el ejército.

Desde las murallas de la ciudad, la población observó cómo el horizonte se oscurecía bajo miles de jinetes. Sus estandartes se agitaban como olas negras impulsadas por el viento. Las columnas de arqueros montados se extendían más allá de donde alcanzaba la vista.

Al frente cabalgaba el general Qadan, comandante de uno de los ejércitos de Batu¹³ Kan.

Batu era nieto del hombre que había unido a todas las tribus de la estepa y cuyo nombre aterrorizaba a medio mundo: Gengis Kan.

Batu buscaba nuevas conquistas para honrar la memoria de su abuelo.

Los mongoles no atacaron. Acamparon a poca distancia de la ciudad. Al día siguiente, el general Qadan envió emisarios bajo banderas blancas al palacio de Al-Samir.

Cuando los emisarios entraron, el gran salón permaneció en silencio. Nobles, imanes, mercaderes y comandantes militares rodeaban el trono del sultán.

El oficial mongol avanzó al frente de su escolta, acompañado por dos soldados.

La confianza de un guerrero mongol no nacía del número de hombres que lo rodeaban, sino de la certeza de que decenas de miles esperaban más allá del horizonte, listos para actuar a una sola orden.

¹³ Batu: 'Fuerte' en lenguaje Mongol.

El emisario caminaba recto como una lanza. Era un hombre de mediana edad, de hombros anchos, curtido por innumerables campañas desde las llanuras de Mongolia hasta los desiertos de Persia.

Su rostro era duro y castigado por el viento. La piel, oscurecida por el sol y el polvo. Una barba negra, cuidadosamente recortada y salpicada de gris, enmarcaba una boca que rara vez sonreía.

Vestía un *deel* azul oscuro, la tradicional túnica de montar mongola, cerrada sobre el pecho y ceñida por un ancho cinturón de cuero. Sobre ella llevaba una coraza de armadura lamelar lacada. Centenares de placas de hierro y cuero endurecido se superponían como las escamas de una gran bestia. Protegían el pecho, los hombros y la espalda sin limitar sus movimientos.

La armadura estaba marcada por antiguas campañas. Arañazos de espadas. Abolladuras de flechas. Y el brillo pulido de años de servicio.

Sobre la cabeza llevaba un casco cónico de hierro ribeteado con piel. Un protector metálico descendía por la nuca y placas laterales cubrían parcialmente sus mejillas. Bajo el casco escapaban mechones de cabello oscuro que se agitaban con la brisa del desierto.

En el cinturón colgaban las herramientas de un noble guerrero mongol. Una cimitarra curva descansaba sobre su cadera izquierda, con la empuñadura envuelta en cuero negro.

Los hombres de Alepo comprendieron de inmediato que no era un simple mensajero. Todo en él hablaba de autoridad. La armadura. Las armas. La calma absoluta de su mirada. Era sin duda un hombre acostumbrado a pronunciar órdenes que decidían el destino de ciudades enteras.

El emisario habló a través de un intérprete.

—Soy un emisario del general Qadan. El general, en nombre del gran Ogedei Kan, ofrece al sultán Al-Samir dos caminos.

Levantó dos dedos.

—El primer camino es la paz. Abrid las puertas de Alepo. Jurad lealtad al Gran Kan y convertíos en su vasallo. Ningún daño caerá sobre vuestro pueblo. Ningún soldado será ejecutado. Vuestros mercados permanecerán abiertos, vuestras mezquitas serán respetadas y vuestro palacio permanecerá intacto. A cambio, el Imperio Mongol recibirá treinta partes de cada cien de vuestra producción como tributo.

Un murmullo recorrió la corte; el emisario bajó uno de los dedos.

—El segundo camino es la guerra.

El salón quedó inmóvil.

—Si resistís, cada hombre, mujer y niño perecerá. Vuestras murallas serán derribadas. Vuestros mercados arderán. Vuestros tesoros serán llevados lejos.

Sus ojos recorrieron lentamente la estancia.

—Debes haber oído hablar de Nishapur.

Los rostros de los presentes palidecieron. Los viajeros hablaban de pirámides construidas con cráneos humanos y de ríos ennegrecidos por las cenizas. Ciudades enteras habían desaparecido bajo la ira de los mongoles.

El emisario inclinó ligeramente la cabeza.

—Tenéis tres días.

Luego se marchó.

Aquella noche nadie durmió en Alepo y el sultán reunió a sus consejeros en secreto.

Sus generales exigían combatir.

—Nuestras murallas son fuertes —insistió uno de ellos—. Alepo jamás ha caído.

Otro golpeó la mesa con el puño.

—¡Rendirse sin luchar es una cobardía!

Pero los consejeros más ancianos opinaban de otra manera.

—Los mongoles son distintos a cualquier enemigo que hayamos enfrentado —dijo un viejo mercader cuyas caravanas habían recorrido Persia—. Ciudades más grandes que la nuestra han desaparecido ante ellos.

Otro comerciante habló con voz temblorosa.

—Mi señor, no importa la altura ni la fortaleza de las murallas. Algunos de mis esclavos escaparon del asedio de Nishapur. Hablan de máquinas construidas por artesanos chinos traídos desde Asia Oriental. Máquinas como jamás han visto árabes ni francos. Torres de madera tan altas como las murallas, cubiertas con pieles mojadas para resistir el fuego. Sobre ellas se situaban arqueros mongoles que disparaban directamente sobre las calles de la ciudad.

El padre Nicolás se encontraba entre los consejeros.

El sacerdote habló con calma.

—El deber de un gobernante no es alcanzar la gloria. Es asegurar la supervivencia de su pueblo.

El debate continuó hasta el amanecer. Finalmente, el sultán Al-Samir se levantó. De pronto parecía más viejo.

—No sacrificaré Alepo por orgullo.

El silencio se hizo absoluto. Nadie protestó.

—Nos rendiremos.

Tres días después se abrieron las puertas de la ciudad.

La vanguardia del ejercito Mongol entró en perfecto orden. No hubo saqueos, ni grito y no hubo

destrucción ni incendios. La población observó con temor cómo miles de jinetes llenaban las calles como un río de hierro y cuero.

El propio general Qadan acudió al palacio para recibir el juramento de sumisión del sultán. No lo humilló. Lo trató con un respeto inteligente.

Todo transcurrió pacíficamente.

Al día siguiente, un jinete partiría a toda velocidad para informar a Batu Kan que la gran ciudad de Alepo pertenecía ahora al Imperio Mongol, un dominio que se extendía desde el este de China hasta los Balcanes.

Resignados, los mercaderes más ricos comenzaron a contar y separar una tercera parte de sus riquezas para cargarlas en los grandes carros mongoles de cuatro ruedas tirados por bueyes.

Nadie se atrevió a engañar a los conquistadores. El general había advertido que el castigo consistiría en enterrar al culpable en la arena hasta el cuello y abandonarlo allí hasta que solo quedara su cráneo.

Temür no tenía ninguna intención de unirse al ejército mongol. Y mucho menos de abandonar a su amada Layla. Trató de permanecer fuera de la vista, esperando que aquel momento pasara y que todo continuara igual.

Pero no iba a ser así.

No muy lejos del sultán se encontraba Yousseff, el capitán marroquí de la guardia personal del sultán.

Años atrás, durante una competición, Temür lo había humillado públicamente en un concurso de tiro con arco. El recuerdo seguía quemándolo por dentro y desde entonces había observado con resentimiento cómo el joven mongol ganaba el favor del sultán.

Ahora el odio le susurró una oportunidad.

Aquella misma tarde, mientras oficiales mongoles ocupaban los patios del palacio, Yousseff se acercó a uno de los capitanes de Qadan.

Habló en un turco rudimentario.

—Aquí hay un joven guerrero —dijo—. Mongol de sangre. Su habilidad con el arco es extraordinaria.

El capitán entrecerró los ojos.

—¿Un mongol?

—Sí. Y mejor arquero que cualquiera de Alepo.

Al principio el oficial no le creyó, pero el marroquí parecía decir la verdad. A la mañana siguiente, varios soldados se presentaron en los aposentos de Temür.

—El general Qadan os convoca.

Temür comprendió de inmediato que el peligro lo había encontrado. Siguió a los guardias por los abarrotados corredores hasta llegar al patio de entrenamiento, que había sido transformado en un campamento mongol.

Caballos atados junto a las fuentes. Guerreros afilando flechas. Esclavos transportando armaduras y provisiones. Y en el centro, sentado en una silla tallada de madera, esperaba el general Qadan.

Temür vio que Layla también estaba allí; el temor era evidente en su rostro.

Yousseff observaba desde las sombras.

Qadan estudió a Temür detenidamente.

—Dicen que eres hábil con el arco.

Temür inclinó la cabeza.

—Solo soy un servidor del sultán.

—Eso no es lo que he preguntado.

El general señaló varios blancos colocados al otro extremo del patio.

—Muéstramelo.

Un sirviente le entregó su arco compuesto y un carcaj lleno de flechas. El contacto familiar de la madera y el cuerno pulidos despertó recuerdos de la estepa.

Tomó posición, tensó la cuerda y disparó.

La flecha falló.

Un murmullo recorrió las filas mongolas.

Temür disparó otra vez.

Otro fallo.

Y luego un tercero.

El general no se movió, pero sus ojos se endurecieron.

—Un arquero mediocre —dijo con calma— no falla tres veces de la misma manera.

Temür guardó silencio y Qadan se puso lentamente de pie.

—Me insultas.

—Solo digo la verdad, general.

—No —respondió Qadan—. La ocultas.

El comandante mongol volvió la mirada hacia Layla.

—Traed a la muchacha.

Una oleada de miedo recorrió el patio y el corazón de Temür se congeló.

Dos soldados condujeron a Layla hacia adelante. Aunque estaba asustada, mantuvo la cabeza erguida. Qadan tomó una manzana roja de una bandeja de plata y la colocó cuidadosamente sobre su cabeza.

Los soldados se alejaron.

El patio estalló en susurros.

Temür dio un paso adelante.

—¡No!

Instantáneamente varios arqueros mongoles apuntaron a Layla.

La voz de Qadan permaneció fría.

—Si tu próxima flecha falla, una de las mías no lo hará.

Los ojos de Layla encontraron los de Temür. Había enfrentado lobos en las llanuras invernales. Había cruzado desiertos y montañas. Pero nunca le habían temblado las manos como en aquel momento.

Lentamente levantó el arco y el mundo desapareció. No había soldados. No había palacio. No había multitud. Solo Layla, sola bajo la luz del sol, con la manzana en equilibrio sobre su cabeza.

Los labios de Layla formaron unas palabras silenciosas:

“Suelta la flecha, amor mío. Si te llevan lejos, no tengo razones para seguir viviendo.”

Temür tensó la cuerda. Todos los músculos de su cuerpo se contrajeron.

Si la mano temblaba...

Si el viento cambiaba...

Soltó la flecha, que cruzó el patio como un relámpago.

La manzana explotó en fragmentos.

Layla jadeó cuando los trozos de fruta roja se dispersaron sobre las piedras de mármol.

Durante un latido, todo el palacio quedó inmóvil.

Entonces comenzaron a escucharse murmullos entre las filas mongolas. Varios guerreros sonrieron abiertamente, mientras otros asentían con admiración. Incluso veteranos curtidos por innumerables campañas parecían impresionados.

El general Qadan caminó lentamente hasta los restos de la manzana. Recogió la flecha y la examinó. Luego volvió la mirada hacia Temür.

—Por fin —dijo en voz baja—, la verdad.

Temür bajó el arco sin responder.

Qadan avanzó hasta quedar frente a él.

—Naciste para la silla de montar y el arco —dijo el general—. No para los jardines de un palacio.

La voz de Temür fue baja, pero desafiante.

—Ahora pertenezco a este lugar.

—No —replicó Qadan—. Tú perteneces a los mongoles.

Entonces endureció su expresión y habló en voz alta para que todos pudieran escucharlo.

—Al amanecer, Temür cabalgará con mi ejército.

Las palabras golpearon a Temür como una hoja afilada. Comprendió que estaba perdido.

—Mi señor...

El general mongol ya se alejaba.

—No es una petición. El Gran Kan necesita guerreros.

La audiencia había terminado. A su alrededor, el patio comenzó lentamente a recuperar la vida.

Pero para Temür, el palacio ya parecía distante. Como algo que empezaba a desvanecerse en un sueño.

El alba apenas había rozado las torres de Alepo cuando el ejército mongol comenzó a ponerse en marcha. Los patios del palacio resonaban con el sonido de las cinchas ajustándose, los resoplidos de los caballos y el crujir de las ruedas bajo el peso de los grandes carros.

Los estandartes negros se agitaban en el frío viento matutino.

Temür permanecía en silencio junto a Salkhi. Vestía nuevamente una armadura mongola.

Suld, su perro tuerto, lo observaba con inquietud, percibiendo que grandes cambios se aproximaban.

Detrás de él escuchó unos pasos suaves.

Layla.

La joven se acercó rápidamente y escondió el rostro contra su pecho. Todo su cuerpo temblaba.

Temür la abrazó con cuidado, como si fuera algo tan frágil que pudiera romperse entre sus manos.

—No pueden llevarte —susurró ella.

Temür cerró los ojos. Sabía que sí podían.

La orden del Kan era más poderosa que la autoridad de un sultán. Más fuerte que las promesas. Más fuerte incluso que el amor.

—Debo irme —dijo en voz baja.

Layla se apartó de él. Las lágrimas brillaban en sus ojos.

—Me lo prometiste.

El dolor de su voz le hirió más profundamente que cualquier espada. Temür buscó desesperadamente las palabras adecuadas. No encontró ninguna.

Finalmente solo pudo decir:

—Volveré.

Layla lo observó durante largo tiempo. Eran tan jóvenes. Lo bastante jóvenes para creer que la guerra era algo temporal. Que el amor podía protegerlos de todo. Que todavía era posible convencer al destino.

Finalmente, Layla deslizó una mano bajo la manga y sacó una fina cinta azul bordada con delicados hilos de plata.

—Mi madre me la dio cuando era pequeña —dijo suavemente—. Para la buena suerte.

La ató alrededor de la muñeca de Temür.

—Llévala contigo.

Luego apoyó suavemente su frente contra la de él.

—Cuando regrese la primavera —susurró—, tú también debes regresar con ella.

Por primera vez, Temür sintió miedo. No miedo a la batalla. No miedo a la muerte. Sinó miedo de que el

mundo que lo esperaba más allá del horizonte lo transformara en alguien que Layla ya no pudiera reconocer.

Un cuerno mongol resonó en algún lugar del patio.
El ejército estaba partiendo.

Layla lo atrajo de repente hacia ella y lo besó con una pasión desesperada, como si intentara dejar una parte de su alma dentro de él.

Cuando finalmente se separaron, ambos temblaban. Layla dio un paso atrás antes de que las lágrimas quebraran su fortaleza y Temür montó sobre Salkhi.

Muy lentamente comenzó a alejarse.

—Te esperaré, Temür —susurró ella para sí misma, sabiendo que él ya no podía oírla.

Y mientras el ejército mongol abandonaba Alepo bajo la luz del sol naciente, Layla permaneció sola en el patio del palacio, observando hasta que el último rastro de él desapareció entre el polvo del camino hacia el oriente.

El interminable cielo mongol se extendía frío y silencioso sobre la estepa. Y en algún lugar, muy lejos de allí, la guerra ya estaba en camino.

CAPÍTULO 8

LA CAMPAÑA DE OCCIDENTE

Durante los últimos cuarenta días, Temür había cabalgado hacia occidente junto al ejército de Batu Kan.

Cada mañana comenzaba antes del alba. Los campamentos desaparecían casi tan pronto como habían surgido; miles de yurtas de fieltro se desvanecían dentro de carros mientras interminables columnas de jinetes avanzaban bajo cielos grises hacia tierras cuya existencia Temür jamás habría imaginado.

Cuanto más se alejaban, con mayor intensidad sentía la distancia que lo separaba de la vida apacible que había conocido.

Por las noches, junto a las hogueras del campamento, evocaba a menudo el cálido aroma del pan que salía de la tienda del sultán, la suave risa de Layla entre las mujeres y el delicado sonido de los caballos pastando junto al río. Esos recuerdos parecían ahora pertenecer a otro mundo.

El ejército mongol avanzaba como una fuerza viva de la naturaleza. Desde el instante mismo en que se unió a sus filas, Temür quedó sobrecogido por su inmensidad y su organización. Había presenciado guerras tribales en el pasado, pero nada podía compararse con aquella vasta máquina de conquista que se extendía por la estepa como

un río interminable de hombres, caballos, carros y estandartes.

Todo obedecía a un orden perfecto.

Cada guerrero pertenecía a un *arban*, una unidad de diez hombres.

Diez *arbans* formaban un *jagun* de cien guerreros.

Diez *jaguns* constituían un *mingghan* de mil hombres.

Por encima de ellos se alzaban los poderosos *túmenes*, ejércitos de diez mil jinetes dirigidos por generales veteranos cuyos nombres inspiraban temor en todos los confines del mundo.

Ningún hombre cabalgaba solo. Cada soldado dependía de los demás con absoluta obediencia. Si un guerrero desertaba, todo el *arban* era castigado. Si uno fracasaba en batalla, todos compartían la vergüenza.

La disciplina de los mongoles era más dura que el hierro. Las órdenes se obedecían al instante. Los caballos eran inspeccionados cada día. Las armas recibían cuidados constantes y minuciosos. Incluso bajo las tormentas, las columnas avanzaban con una precisión implacable. Un guerrero que descuidara sus deberes podía ser azotado públicamente o ejecutado sin misericordia.

Temür comprendió pronto por qué los reinos temblaban ante ellos.

Y el ejército mongol no estaba compuesto únicamente por mongoles.

El hombre que había unido a las tribus dispersas de la estepa, conocido primero como Temuyín y más tarde temido por el mundo entero como Gengis Kan, no exterminaba simplemente a todos los enemigos que derrotaba. Absorbía a aquellos cuyos talentos podían fortalecer su imperio. El imperio devoraba naciones y luego utilizaba su fuerza para conquistar otras.

Los jinetes más hábiles eran incorporados a la caballería. Los herreros forjaban armas para sus ejércitos. Los escribas conservaban registros en numerosas lenguas. Ingenieros procedentes de la lejana China construían máquinas de asedio capaces de derribar las murallas de las ciudades más poderosas.

A medida que el gran imperio se expandía por Asia, incontables pueblos eran integrados a sus filas. Y a los conquistados se les permitía con frecuencia conservar sus religiones, costumbres y tradiciones. Musulmanes, cristianos, budistas y chamanistas vivían bajo el dominio mongol. El imperio sólo exigía dos cosas:

Lealtad absoluta.

Obediencia absoluta.

Por las noches, alrededor de las hogueras, Temür escuchaba decenas de lenguas distintas. Había jinetes túrquicos de las estepas occidentales, de anchos hombros y mortales con sus sables curvos. Escribas persas acompañaban a los comandantes, registrando provisiones, tributos y mensajes enviados entre generales lejanos. Ingenieros chinos marchaban junto al ejército con extraños carros repletos de herramientas, cuerdas, polvos misteriosos y piezas de enormes máquinas capaces de destruir murallas. Había incluso rusos cautivos y musulmanes sometidos que servían como guías, intérpretes o artesanos bajo supervisión mongola.

Nada que pudiera resultar útil era desperdiciado.

Durante muchos días, Temür no fue más que otro joven jinete entre millares. Pero de pronto, el destino alteró su camino de manera inesperada.

Una tarde, mientras el ejército acampaba junto a las orillas de un río helado, un oficial entró en su tienda y le ordenó presentarse de inmediato en el pabellón de mando de Batu Kan.

Temür lo siguió en silencio a través del inmenso campamento, pasando entre filas de guardias y caballos atados, hasta llegar a la gran tienda de mando. En el interior, el aire olía a humo, cuero y tinta.

Varios comandantes permanecían alrededor de una gran mesa cubierta de mapas e informes escritos. Lámparas de aceite proyectaban una luz vacilante sobre sus rostros. En el centro se encontraba el mismo Batu Kan.

Temür bajó los ojos de inmediato.

El nieto de Gengis Kan no poseía la presencia física imponente de algunos de sus generales; sin embargo, dominaba por completo el lugar.

Su rostro permanecía sereno e inescrutable, mientras sus ojos oscuros observaban lo que lo rodeaba con fría inteligencia.

Sin saludo alguno, Batu habló.

—Tú eres el muchacho que fue criado entre los musulmanes.

Temür inclinó la cabeza.

—Sí, mi Kan.

Uno de los oficiales entregó a Batu un pergamino cubierto de escritura árabe.

—Dicen que puedes leer esto.

Temür vaciló apenas un instante.

—Sí.

—Lee.

El joven guerrero se acercó a la lámpara y comenzó a traducir lentamente al mongol.

El mensaje contenía informes comerciales recopilados por mercaderes que viajaban hacia occidente, rumbo a los reinos cristianos.

La tienda quedó en silencio.

Cuando terminó, Batu Kan lo observó pensativamente.

—¿Y latín? —preguntó el Kan.

—Un poco.

Otro pergamino fue colocado ante él, esta vez cubierto de extraños símbolos occidentales.

Temür volvió a traducir. Varios comandantes intercambiaron miradas de sorpresa.

Batu Kan mostró un signo de interés.

—Un jinete que sabe leer es útil —dijo con calma—. Un jinete que comprende muchas lenguas vale más que muchos guerreros.

Se volvió hacia uno de sus generales.

—El muchacho permanecerá junto al estado mayor.

Con unas pocas palabras, su vida cambió una vez más.

Cuando abandonó la tienda, sintió que un viento helado recorría el interminable mar de fuegos perteneciente al ejército más poderoso de la tierra.

Y en algún lugar, muy lejos detrás de él, más allá de ríos, montañas y llanuras, Layla aguardaba bajo el mismo cielo.

Temür abandonó su yurta y pasó a formar parte del séquito de Batu Kan. Fue recibido con cordialidad. Sus nuevos compañeros eran asistentes de generales y altos oficiales. Todos contaban con al menos el doble de su edad y llevaban en el cuerpo cicatrices ganadas a lo largo de innumerables batallas.

Por las noches, reunidos alrededor del fuego, bebían la bebida predilecta de las tropas: el *kumis*, elaborado con leche de yegua fermentada. Esa bebida aflojaba las lenguas de los guerreros, y las reuniones se transformaban en interminables relatos de hazañas,

proezas alcanzadas en el campo de batalla y nostálgicas remembranzas de familias dejadas atrás.

Durante las primeras noches, los veteranos apenas le prestaron atención. Lo consideraban poco más que un *bichigchi*, un escriba; un soldado dedicado a redactar mensajes y conservar registros, afortunado por haberse ganado el favor del Kan.

La segunda noche, uno de los oficiales tomó asiento a su lado.

—Mi nombre es Agun —le dijo—. Y soy un *mingghan*. ¿Sabes qué significa eso?

—Sí —respondió Temür—. Comandas a mil hombres.

—¡Bien! —exclamó Agun, alzando la voz para que todos pudieran escucharlo—. ¡Nuestro joven soldado sabe algo acerca del ejército!

Acto seguido le ofreció una cantimplora de cuero.

—Debes beber con nosotros.

Pero Temür seguía siendo fiel a otro Dios, y los musulmanes no consumían alcohol. Miró a Agun con respeto.

—Agradezco vuestra oferta, pero no bebo.

Las conversaciones cesaron poco a poco. Ahora todas las miradas estaban puestas en él.

—Así que nuestro joven soldado no puede beber —comentó alguien—. Sabemos que sabe escribir, pero ¿sabe combatir?

Temür sostuvo la mirada del oficial.

—Combato tan bien como cualquiera de vosotros.

Una carcajada general estalló alrededor de la hoguera. El oficial se puso de pie y avanzó hacia él.

—¿Estás dispuesto a demostrarlo? —preguntó.

Desde el otro lado del círculo alguien intervino:

—¡Jochi, deja en paz al muchacho!

Pero Temür ya se había levantado.

El oficial aparentaba rondar los cuarenta años. Dos profundas cicatrices acentuaban la dureza de sus penetrantes ojos oscuros. A pesar del calor de la tienda, seguía vistiendo su armadura lamelar.

Temür sintió una punzada de inquietud. Sin embargo, comprendía que debía afirmar su lugar entre aquellos hombres desde el principio.

Miró a Jochi.

—¿Insinuáis que queréis enfrentaros a mí?

Las risas resonaron de nuevo alrededor del fuego. La conversación se había vuelto mucho más interesante.

—¡Nada de peleas! —bromeó uno de los presentes—. Podemos permitirnos perder a Jochi, pero si perdemos a un escriba, Batu nos hará ejecutar a todos.

Fue entonces cuando Batu Kan entró en la gert.

Los hombres se incorporaron apresuradamente, algunos tambaleándose bajo los efectos del alcohol.

El Kan los observó apenas un instante y preguntó, con una sonrisa pícaro:

—¿Qué estáis haciendo, animales ignorantes, con mi escriba?

Agun, el guerrero que primero había hablado con Temür, se inclinó profundamente y explicó la situación.

Batu sonrió una vez más.

—No hay nada malo en averiguar de qué es capaz nuestro joven escriba. Pongámoslo a prueba.

Luego dirigió la mirada hacia Temür.

—¿Sabes qué es el “giro del halcón”?

—Por supuesto, mi señor.

—Bien. Entonces nos reuniremos mañana al amanecer en el campo de entrenamiento. Trae tu caballo y tus armas. Nos divertiremos un poco. Ahora, todos a dormir.

Cuando Temür se tendió para descansar, pensó que quizá había sido demasiado impulsivo al aceptar aquel desafío. Pero, como ocurría cada noche, sus pensamientos terminaron viajando hasta Layla.

Y entonces todo volvió a estar bien.

La mañana siguiente amaneció fresca y luminosa. El rocío cubría la hierba, y el aire era limpio.

Por orden del Kan, los sirvientes habían colocado banderas de vivos colores a lo largo de un recorrido de tres disparos de flecha.

Numerosos guerreros ocupaban posiciones a ambos lados del campo, impacientes por presenciar la prueba.

Al final del trayecto se alzaba una plataforma elevada, cubierta por un techo de lona que protegía el trono del Kan.

Cuando Temür llegó montado en su caballo al inicio del recorrido, un clamor se elevó entre los soldados congregados. Algunos incluso gritaban su nombre, aunque él aún ignoraba en qué consistía exactamente el desafío.

Agun se acercó sonriendo.

—Mi joven escriba, sabía que acudirías. Un noble soldado del Kan jamás permitiría que lo llamaran cobarde.

Examinó el equipo de Temür con atención.

—Puedes dejar el sable y la lanza. No los necesitarás. Y ahora escucha con cuidado.

Señaló el lugar donde se encontraban y luego el extremo opuesto del recorrido.

—Partirás desde aquí al galope tendido. Tres de mis jinetes más hábiles te seguirán unos instantes después. Cada uno llevará ante sí un gran escudo de madera con la figura de un pájaro, del tamaño de un puño, pintada en el

centro. Intentarán alcanzarte. El recorrido tiene la longitud de tres disparos de flecha. Debes clavar una flecha en cada escudo antes de que te alcancen y antes de llegar al final del campo.

Agun hizo una breve pausa.

—¿Y qué ocurre si fracaso?

El oficial sonrió.

—Por cada escudo que no logres alcanzar, cuidarás y cepillarás el caballo de ese jinete durante todo un ciclo lunar. Así que más vale que apuntes bien.

—¿Y si hiero a uno de los jinetes?

—Entonces será culpa suya por no haber utilizado correctamente el escudo.

—Entiendo. ¿Algo más?

—Espera. Aún no has oído la mejor parte. Si aciertas en el pájaro pintado en alguno de los escudos, el jinete deberá encargarse de tu caballo hasta la próxima luna.

Temür esbozó una leve sonrisa.

—Parece que están bastante seguros de que perderé. No dejan nada al azar.

—No, desde luego que no. Pero yo estoy de tu parte. Ten valor.

En aquel instante, Temür vio elevarse la bandera del Kan al final del recorrido. Un potente toque de cuerno atravesó el murmullo de la multitud.

Temür montó a Salkhi, y los gritos de los espectadores se hicieron aún más fuertes.

Volvió la vista atrás y vio a los tres jinetes montar sus caballos, sosteniendo los escudos entre las manos.

Sacó entonces la cinta azul, la llevó a sus labios y la besó.

Un minuto después, el cuerno sonó nuevamente.

Salkhi se lanzó hacia adelante con la fuerza de una tormenta. Los tres jinetes partieron tras él, separados por apenas cincuenta pasos.

El estruendo de los cascos hizo temblar el campo.

El viento azotó el rostro de Temür mientras Salkhi desplegaba toda su velocidad sobre la hierba.

El mundo a su alrededor se convirtió en un torbellino de movimiento y ruido. Enseguida escuchó el retumbar de los cascos detrás de él.

Se acercaban. Rápido. Muy rápido.

Temür giró ligeramente sobre la silla y vio al primer jinete ganando terreno.

Sujetaba firmemente el escudo frente a él.

En su centro estaba pintado un pequeño pájaro negro. El objetivo parecía imposiblemente pequeño.

Los soldados alineados a lo largo del recorrido rugían y apostaban entre ellos.

Temür se incorporó ligeramente sobre los estribos y tomó una flecha. El movimiento surgió de forma natural, como respirar.

En una demostración perfecta de la difícil maniobra que los guerreros mongoles llamaban el “Giro del halcón”, soltó las riendas y giró el cuerpo hacia atrás mientras continuaba galopando hacia delante, tensando el arco en un único movimiento.

Exclamaciones de asombro surgieron entre la multitud. El jinete perseguidor se movía violentamente con los movimientos de su caballo. Su escudo seguía su movimiento.

Un disparo imposible, pensaron muchos.

Temür soltó la cuerda y la flecha desapareció en el aire de la mañana.

Un seco crujido resonó sobre el campo. El escudo del perseguidor se sacudió hacia atrás.

La flecha había atravesado exactamente el pájaro pintado.

Un rugido gigantesco estalló entre los guerreros.

El jinete se apartó de inmediato, riendo mientras levantaba el escudo perforado por encima de su cabeza.

—¡Un pájaro! —gritó alguien.

Pero Temür apenas los oyó. El segundo jinete ya se acercaba y venía más rápido que el primero. Cabalgaba inclinado sobre el cuello de su caballo, y su escudo se movía constantemente de un lado a otro, dificultando el disparo.

Los músculos de Salkhi trabajaban al límite y el segundo jinete acortaba la distancia rápidamente.

Temür recordó el rostro de Layla. La cinta azul. Su voz.

“Te esperaré.”

Su calma regresó. Inspiró profundamente y los gritos de la multitud se desvanecieron.

Volvió a girar sobre la silla. Más que antes. Tanto que parecía imposible que pudiera conservar el equilibrio.

Algunos soldados comenzaron a animarlo a gritos.

El arco se curvó y la flecha salió volando.

Durante un instante nadie pudo saber si había acertado. Entonces vieron el escudo salir despedido violentamente de la mano del jinete.

La flecha estaba clavada exactamente sobre el pájaro pintado. La multitud rugió con más fuerza que antes. Batu Kan se incorporó a medias desde su trono.

—¡Por el Eterno Cielo Azul! —gritó—. ¡El muchacho sí que es un mongol!

Ahora solo quedaba un jinete y era el más rápido.

Lo perseguía como un torbellino, ganando terreno a gran velocidad. Sujetaba el escudo bajo y pegado al cuerpo, parcialmente oculto tras el cuello de su caballo.

Los dedos de Temür se cerraron sobre su última flecha. Delante de él, el final del recorrido se aproximaba rápidamente.

El jinete casi lo había alcanzado. Temür podía oír la respiración del caballo tras él. Los soldados gritaban para que disparara.

Entonces, de repente, Temür tiró con fuerza de las riendas de Salkhi. El caballo se desvió bruscamente hacia un lado.

Un clamor colectivo estalló entre la multitud. Por puro instinto, el perseguidor corrigió su trayectoria.

Y durante un único latido, el escudo se elevó ligeramente. Temür tensó y disparó casi en el mismo movimiento. La flecha impactó con un sonido de madera partiéndose. Directamente en el centro del pájaro.

Una proeza casi increíble.

Durante un segundo reinó un silencio absoluto sobre todo el campo. Luego la multitud explotó en una celebración ensordecedora. Los hombres gritaban, reían y se golpeaban unos a otros de la emoción.

El último jinete redujo la marcha junto a Temür y observó la flecha clavada con absoluta perfección en el pájaro pintado.

—Cabalgas como el propio Subutai¹⁴ —le dijo entre jadeos.

Temür redujo la velocidad de Salkhi hasta detenerlo. Su corazón golpeaba con fuerza dentro del pecho. Al otro lado del campo, Batu Kan sonreía ampliamente.

¹⁴ Subutai (c. 1175–1248) fue el general más brillante del Imperio Mongol y uno de los principales arquitectos de sus conquistas. Sirvió bajo Gengis Kan y más tarde ayudó a planificar las campañas de sus sucesores.

Levantó un brazo hacia Temur.

—No quiero volver a oír hablar de escribas — declaró—. Este joven cabalga con los guerreros.

Un rugido de aprobación respondió a sus palabras.

Agun se acercó riendo y lo sujetó por un hombro.

—Bueno —dijo—, parece que tres hombres cuidarán de tu caballo durante todo este mes.

Temür rio junto a ellos.

Y mientras las aclamaciones resonaban a su alrededor, su mano se deslizó discretamente bajo la armadura hasta encontrar la cinta azul escondida junto a su corazón.

Los meses que siguieron llevaron a Temür mucho más al oeste de lo que jamás había imaginado. El ejército atravesó interminables praderas que parecían no tener fin.

Ríos más anchos que cualquiera de los que había visto en su tierra natal cedían ante el ingenio mongol.

Los ingenieros construían puentes donde no existían.

Los exploradores cabalgaban por delante como sombras, reuniendo información de aldeas, mercaderes y refugiados aterrorizados que huían ante el avance del ejército.

Como miembro del estado mayor de Batu Kan, Temür observaba la campaña desde una posición privilegiada.

Traducía mensajes, copiaba informes y ocasionalmente acompañaba a los emisarios enviados para exigir la rendición de gobernantes locales.

En todas partes se ofrecía la misma elección:

Rendirse y vivir. O resistir y perecer.

La mayoría elegía rendirse.

Pronto comprendió por qué los mongoles no temían a ninguna ciudad. Vio a ingenieros chinos ensamblar enormes máquinas de asedio utilizando carros cargados con centenares de vigas, cuerdas y piezas de hierro.

Observó a los comandantes calcular distancias y suministros con una precisión extraordinaria.

Cada día los exploradores regresaban con mapas detallados y descripciones de caminos, ríos y fortificaciones.

Nada parecía dejarse al azar.

El imperio avanzaba como una gigantesca mano cerrándose lentamente sobre el mundo.

Las victorias se sucedían una tras otra.

Fortalezas que los gobernantes locales consideraban inexpugnables se rendían en cuestión de días. Otras eran tomadas por asalto tras breves resistencias. En esos casos, los resultados eran siempre trágicos. Una multitud cuerpos de todas las edades atestiguaban a la ferocidad y falta de piedad del imperio Mongol.

Las noticias del avance de Batu Kan viajaban más rápido que el propio ejército. Regiones enteras temblaban al escuchar su nombre.

Y, sin embargo, entre aquellos triunfos, Temür comenzó a notar algo inquietante. Después de cada batalla, largas columnas de cautivos se unían a la marcha.

Algunos eran convertidos en trabajadores. Otros eran destinados al transporte de suministros o a la construcción de obras de asedio. Familias enteras seguían al ejército bajo vigilancia.

Los mongoles lo llamaban necesidad.

Temür intentaba crearlo, pero no lo conseguía.

Una tarde, una noticia recorrió el campamento.

La próxima ciudad en el plan de conquista era Kiev. El nombre pasó de hoguera en hoguera entre los oficiales.

Kiev.

La Madre de las Ciudades Rus.

Kiev.

La ciudad cuyas iglesias poseían cúpulas doradas que brillaban como el propio sol.

La ciudad cuyos mercaderes comerciaban con tierras tan lejanas como Constantinopla y los mares del norte. Hasta los comandantes más veteranos hablaban de ella con respeto. Y cuando Temür la vio por primera vez, varios días después, comprendió por qué.

Elevándose sobre las nevadas orillas del río Dniéper, sus murallas se extendían por las colinas como la obra de gigantes.

Torres coronaban las alturas. Cúpulas doradas brillaban bajo el pálido sol invernal.

Por un instante, Temür olvidó que estaba contemplando una ciudad enemiga. Parecía demasiado hermosa para estar destinada a la destrucción.

A su lado, un oficial veterano siguió su mirada.

—Un premio magnífico —dijo.

Temür asintió, pero en lo más profundo de su interior comenzó a agitarse una extraña inquietud.

Y se preguntó qué quedaría de aquella ciudad cuando los conquistadores finalmente la dejaran atrás.

CAPÍTULO 9

KIEV¹⁵

El invierno había envuelto la ciudad de Kiev bajo un cielo de nubes gris oscuro. La nieve descansaba sobre tejados, torres y cúpulas de iglesias, como ceniza blanca después de un incendio.

Una de las mayores ciudades de Europa Oriental, aquella ciudad cristiana ortodoxa era el corazón espiritual del mundo eslavo oriental y la cuna del cristianismo ortodoxo en las tierras de la Rus.

Su puerto sobre el río Dniéper bullía de actividad. Barcos procedentes de Génova, Venecia y Pisa llegaban cargados de mercancías, peregrinos y soldados. Por sus calles resonaban decenas de idiomas: latín, francés antiguo, árabe y griego.

La ciudad se alzaba orgullosa y antigua, protegida por murallas de tres metros de espesor empalizadas y reforzadas con tierra y piedra. Las torres de vigilancia dominaban las defensas como guardianes silenciosos, sus afiladas estacas recortándose oscuras contra el horizonte pálido.

Los habitantes de Kiev creían que su ciudad era inconquistable.

¹⁵ Kiev, la actual capital de Ucrania, es llamada Kyiv en ciertas literaturas.

Y tenía sentido. Sus defensas eran formidables.

Profundos fosos rodeaban las murallas exteriores y enormes puertas reforzadas con barras de hierro protegían las entradas. Los arqueros vigilaban desde plataformas elevadas mientras los soldados patrullaban las defensas envueltos en gruesas capas de piel y lana.

A pesar de ello, el miedo ya había comenzado a extenderse por la ciudad.

Durante semanas habían llegado refugiados procedentes de aldeas orientales con historias aterradoras.

Hablaban de pueblos enteros reducidos a cenizas. De jinetes que avanzaban como una tormenta sobre la estepa. De guerreros que no conocían ni el cansancio ni la misericordia.

Algunos aseguraban que los invasores eran demonios enviados por Dios para castigar a la humanidad. Las campanas de las iglesias sonaban con mayor frecuencia. Llamaban a los fieles a la oración mientras el miedo estrechaba lentamente su cerco sobre la ciudad.

Las mujeres encendían velas ante iconos sagrados. Los sacerdotes rezaban por protección divina frente a los invasores del este.

Y susurraban un nombre con temor:

Batu Kan.

Dentro de la ciudadela, el príncipe Dmitri de Kiev se encontraba sentado junto a una gran chimenea mientras sus consejeros discutían los rumores llegados del este.

Era un gobernante orgulloso y experimentado. A pesar de su edad conservaba una postura recta y una presencia imponente.

Había luchado en muchas guerras y confiaba plenamente en la fortaleza de las defensas de Kiev.

De pronto, las puertas del salón se abrieron de golpe. Un guardia irrumpió en la estancia y cayó inmediatamente de rodillas.

—Mi señor —dijo jadeando—, ha llegado un mensajero desde la carretera oriental.

—Hazlo pasar —ordenó Dmitri.

Momentos después, dos soldados introdujeron a un hombre tan agotado que apenas podía mantenerse en pie.

Su capa estaba congelada por la nieve y el barro. Su caballo había caído exhausto ante las puertas instantes después de llegar.

El mensajero se arrodilló.

—Mi señor... —jadeó—. Los mongoles se aproximan.

El silencio llenó la sala.

—¿A qué distancia están? —preguntó el príncipe con calma.

—Tres... quizá cuatro días. Batu Kan los dirige personalmente.

Los consejeros comenzaron a murmurar.

El mensajero continuó con dificultad.

—No se detienen. Las aldeas arden tras ellos. Sus exploradores están por todas partes. Ningún ejército ha conseguido frenarlos.

El príncipe se puso lentamente en pie.

—¿Cuántos son?

—Al menos treinta mil jinetes... quizá más.

Dmitri intercambió una mirada con sus generales.

Pero no mostró miedo.

—Entonces encontrarán a treinta mil hombres esperándolos aquí.

Aquella misma noche se reunió el gran consejo dentro de la fortaleza.

Como había sucedido meses antes en Alepo, generales, nobles, veteranos y consejeros rodeaban una enorme mesa de madera cubierta con mapas.

Las lámparas de aceite parpadeaban mientras la nieve golpeaba suavemente las estrechas ventanas.

El general Yaroslav, comandante de la guardia de la ciudad, golpeó la mesa con confianza.

—Los mongoles son jinetes de las llanuras abiertas. Que vengan contra piedra y murallas. Kiev jamás ha caído.

Muchos asintieron.

—Nuestro ejército iguala al suyo en número —añadió otro comandante—. Poseemos fuertes defensas, abundantes reservas y una posición superior. Podemos resistir un asedio durante meses.

Un anciano consejero habló con más cautela.

—Otras ciudades pensaron exactamente lo mismo.

Durante unos instantes reinó el silencio.

Pero el orgullo era más fuerte que el miedo.

Finalmente, el príncipe levantó una mano.

—No nos rendiremos —declaró Dmitri—. Lucharemos.

La decisión se propagó rápidamente por toda Kiev.

Las campanas repicaron por las calles mientras los soldados se preparaban para la guerra. Los herreros trabajaban día y noche forjando puntas de lanza y reparando armaduras. Los arqueros transportaban haces de flechas hacia las murallas. Los obreros reforzaban las puertas con vigas y hierro.

Sobre las defensas se preparaban enormes calderos de aceite hirviendo. Cada torre se convirtió en un puesto

de vigilancia. Cada hombre capaz de empuñar un arma fue convocado.

Y aun así, el pánico comenzó a extenderse lentamente entre la población.

Los mercaderes cargaban carros con alimentos, oro y todas las pertenencias que podían transportar y se preparaban para huir hacia el oeste de Europa.

Las familias nobles organizaban caravanas para partir de la ciudad antes de la llegada del ejército mongol.

Las madres abrazaban a sus hijos llorando.

Sacerdotes ortodoxos vestidos con túnicas negras caminaban por las murallas portando iconos sagrados e incensarios entre los defensores.

Toda la ciudad parecía estar rezando.

Algunos seguían confiando en las murallas. Otros confiaban solo en la distancia.

Al caer la noche, antorchas encendidas iluminaban las poderosas defensas de Kiev.

Los soldados vigilaban el horizonte congelado más allá de los muros.

Y lejos, sobre la interminable estepa, oculto por la tormenta invernal, el ejército de Batu Kan continuaba avanzando inexorablemente hacia la ciudad.

El siegue de Kiev.

Al amanecer del cuarto día, los vigías apostados en las murallas divisaron movimiento en el horizonte helado.

Al principio parecía una mancha oscura extendiéndose lentamente sobre las llanuras cubiertas de nieve. Luego comenzaron a distinguirse formas.

Caballos, estandartes. Columnas interminables de jinetes avanzando bajo el gris cielo invernal.

Los mongoles habían llegado.

El ejército de treinta mil hombres que descendió sobre Kiev no parecía pertenecer a una sola nación. Parecía un presagio del fin del mundo.

Al frente cabalgaban los mongoles de Batu Kan. Jinetes de rostro endurecido, envueltos en pieles y cuero, con arcos colgados junto a sables curvos ennegrecidos por el uso.

Sus caballos eran criaturas incansables de la estepa, capaces de recorrer distancias imposibles sin descanso. Eran hombres parecían haber nacido sobre la silla de montar.

Podían disparar flechas al galope con una precisión mortal, guiando a sus monturas con las rodillas mientras sus manos sembraban la muerte.

Y la masa que seguía a Batu ya no era exclusivamente mongola. Entre los jinetes marchaban guerreros túrquicos de las grandes praderas, kipchaks¹⁶, tártaros. Pueblos absorbidos por los ejércitos del Gran Kan.

Había veteranos curtidos procedentes de tribus conquistadas en Asia Central.

Hombres sombríos que hablaban docenas de lenguas bajo estandartes adornados con colas de lobo y crines de caballo.

Ingenieros chinos viajaban con el ejército, maestros de la guerra de asedio. Sus máquinas habían destruido ciudades en Catay y Persia antes de ser llevadas hasta Europa. Construían enormes trabuquetes utilizando madera de los bosques cercanos, máquinas gigantescas

¹⁶ Los **kipchaks** eran un pueblo turco nómada de las estepas que habitaba las vastas llanuras al norte del Mar Negro y del Mar Caspio, en lo que hoy corresponde a partes de Ucrania, Rusia y Kazajistán.

capaces de lanzar piedras más pesadas que un hombre por encima de las murallas.

Sus proyectiles podían tronar día y noche como la ira de Dios. Destrozaban tejados. Derribaban torres.

Y quebraban el ánimo de quienes defendían las ciudades.

Junto a ellos marchaban artesanos e ingenieros musulmanes procedentes de tierras conquistadas más allá de los desiertos.

Hombres que conocían el fuego, explosivos rudimentarios y la construcción de torres de asedio.

Delante del ejército avanzaban esclavos y prisioneros obligados a cavar trincheras, rellenar fosos y arrastrar troncos bajo flechas enemigas.

Y aun así, los propios mongoles seguían siendo el corazón de aquella fuerza. Disciplinados. Implacables. Perfectamente organizados.

Las unidades se movían con precisión mecánica. Los tambores, cuernos y estandartes negros transmitían órdenes por todo el campo de batalla más rápido de lo que cualquier mensajero podría cabalgar.

Las retiradas se convertían en emboscadas. La confusión se convertía en matanza.

Cuando el ejército completo apareció ante Kiev, parecía interminable. La tierra temblaba bajo miles de cascos. Por la noche, los fuegos del campamento se extendían por las llanuras como un segundo cielo cubierto de estrellas rojas.

Detrás de ellos se elevaba el humo de las aldeas quemadas. Frente a ellos brillaban las cúpulas doradas de la ciudad santa.

Muchos habitantes de Kiev creían que ninguna fuerza del mundo podía tomar sus murallas. Todavía no habían visto de lo que eran capaces los mongoles.

Llegó el día en que las campanas repicaron frenéticamente por toda la ciudad.

Los hombres corrieron hacia las murallas.

Los ciudadanos se reunieron en las calles mirando hacia el este con terror.

Sobre las llanuras lejanas, el ejército de Batu Kan se desplegaba con una disciplina aterradora.

Miles de jinetes ocupaban sus posiciones, formando enormes arcos que lentamente rodeaban Kiev como las mandíbulas de una trampa que se cerraba.

El príncipe Dmitri permanecía sobre las murallas junto al general Yaroslav.

Observaban al enemigo a través de la nieve.

—Son tantos... —susurró uno de los soldados más jóvenes.

Los estandartes mongoles ondeaban bajo el viento helado y los tambores resonaban débilmente en la distancia.

Los exploradores cabalgaban en todas direcciones como lobos de caza. Algunos desaparecían en los bosques cercanos. Otros recorrían las carreteras occidentales, cortando toda posible vía de escape.

Nadie entraría en Kiev. Nadie saldría de ella.

Durante todo el día, las patrullas mongolas capturaron campesinos, cazadores y refugiados escondidos en el campo.

Los prisioneros eran llevados ante los oficiales y sometidos a interminables interrogatorios sobre las defensas de la ciudad.

Sus puertas, sus fosos, el número de soldados que custodiaban las murallas.

Temür observaba en silencio mientras un campesino tembloroso describía las posiciones de la guardia en las defensas occidentales.

El joven Mongol visto muchas ciudades. Pero Kiev le parecía diferente. Por encima de las murallas se elevaban magníficas cúpulas coronadas por cruces doradas que brillaban débilmente bajo el sol invernal. La ciudad inspiraba reverencia.

Al mediodía, el propio Batu Kan cabalgó hasta una colina desde la que dominaba la vista de Kiev.

Envuelto en gruesas pieles sobre su caballo negro, observó la ciudad sin emoción mientras sus generales se reunían a su alrededor.

—El príncipe de la Rus ha desplegado soldados frente a las puertas —informó uno de los comandantes.

Batu estudió las líneas defensivas a la distancia.

Varios miles de guerreros acorazados permanecían formados delante de las murallas, portando escudos, lanzas y estandartes marcados con cruces cristianas.

Detrás de ellos, los arqueros ocupaban las murallas. Un asalto frontal pondría a los jinetes mongoles al alcance de las mortíferas ballestas de los defensores.

Batu entrecerró los ojos pensativamente.

—Quieren que nos acerquemos a las murallas —dijo con calma.

Nadie cuestionó sus palabras.

Poco después, tres emisarios mongoles avanzaron lentamente hacia la ciudad bajo una bandera blanca.

La nieve crujía bajo los cascos de sus caballos mientras se acercaban a las líneas exteriores de los defensores de Kiev.

El propio príncipe Dmitri salió a recibirlos, rodeado por miembros fuertemente armados de su *druzhina*¹⁷.

El viento helado transportaba nubes de vapor entre ambos grupos.

Uno de los emisarios habló con firmeza.

—Así habla Batu Kan, nieto de Gengis Kan, gobernante bajo el Eterno Cielo Azul.

El mongol señaló la ciudad.

—Abrid vuestras puertas. Deponed las armas. Someteos y vuestro pueblo vivirá.

El silencio se extendió mientras la nieve descendía suavemente sobre la llanura helada.

El príncipe Dmitri observó fríamente a los enviados.

—Kiev no se arrodilla ante invasores —respondió.

El emisario no mostró enojo.

—Entonces Kiev arderá.

Sin añadir una palabra más, los mongoles dieron media vuelta y regresaron hacia su ejército.

El general Yaroslav exhaló profundamente junto al príncipe.

—Ya no puede haber paz.

La mirada de Dmitri permaneció fija sobre la distante figura de Batu Kan.

—Nunca hubo posibilidad de paz —dijo.

Al caer la noche, miles de fuegos aparecieron por todo el campamento mongol.

¹⁷ Druzhina; la custodia personal de un príncipe, formado por caballeros, guardias de la casa o caballería noble

Innumerables tiendas cubrían las llanuras más allá de Kiev, mientras patrullas montadas continuaban rodeando la ciudad sin descanso.

Sin embargo, Batu no atacó por la noche. A la mañana siguiente, desde su segura posición, Temür vio a los mongoles avanzar contra las líneas cristianas situadas fuera de las murallas.

Los tambores resonaron sobre la tierra congelada mientras nubes de arqueros a caballo se aproximaban al galope.

Los defensores cerraron filas.

—¡Mantened la posición! —gritó Yaroslav.

De pronto, el cielo se oscureció bajo una lluvia de flechas.

Los mongoles dispararon sus andanadas desde la distancia y se retiraron inmediatamente.

Los arqueros cristianos respondieron desde las murallas mientras los soldados de Dmitri avanzaban varios pasos sobre la nieve.

Desde las defensas, los rus¹⁸ vieron a varios jinetes mongoles caer de sus monturas alcanzados por las flechas.

—¡Se retiran! —gritó uno de los capitanes.

Efectivamente, parecía que los mongoles huían.

Sus jinetes se dispersaban por la llanura como si fueran incapaces de romper las líneas cristianas.

La emoción recorrió a los defensores.

El general Yaroslav levantó su espada.

—¡Adelante!

Las puertas se abrieron y centenares de jinetes rus se lanzaron a la persecución.

¹⁸ El término **Rus** se refiere específicamente al pueblo medieval **Rus de Kiev**.

Las armaduras de los nobles y las placas de acero que protegían las cabezas y pechos de los caballos semejaban un río de metal avanzando sobre la nieve. La nieve explotaba bajo los cascos mientras los gritos de triunfo resonaban por todo el campo de batalla.

Pero el príncipe Dmitri frunció el ceño.

Algo no estaba bien.

Sus hombres estaban alejándose demasiado de la protección de los arqueros de las murallas.

Los mongoles se retiraban con demasiada facilidad.

En un momento sonaron los cuernos.

Desde colinas heladas y barrancos ocultos surgieron miles de jinetes mongoles como sombras elevándose desde la propia tierra.

En minutos, la trampa se cerró.

La caballería mongola envolvió ambos flancos mientras los arqueros montados rodeaban a los guerreros rus en un círculo cada vez más estrecho.

Las flechas comenzaron a caer desde todas direcciones. Disparadas a poca distancia, su puntas de metal penetraban las partes débiles de las armaduras.

Los caballos relinchaban de dolor y pánico. Hombres y bestias se desplomaban sobre la nieve, aferrándose el cuello, el rostro o los hombros atravesados por las flechas.

La caballería rus intentaba reagruparse y contraatacar, pero los mongoles no les permitían acercarse y combatir cuerpo a cuerpo.

Cada vez que los cristianos cargaban, los arqueros retrocedían con disciplina impecable mientras continuaban disparando con una precisión aterradora.

Esos movimientos habían sido practicados por ellos desde la infancia. Oleada tras oleada de flechas descendían contantemente sobre los rus.

Yaroslav gritó órdenes desesperadas. Los portaestandartes alzaron sus banderas señalando la retirada, pero el caos ya se había extendido por las filas cristianas.

Algunos jinetes trataban de volver grupas mientras otros continuaban avanzando. Caballos heridos chocaban unos contra otro. Las formaciones se quebraron y la confusión se propagó como fuego.

A minutos de comenzar la batalla, los mongoles cerraron el cerco. Desde ambos flancos, las alas de caballería convergieron lentamente, estrechándose alrededor de los rus como una cadena de hierro que se cerrara sobre su presa.

Cuando las filas enemigas se redujeron y la confusión rus alcanzó su punto máximo, llegó el golpe final.

Los mongoles cargaron con lanzas, sables y mazas. Las ágiles monturas se deslizaban entre los pesados corceles rus mientras las mazas golpeaban armaduras y escudos con fuerza devastadora. Nobles rus eran arrancados de sus sillas y arrojados sobre la nieve.

Los mongoles conocían bien los puntos débiles de las armaduras. Los ojos, las mejillas, la garganta, las uniones entre el casco y la cota de malla. Allí dirigían sus golpes con precisión implacable.

Muchos guerreros mongoles enviaban sus ataques contra los caballos. Un tajo preciso en las patas o un golpe inesperado bastaban para hacer que los animales se encabritaran o cayeran. Y cuando un caballero ruso perdía su montura, su pesada armadura se convertía en una prisión de hierro.

Pronto la batalla dejó de ser una lucha organizada y se transformó en una matanza.

Desde las murallas de Kiev, miles de hombres, mujeres y niños observaban impotentes cómo sus defensores eran destruidos sobre la llanura. Sus gritos llegaban amortiguados por la distancia y el viento invernal.

La nieve blanca aparecía manchada por innumerables charcos oscuros que se extendían sobre el campo congelado.

Las campanas de las iglesias repicaban frenéticamente. Los sacerdotes ortodoxos levantaban iconos sagrados hacia el campo de batalla.

Las mujeres lloraban abiertamente sobre las murallas.

Junto a Batu Kan, uno de los generales sonrió sombríamente.

—El príncipe mordió el anzuelo.

Batu permaneció impassible mientras observaba la batalla desarrollarse ante las murallas de Kiev.

Entonces se volvió hacia Temür.

—¡Escribe! ¡Escribe cuidadosamente sobre este glorioso día! ¡La historia declarará que Batu Kan, comandante de la Horda de Oro, fue el guerrero que puso a la Rus de rodillas y forjó el Imperio Mongol Occidental!

Alzó la voz para que todos lo oyeran.

—¡Tal como profetizó el gran Gengis Kan, que no exista duda alguna de que el Eterno Cielo Azul ha destinado a los mongoles a conquistar todas las tierras bajo el Cielo!

Como miembro del estado mayor de Batu Kan, Temür no participó en la pelea. Observó la batalla desplegarse y cada grito quedó grabado en su memoria

Luego de la derrota inicial, el asedio de Kiev duró tres terribles semanas.

Los ingenieros de Batu construyeron enormes máquinas traídas desde lejanas tierras orientales.

Día tras día, gigantescas catapultas lanzaban piedras contra las murallas mientras pesados arietes, protegidos de las flechas, golpeaban las puertas sin descanso.

Cada amanecer revelaba nuevos daños. Grandes grietas se extendían lentamente por las defensas. Incendios interminables ardían más allá de las puertas de la ciudad.

Los habitantes de Kiev soportaban hambre, agotamiento y miedo.

Las campanas sonaban de manera lúgubre. Los sacerdotes ortodoxos recorrían las calles portando iconos y rezando por una salvación que nunca llegaba.

Los soldados heridos llenaban iglesias y monasterios y las mujeres derretían nieve para obtener agua.

Cada noche, los ciudadanos escuchaban el lejano retumbar de los tambores enemigos resonando sobre las llanuras.

Los mongoles jamás descansaban. Sus jinetes rodeaban la ciudad sin pausa, cortando todos los caminos y cazando a cualquiera que intentara escapar.

Por las noches, los fuegos del inmenso campamento mongol teñían el horizonte de rojo.

Temür permanecía junto al estado mayor de Batu en las colinas nevadas que dominaban la ciudad. Desde allí contemplaba cómo las cúpulas doradas de Kiev desaparecían lentamente bajo el humo.

Una tarde, después de que una nueva sección de muralla se derrumbara bajo el asalto, Batu reunió a sus generales.

—La ciudad se debilita —dijo con calma—. Pronto la desesperación abrirá las puertas por nosotros.

Tenía razón.

Al llegar la tercera semana, Kiev se había convertido en una ciudad hambrienta. La comida prácticamente había desaparecido. Centenares de heridos abarrotaban las iglesias. El miedo se propagaba más rápido que el fuego.

Finalmente, el príncipe Dmitri comprendió la verdad. Las murallas no resistirían mucho más.

Y si los mongoles penetraban en la ciudad mientras los defensores permanecían atrapados en su interior, la matanza sería aún peor.

Por ello tomó una última decisión desesperada.

Ordenó abrir las puertas.

Al amanecer, las campanas de Kiev sonaron con más fuerza que nunca.

Las puertas se abrieron. Centenares de soldados rus salieron a la nieve portando lanzas, hachas, espadas y estandartes marcados con la cruz.

Sacerdotes ortodoxos caminaban entre ellos sosteniendo iconos por encima de sus cabezas mientras los defensores gritaban plegarias a Dios.

Sobre las colinas lejanas, Batu Kan observaba en silencio.

Levantó una mano y los cuernos mongoles resonaron por toda la llanura.

Los jinetes avanzaron como una marea oscura. La batalla duró menos de una hora. Los exhaustos defensores lucharon con valentía tratando de proteger a sus familias, que huían desesperadas.

Pero el hambre y la desesperación ya los habían derrotado mucho antes de que volara la primera flecha mongola.

Los arqueros montados los rodearon por completo y oleadas de caballería destrozaron sus formaciones; miles de cuerpos quedaron sobre el suelo helado.

El príncipe Dmitri desapareció en medio del caos. Todavía combatía cuando los jinetes mongoles cerraron el cerco a su alrededor.

Al mediodía, el ejército de Kiev había dejado de existir y los mongoles entraron en la ciudad.

Las calles se llenaron de gritos. De fuego. De pánico.

Las puertas de las casas, bloqueadas por los aterrados ocupantes, fueron derribadas. Las iglesias se abarrotaron de familias aterrorizadas que buscaban refugio bajo iconos pintados y la luz de las velas.

Pero no existía refugio alguno.

En una operación metódica y despiadada, los soldados mongoles vaciaron casas, iglesias, salones y cualquier lugar donde la desesperada población hubiera intentado esconderse.

Los habitantes de Kiev fueron conducidos fuera de las murallas como ganado. Los oficiales caminaban entre mujeres abrazadas a sus hijos y ancianos demasiado débiles para haber participado en la batalla, eligiendo los que iban a servir y los que iban a ser sacrificados.

Unos pocos centenares de hombres y mujeres fuertes fueron seleccionados para ser enviados a Karakum y vendidos como esclavos.

El resto fue condenado a morir. Ninguna súplica cambió la sentencia. Ninguna oración ablandó el corazón de los conquistadores. Uno por uno, hombres, mujeres y niños desaparecieron bajo espada y lanza.

Cuando finalmente el ejército partió, los cuerpos ennegrecidos permanecieron sin sepultura bajo el cielo invernal, como un silencioso testimonio de la inutilidad de resistir al ejército más poderoso del mundo.

Durante generaciones, la caída de Kiev sería recordada como símbolo de la terrible crueldad que los seres humanos son capaces de infligirse unos a otros.

Temür cabalgó lentamente por las calles destruidas junto a varios oficiales del estado mayor de Batu.

A su alrededor, las llamas consumían viviendas mientras los soldados extraían tesoros de palacios, iglesias y mercados.

Pero no era el fuego lo que más lo perturbaba.

Era el silencio que quedaba detrás de él.

Al caer la noche, calles enteras permanecían vacías bajo la nieve que seguía cayendo. Las campanas finalmente habían dejado de sonar e íconos abandonados yacían rotos sobre el suelo helado, ennegrecido por la ceniza.

Temür contempló la ciudad devastada y sintió que algo dentro de él quería gritar.

Aquello ya no era guerra.

Era aniquilación.

La ciudad de Kiev había caído.

Durante días, una nube de humo flotó sobre Kiev, visible a kilómetros de distancia sobre las llanuras congeladas. Distritos enteros habían quedado reducidos a ruinas ennegrecidas. Las iglesias permanecían sin techo, sus cúpulas doradas rotas y dispersas entre los escombros.

Temür cabalgó por última vez, lentamente, por las silenciosas calles. Los mongoles habían obtenido otra victoria, pero aquello no se parecía en nada a una victoria.

La nieve bajo los cascos de Salkhi estaba repleta de sangre oscurecida por las cenizas.

Aquí y allá, algunos sobrevivientes emergían cautelosamente de sótanos y edificios derrumbados, buscando entre las ruinas a familiares que jamás respondían a sus llamados.

Las campanas de Kiev habían enmudecido. Solo el áspero graznido de los cuervos resonaba por las calles.

Al pasar junto a las ruinas de una iglesia, Temür vio a varias mujeres arrodilladas entre las piedras. Recogían fragmentos de iconos pintados con el mismo cuidado con que se recogerían joyas preciosas.

Una de ellas levantó la vista. Sus ojos resignados se encontraron con los de él por un instante. Temür bajó la mirada y continuó cabalgando.

Por la tarde, un mensajero lo convocó al pabellón de mando. Dentro, Batu Kan se encontraba reunido con varios oficiales revisando informes procedentes de toda la ciudad conquistada.

Los comandantes hablaban de bajas, prisioneros, suministros y tributos con la misma serenidad con la que habrían contado caballos.

Cuando Temür entró, Batu le entregó un paquete de pergaminos.

—Prepararás el registro oficial —dijo el Kan.

Temür inclinó la cabeza.

—Sí, mi Kan.

—El imperio debe recordar lo ocurrido aquí.

Aquellas palabras lo acompañaron mucho después de abandonar el pabellón.

El imperio debe recordar.

Cerca de la medianoche, Temür estaba sentado solo junto a una pequeña lámpara de aceite dentro de su tienda. Ante él reposaban hojas limpias de pergamino.

Afuera, el campamento continuaba su rutina habitual. Los caballos resoplaban. Los centinelas intercambiaban las consignas de vigilancia. En algún lugar, varios guerreros reían alrededor de una hoguera, festejando la victoria.

Temür mojó la pluma en tinta y durante unos momentos contempló la página en blanco.

Luego comenzó a escribir.

Primero redactó la descripción oficial de la batalla:

“La ciudad de Kiev resistió la autoridad de Batu Kan y rechazó la oferta de rendición. Tras la ruptura de las murallas, la ciudad fue tomada por la fuerza. La resistencia enemiga fue eliminada. Los cautivos, suministros y tributos fueron asegurados conforme a las leyes del imperio.

Esta fue una gran victoria de nuestro líder, el gran Batu Kan, el mayor estratega de todos los tiempos, y será recordada para siempre en la historia del Gran Imperio Mongol.”

Después vino el homenaje oficial:

“Al más noble Batu Kan, nieto del Gran Gengis Kan:

Tras la exitosa reducción de la ciudad de Kiev y la sumisión de los territorios circundantes, presento este informe sobre la extensión actual del Imperio Mongol.

Jamás un solo gobernante ha dominado un territorio tan vasto.

Desde las costas del Mar Oriental, donde el sol se alza más allá de las tierras de Catay, hasta los bosques y ríos de la Rus, la autoridad de los descendientes de Gengis Kan se extiende ahora a lo ancho del mundo.

El imperio abarca las praderas de Mongolia, los desiertos más allá de ellas, los reinos del norte de China, las montañas de Asia Central, las ciudades de Transoxiana, las tierras de Persia y las grandes estepas occidentales. Innumerables tribus y naciones sirven ahora bajo el Eterno Cielo Azul y los estandartes de la Casa de Gengis.

Los mensajeros que transportan las órdenes de los kanes cabalgan de un extremo del mundo al otro a través de estaciones mantenidas exclusivamente para su paso.

Los pueblos del imperio hablan muchas lenguas y adoran a muchos dioses, pero todos reconocen la supremacía del Gran Kan y las leyes establecidas por su ilustre abuelo.

Con la toma de Kiev, la frontera de la conquista se encuentra ahora a las puertas de los reinos occidentales. Más allá se extienden Polonia, Hungría, Austria y las tierras de los francos, cuyos gobernantes aún no han sentido toda la fuerza de las armas mongolas.

El imperio se ha vuelto tan inmenso que un jinete viajando a gran velocidad podría pasar un año entero atravesándolo y seguiría encontrándose bajo la autoridad de los descendientes de Gengis Kan.

Así ha favorecido el Eterno Cielo a la nación mongola por encima de todas las demás."

Temür se detuvo. Las palabras eran correctas. Ordenadas. Precisas. Pero faltaban las partes verdaderas, las que la historia debería conocer.

La ciudad de Kiev había resistido. No había ninguna mención de las casas incendiadas, ninguna mención de niños inocentes aplastados bajo las piedras derrumbadas. Ninguna mención de los refugiados aterrorizados que habían tratado de huir por calles llenas

de humo. No había menciones de la inexorable crueldad, de la increíble matanza que había tenido lugar.

Temür dejó la pluma sobre la mesa y durante largo rato escuchó el viento soplando fuera de la tienda. Luego sacó otra hoja de pergamino de su alforja. Esa no formaría parte de los archivos oficiales, seguiría oculta hasta ser descubierta en el futuro por civilizaciones más avanzadas.

La verdad sobre la tragedia de Kiev sería conocida por el mundo mucho después de su muerte.

Volvió a escribir.

“Estas palabras no forman parte del registro oficial. Las escribo porque la verdad merece ser su propio testigo.

Que ningún hombre que lea esto en los años venideros crea que Kiev cayó como cuentan unas simples línea dentro de una crónica, o como un número escrito junto al nombre de un kan victorioso.

Los fuegos de Kiev todavía arden. La ciudad ha muerto. No con la furia de la batalla, sino con el aliento lento y agonizante de una ciudad moribunda.

El humo se eleva sobre los tejados destrozados y las iglesias derrumbadas como espíritus oscuros que ascienden hacia un cielo silencioso. La ceniza flota por las calles y se deposita sobre cadáveres, armaduras, puertas astilladas y charcos de sangre congelada.

Hoy murió Kiev. Vi iglesias arder y torres desplomarse. Vi hombres valientes defender murallas que no podían salvar. Vi madres buscando a sus hijos entre las ruinas y niños buscando padres que jamás regresarían.

Los conquistadores registrarán cifras, contarán caballos, prisioneros y tributos.

Pero los números no lloran. Los números no sangran.

Si estas palabras sobreviven a mi muerte, que quien las lea sepa que Kiev fue una vez hermosa.

Sus campanas resonaban sobre el río. Sus mercados rebosaban vida. Las cúpulas de sus iglesias brillaban como oro bajo el sol.

Todo eso murió en Kiev. Ahora solo quedan cenizas.

Si estas páginas sobreviven cuando yo sea polvo, que se recuerde que antes de su destrucción Kiev fue una ciudad de belleza, fe y vida.

Y que también se recuerde que quienes la defendieron lucharon con un valor comparable al de cualquier guerrero mongol que haya conocido.

Yo estuve allí. Lo vi. Y porque lo vi, no puedo permitir que el silencio sea el vencedor final."

Temür hizo una pausa, sobrecogido por la emoción, descubrió que era incapaz de continuar.

La llama de la lámpara titiló suavemente. Más allá de las paredes de la tienda dormía la fuerza militar más poderosa de la Tierra.

Y sin embargo, mientras observaba la página inacabada, no podía dejar de pensar en una sola pregunta.

Si a aquello lo llamaban grandeza...¿por qué causaba tanto dolor?

CAPÍTULO 10

DESERCIÓN

Al día siguiente, Temür cabalgaba lentamente entre las ruinas, junto a una columna de jinetes mongoles que regresaban de los distritos bajos de la ciudad.

Los caballos exhalaban nubes de vapor en el amargo aire invernal mientras las ruedas de los carros aplastaban vigas carbonizadas bajo su peso.

Delante de él, dos guerreros reían mientras discutían por un icono de plata arrancado de un altar.

Uno de ellos escupió sobre él antes de atarlo a la silla de montar. Temür sintió repulsión. Hubo un tiempo en que aquellas cosas no lo habrían perturbado. O quizás simplemente había aprendido a enterrar sus sentimientos bajo la obediencia.

Desde niño le habían enseñado la misma verdad que conocía todo mongol: La conquista del mundo por parte de los mongoles era la voluntad del Eterno Cielo Azul. Los fuertes gobernaban porque el Cielo los favorecía. Los débiles existían para arrodillarse o perecer.

Él o había creído, pero la tragedia de Kiev se negaba a abandonar su mente. Terribles visiones se presentaban continuamente.

Temür cerró los ojos brevemente y las visiones desaparecieron. Cuando los abrió, vio una pequeña niña que permanecía agazapada bajo un carro junto al cuerpo

sin vida de su madre. Estaba demasiado aterrorizada incluso para llorar.

Uno de los soldados mongoles había levantado el sable.

Temür le sujetó el brazo antes de que descendiera.

—No es nadie —dijo.

El guerrero frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué la proteges?

Temür no tuvo respuesta.

Al final, la niña huyó entre el humo mientras los demás se burlaban de él por su debilidad.

Temür observó una cruz rota que sobresalía de la nieve.

¿Era realmente aquella la voluntad del Cielo?

La pregunta lo atormentaba. Durante años había marchado hacia occidente bajo los estandartes del Gran Kan. Había cruzado ríos interminables y bosques inmensos. Había visto reinos enteros derrumbarse bajo el estruendo de los cascos mongoles. Y a dondequiera que llegaba el ejército, el mismo terror lo seguía.

Al principio, el honor le permitió soportarlo, más tarde porque ya no existía un camino de regreso.

Pero ahora, algo dentro de él no le permitía permanecer indiferente.

Pensó en Layla. Su recuerdo llegó como una advertencia. Su risa bajo los encinos cercanos a la casa de su padre, la luz del sol sobre su cabello oscuro, el calor de su mano entre las suyas antes de partir a la guerra.

Habían pasado tantos años que a veces temía haberla inventado.

¿La había perdido para siempre?

No podía aceptarlo, por muchos inviernos que transcurrieran. Su vida no tenía otro propósito que volver

a encontrarla. Y sin embargo, rodeado por la muerte de Kiev, su recuerdo se sentía más vivo que nunca.

Apretó las riendas. Delante de él, los estandartes mongoles restallaban bajo el viento helado. A su alrededor cabalgaban hombres que no le temían a nada.

Hombres que creían por completo en el destino de los mongoles.

Pero Temür ya no sabía si pertenecía a ellos. Y en lo más profundo de su corazón, aún débil como una brasa moribunda, comenzó a crecer un pensamiento prohibido.

Iba a desertar.

Si era capturado, la deserción significaba la muerte. Los mongoles cazaban a los traidores sin piedad a través de montañas, bosques y desiertos.

Nadie simplemente abandonaba el ejército del Gran Kan. A pesar de ello, mientras cabalgaba entre las ruinas de Kiev, comprendió algo con terrible claridad:

Si permanecía allí, el resto de su humanidad, la que aún vivía dentro de él, moriría tan seguramente como la propia ciudad.

Días después de la caída de Kiev, Batu Kan reunió a sus comandantes en el gran pabellón de mando. Grandes braseros calentaban el aire. Generales, oficiales y escribas llenaban la tienda.

Temür se encontraba entre ellos.

Batu Kan estaba sentado sobre una plataforma elevada, revisando informes procedentes de los territorios conquistados. Finalmente apartó uno de los pergaminos y miró hacia Temür.

—El informe de Kiev ha sido completado.

Temür inclinó la cabeza.

—Sí, mi Kan.

Batu asintió.

—Es exhaustivo. Preciso. Las generaciones futuras sabrán lo que se logró aquí. No solo eres hábil con el arco, sino también con la pluma.

Las palabras conmovieron a Temür. Si tan solo supieras la verdad, pensó.

El Kan continuó:

—Hay otro asunto.

Su expresión se alivió ligeramente.

—Ha llegado un nuevo ejército desde el este.

Un murmullo recorrió la tienda.

—Su comandante se ha distinguido repetidamente en campañas más allá del Volga. Trae consigo casi dos túmenes de caballería y se unirá a nuestro avance occidental.

La entrada de la tienda se abrió y un alto guerrero entró en el pabellón. Vestía una armadura lamelar oscura adornada con escamas de plata. Aunque todavía era joven, varias cicatrices cruzaban su rostro, dándole el aspecto de un veterano con el doble de edad.

Pieles de lobo colgaban de sus hombros y las borlas doradas de su casco indicaban su rango como un oficial de la más alta jerarquía.

Todos los oficiales presentes se pusieron de pie en señal de respeto. Cuando el guerrero se quitó el casco, Temür se quedó inmóvil.

Esos ojos. La forma de su rostro. La vieja cicatriz sobre la ceja izquierda. De golpe, Temür ya no estaba dentro del pabellón de Batu Kan. Volvía a tener once años. Corría por las praderas bañadas por el sol siguiendo a un hermano mayor que siempre cabalgaba más rápido que los demás.

—Altan... —susurró.

Nadie lo oyó.

Los oficiales rodearon al recién llegado y lo saludaron con respeto, estrechando brevemente sus antebrazos o cada uno colocando una mano sobre el hombro del otro.

Temür sintió el impulso de abrazar a su hermano. Pero su plan de desertar acudió inmediatamente a su mente. Pensó que era mejor no ser reconocido.

Se unió brevemente al grupo ocultando el rostro tras el grueso cuello de piel de su capa.

La reunión continuó. Batu Kan habló con entusiasmo sobre futuras campañas mientras los oficiales escuchaban sus palabras con creciente excitación.

Cuando Altan abandonó la tienda, Temür lo siguió a distancia hasta estar seguro de que nadie podía verlos.

En un momento lo llamó. Su hermano, el general, se volvió. Durante un instante ninguno de los dos se movió. Los años parecieron desaparecer y los ojos de Altan se abrieron, sorprendidos. Finalmente...

—¿Temür?

Luego de un silencio:

—¡Estás vivo!

Temür sintió que se le cerraba la garganta.

—Estoy vivo.

Una sonrisa apareció lentamente en el rostro del general. En tres pasos cruzó la distancia que los separaba y lo abrazó, exclamando,

—El Eterno Cielo Azul vuelve a reunir a dos hermanos!

Lo atrajo hacia sí con fuerza. Por primera vez en muchos años, Temür sintió algo que casi había olvidado. Familia. Una invisible corriente de amor fluyó entre ambos hermanos.

Al ver acercarse a otros oficiales, Temür comprendió que no debían ser vistos juntos. Se apartó diciendo,

—Lo siento. Debo irme. Te buscaré esta noche.

Después de la cena, los hermanos se reunieron junto a una pequeña hoguera más allá del campamento principal. Ninguno deseaba perder tiempo durmiendo. Tenían demasiado que contarse.

Hablaron de su infancia, de sus padres, de la tribu, de amigos que ya no veían.

Altan escuchó incrédulo mientras Temür relataba sus años entre los musulmanes y su vida en la casa del sultán.

Y también le habló de Layla.

Más de una vez el hermano mayor mostró su sorpresa.

—Te busqué —admitió en voz baja— durante años.

Temür contempló las llamas.

—Pensé que todos me habían olvidado.

—Nunca.

Altan sonrió.

—Sabía que te iría bien. Sigues siendo el mejor arquero que he conocido. En el este escuché rumores sobre un jinete capaz de atravesar tres escudos consecutivos por el centro de sus pájaros pintados. Pensé que podías ser tú.

Le da un golpe cariñoso en el hombro.

—Haz hecho una gran carrera, eres parte del estado mayor de Batu Khan. Sabes leer y escribir. Te admiro, no has perdido tu tiempo.

—Ahora prefiero escribir antes que disparar flechas.

Altan conocía demasiado bien a su hermano.
Percibió inmediatamente que algo había cambiado en él.

Durante un largo rato ninguno habló.

Finalmente, Altan rompió el silencio.

—Estás preocupado.

Temür lo miró.

—¿Qué te hace decir eso?

—Nunca fuiste capaz de ocultarme tus pensamientos.

Aquellas palabras dieron en el blanco.

Temür suspiró y le contó todo. La destrucción de ciudades. Las matanzas. Los cautivos destinados a la esclavitud. Todo lo que había presenciado en Kiev. Cuando terminó, solo permaneció el crepitar del fuego.

La expresión de Altan era grave.

Conocía perfectamente todo lo que su hermano había descrito. Era leal a los mongoles y había dirigido muchas operaciones como aquellas.

Finalmente dijo:

—Estás cuestionando la voluntad de los kanes.

—Estoy cuestionando aquello en lo que nos estamos convirtiendo.

—Estamos construyendo el mayor imperio que el mundo haya conocido.

Temür negó lentamente.

—Quizá.

Miró hacia la silueta de Kiev en el horizonte.

Algunos incendios aún ardían entre las ruinas.

—Pero no puedo seguir viendo morir ciudades.

Altan permaneció en silencio.

Entonces Temür pronunció las palabras que llevaba semanas guardando dentro de sí.

—Voy a marcharme.

El general lo miró fijamente.

—¿Piensas desertar?

—Sí.

Altan se puso de pie de inmediato.

Su rostro se endureció.

—¿Comprendes lo que estás diciendo?

—Perfectamente.

—Si te atrapan, te matarán.

—Lo sé.

—Y cualquiera que te ayude compartirá tu destino.

Temür asintió.

—También lo sé. Por eso no permití que me reconocieras durante la recepción.

La luz del fuego se reflejaba en ambos. Altan se volvió y durante varios minutos no dijo nada. Temür casi podía escuchar la batalla que se libraba dentro de él.

Por un lado estaban el deber. El honor. El juramento prestado a Batu Kan. Las leyes de los mongoles. Por el otro estaban la sangre. La familia. El hermano pequeño que había creído perdido para siempre.

Finalmente Altan habló.

—Cuando nuestro padre murió, me hizo prometerle algo.

Temür levantó la vista.

—Me dijo que, sin importar adónde nos llevara la vida, debía protegerte.

Luego soltó una amarga carcajada.

—Pensé que aquella promesa sería imposible de cumplir. Y ahora el Cielo te ha puesto nuevamente delante mío.

Permaneció largo rato observando la oscuridad. Cuando volvió a mirarlo, ya había tomado una decisión.

—No estoy de acuerdo contigo.

Temür guardó silencio.

—Creo en Batu Kan. Creo en el imperio. Creo que estamos cambiando el mundo.

Dio un paso hacia él.

—Pero eres mi hermano.

Las palabras quedaron suspendidas entre ambos.

—Y no entregaré a mi hermano al verdugo.

Temür sintió que sus ojos se humedecían.

Altan colocó una mano sobre su hombro.

—Te ayudaré a escapar.

La hoguera crepitó suavemente.

Sobre ellos, las estrellas del invierno brillaban sobre la interminable estepa. Por primera vez desde la caída de Kiev, Temür sintió un destello de esperanza.

El camino que tenía por delante sería peligroso. Pero no lo recorrería solo. En algún lugar, más allá del resplandor de la hoguera, se encontraba un hombre dispuesto a arriesgarlo todo por él.

Su hermano.

La noche siguiente, absorto en sus pensamientos, Temür se había alejado bastante de la ciudad cuando un jinete que no había visto antes se acercó al galope.

El hombre saltó de la silla antes de que su caballo se detuviera por completo y cayó sobre una rodilla junto a la montura de Temür.

—Mi señor —dijo jadeando—, mi nombre es Suyuan. Pertenezco al Ejército de la Izquierda.

¿Mi señor?, pensó Temür.

Entonces recordó el estandarte sujeto a su caballo: la bandera negra del estado mayor imperial del comandante supremo, Batu Kan. Para cualquier soldado común, aquel estandarte bastaba para situarlo entre los oficiales más importantes del ejército.

Desde lo alto de su caballo, Temür estudió al hombre. Llevaba las insignias de comandante de un *jagun*¹⁹, un oficial de bajo rango.

—Levántate, soldado —ordenó Temür—. Explicame tu asunto.

Suyuan se puso en pie de inmediato, aunque mantuvo la cabeza respetuosamente inclinada.

—Mi señor, mis hombres escoltan a un gran grupo de prisioneros hacia la ciudad de Bujará, donde serán vendidos como esclavos. Dos de ellos intentaron escapar. Durante la lucha, uno de mis guardias murió.

Vaciló antes de continuar.

—Solicito autorización para ejecutarlos.

Temür contempló la absurda situación.

Miles de personas habían sido masacradas sin piedad durante la toma de Kiev. Sin embargo, ahora que la matanza había terminado, cada esclavo sano tenía valor económico. La muerte de dos cautivos requería la aprobación de un oficial superior.

—¿Dónde está tu compañía, Suyuan?

—Más allá de aquella colina, mi señor. Estamos demasiado lejos de la ciudad para presentar el asunto ante el consejo.

Temür miró hacia el horizonte.

—Monta tu caballo y llévame allí.

Cuando rodearon la colina, Temür vio a los prisioneros.

Una larga columna humana se extendía sobre la llanura helada.

Hombres y mujeres iban atados en grupos de diez mediante cuerdas sujetas alrededor del cuello.

¹⁹ Jagun: en el ejército mongol, un oficial que comanda 100 hombres.

La mayoría eran jóvenes, todavía en la plenitud de sus vidas. Pero sus vidas como seres humanos libres ya habían terminado. A partir de ese momento serían comprados, vendidos, golpeados y comerciados como ganado. Una docena de soldados mongoles los vigilaba a caballo.

En cuanto Temür se acercó, los guardias desmontaron y se arrodillaron respetuosamente ante el estandarte de Batu Kan.

Suyuan gritó una orden.

Dos prisioneros fueron arrastrados hacia delante y arrojados al suelo frente al caballo de Temür.

Uno de ellos, un hombre con el rostro ensangrentado, todavía aferraba obstinadamente una bolsa de cuero apretada contra el pecho.

—¿Estás seguro de que estos hombres mataron a tu guardia? —preguntó Temür.

—Sí, mi señor —respondió Suyuan con firmeza—. El más joven lo atacó con una cadena mientras el mayor intentaba huir.

Temür observó a los cautivos. El más joven miraba fijamente el suelo, respirando con dificultad a través de unos labios hinchados. El otro temblaba, pero no decía nada.

—¿Y cómo piensas ejecutarlos?

—Decapitación, mi señor.

Temür guardó silencio durante varios instantes, como si estuviera reflexionando cuidadosamente sobre el asunto.

Luego habló con frialdad.

—No. La decapitación es demasiado misericordiosa.

Un murmullo nervioso recorrió a los cautivos.

—Entiérrenlos hasta el cuello —continuó Temür—. Yo mismo les arrancaré los ojos con mis flechas antes de que mueran.

Los prisioneros retrocedieron horrorizados.

Algunos de los guardias asintieron aprobando el castigo.

Sin embargo, Suyuan parecía incómodo.

Volvió a arrodillarse.

—Mi señor, vuestro juicio es justo. Lejos de mí cuestionarlo. Pero un castigo así requiere tiempo y ya llevamos retraso. He perdido horas valiosas buscando autorización para ejecutarlos.

Temür dejó que el silencio se prolongara.

Finalmente asintió.

—Tienes razón. Tu misión es más importante.

Señaló a los dos cautivos.

—Átalos bien. Me los llevaré conmigo. Después de su castigo, sus cuerpos serán exhibidos como ejemplo.

El alivio se reflejó inmediatamente en el rostro de Suyuan.

—De inmediato, mi señor.

Los soldados ataron cuerdas alrededor de los cuellos y muñecas de los prisioneros y las aseguraron a la silla de Temür.

Cuando todo estuvo preparado, Temür volvió a dirigirse al oficial.

—Actuaste correctamente al esperar autorización, Suyuan. La obediencia preserva el orden del ejército.

El joven oficial se irguió visiblemente orgulloso.

—Hablaré bien de ti ante el Gran Kan.

Una emoción inmediata cruzó el rostro de Suyuan y se inclinó profundamente.

—Me honráis, mi señor.

Acto seguido comenzó a dar órdenes.

Poco a poco, la larga columna de cautivos reanudó su marcha por la llanura, mientras Temür giraba su caballo y se alejaba, llevando detrás a los dos condenados.

Seguido por los cautivos, Temür avanzó lentamente hacia las cenizas humeantes de la ciudad. Cuando la columna de esclavos desapareció de la vista, desmontó con el sable en la mano.

Los dos hombres retrocedieron aterrorizados al verlo acercarse.

Con un rápido movimiento de la hoja cortó las cuerdas que rodeaban sus cuellos y muñecas.

—Ahora —dijo con voz seca—, decidme quiénes sois y cuál es vuestra historia.

Un momento antes se creían condenados a una muerte espantosa.

Ahora eran libres.

Lo miraban con miedo y desconcierto, incapaces de comprender por qué.

Unos segundos después, el más joven reaccionó primero. Giró sobre sí mismo e intentó huir, pero ambos estaban agotados, debilitados por el hambre y el cautiverio.

Apenas había dado unos pasos cuando Suld salió disparado tras él. El perro tuerto le clavó los dientes en la pierna y saltó sobre su espalda, derribándolo al suelo. Gruñendo ferozmente, lo inmovilizó, manteniendo las mandíbulas a pocos centímetros de su rostro.

Temür soltó una leve carcajada.

—Basta, Suld.

El perro obedeció de inmediato, aunque permaneció junto al hombre mostrando los dientes.

Temür señaló el suelo.

—Siéntense.

Los dos obedecieron al instante. Temür sacó un odre de agua de la silla y se los entregó. Bebieron desesperadamente mientras él los observaba en silencio, esperando que recuperaran la calma.

Uno parecía tener unos veinte años. El otro era algo mayor. Ambos estaban afeitados. Su piel era aceitunada, aunque no lo bastante oscura como para confundirlos con árabes. A pesar de la suciedad y el deterioro causado por el cautiverio, sus ropas revelaban riqueza: túnicas de seda bordadas, pantalones cortos ajustados, largas medias y finas botas de cuero, totalmente inadecuadas para las llanuras heladas de Kiev.

—Bien —dijo Temür con tranquilidad—. Si vuelven a intentar escapar, no llamaré a mi perro.

El hermano menor miró con temor a Suld.

—Ahora respondan a mi pregunta. ¿Quiénes son y qué hacen aquí? Su ropa me dice que no pertenecen a estas tierras.

El mayor se puso en pie primero e hizo una ligera reverencia antes de hablar en un árabe cuidadoso.

—Mi señor, me llamo Marco y este es mi hermano Emilio. Somos hijos de la familia Corsini, de Venecia. Nuestra familia comercia en numerosos puertos del Mediterráneo. Viajamos a Kiev buscando negocios con los príncipes de la Rus, pero quedamos atrapados por el ataque de vuestro ejército. No deseamos causar ningún daño —añadió rápidamente.

Temür observó que el hermano menor examinaba las marcas sangrantes de la mordedura en su pierna.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué más tienes que decirme?

Emilio tragó saliva.

—Lo que dice mi hermano es cierto, mi señor. Perdonadme por intentar huir, pero ocurrieron cosas terribles en esa ciudad.

Su voz tembló ligeramente.

—Y sería un error vendernos como esclavos. Nuestra familia pagaría cualquier rescate que se exigiera por nuestro regreso.

Temür los estudió con atención.

Aunque estaban debilitados y cubiertos de suciedad, era evidente que eran hombres educados. Su forma de hablar era refinada y, aun en la desgracia, conservaban una dignidad diferente a la de los mercaderes comunes.

—¿Qué ruta siguieron para llegar a Kiev?

Marco respondió:

—Zarpamos de Venecia, navegamos a través del mar Adriático y desembarcamos en Acre, en Tierra Santa. Desde allí nos unimos a una caravana mercante que viajaba hacia el norte, pasando por Antioquía y las tierras de los armenios hasta llegar a Constantinopla.

Hizo una pausa para beber.

—Después cruzamos el mar Negro en barco y desembarcamos en Caffa, en Crimea. Desde allí viajamos hacia el norte con comerciantes rus atravesando la estepa hasta llegar a territorios protegidos por los Caballeros Teutónicos.

—La Orden Teutónica controlaba caminos y fortalezas utilizados por los comerciantes —añadió Emilio—. Sus tierras eran más seguras que los bosques del este. Continuamos por Polonia y los territorios de la Rus hasta llegar finalmente a Kiev.

Cuando Marco y Emilio terminaron su relato, la luz del día comenzaba a desaparecer.

Temür los condujo a una depresión escondida entre dos colinas y les ordenó encender una pequeña hoguera. Sacó tiras de carne de caballo salada y seca de sus alforjas. Los tres se sentaron alrededor del fuego para comer.

Los italianos devoraron la comida con avidez. Mientras, Temür permaneció varios minutos en silencio, concentrado en sus pensamientos.

Aquellos hombres, que conocían el camino hacia los Caballeros Teutónicos, podían ser exactamente lo que necesitaba para llevar a cabo su plan de desertión.

Pero comprendió que, si iban a viajar juntos, el miedo no bastaría. Necesitaba su confianza.

—¿Cómo se comunicaban con los Caballeros Teutónicos? —preguntó.

Marco respondió:

—La Orden utiliza principalmente el alemán entre sus miembros, pero muchos sacerdotes y comandantes entienden latín.

Emilio dudó unos instantes antes de reunir el valor necesario para preguntar:

—Sois mongol, mi señor... ¿cómo aprendisteis latín?

Temür contempló silenciosamente las llamas.

—Es una larga historia. Un sacerdote franciscano me lo enseñó cuando era niño.

Su expresión se ensombreció ligeramente.

Continuó en voz más baja, casi hablando consigo mismo.

—El padre Nicolás era un buen hombre. Pero eso fue hace muchos años. Probablemente ya haya muerto.

Al escuchar aquel nombre, los dos hermanos intercambiaron una rápida mirada. La reacción no pasó desapercibida para Temür.

—¿Qué ocurre?

Emilio miró con incertidumbre a Marco antes de que el hermano mayor finalmente hablara.

—Cuando atravesamos las tierras de la Orden Teutónica, escuchamos mencionar a un sacerdote con ese nombre.

El corazón de Temür se aceleró. Marco continuo:

—Oímos que se encontraba entre los Caballeros Teutónicos. Tal vez sea solo una coincidencia.

Durante un instante, Temür no dijo nada.

—¿Mencionaron de dónde venía? —preguntó en voz baja.

Marco negó con la cabeza.

—No, mi señor. Solo decían que era un sacerdote extranjero que había llegado desde el este.

—¿Viajaba solo?

—No estamos seguros. Los rumores decían que formaba parte de una distinguida comitiva.

El corazón de Temür parecía querer saltar fuera de su pecho. Respiró profundamente y volvió a contemplar las llamas.

Si el padre Nicolás estaba allí...Entonces quizás Layla también.

El pensamiento lo golpeó con tal fuerza que lo dejó sin aliento.

¿Habrían atacado los mongoles Alepo, obligando al sacerdote y a Layla a huir?

Las imágenes irrumpieron en su mente. Vio a Layla sonriendo en los jardines de Alepo. Luego la vio desaparecer en el caos de la guerra.

¿Podría Layla haber cruzado medio mundo hasta las tierras de los caballeros occidentales?

Permaneció largo rato en silencio. Los hermanos lo observaban con inquietud, incapaces de adivinar qué

pensamientos se ocultaban tras la expresión del joven guerrero mongol.

Finalmente habló.

—Escuchad con atención.

Ambos hombres se incorporaron inmediatamente.

—Tengo una propuesta. Viajaremos hacia el oeste, siguiendo el mismo camino por el que vinisteis. Debo llegar a las tierras de la Orden Teutónica.

Los miró directamente.

—Cuando lleguemos allí, os dejaré en libertad.

¿Qué pensáis?

Los hermanos se arrodillaron, esperanzados.

—Por supuesto aceptamos, mi señor. Nuestra familia lo recompensará con lo que usted pida!

Temür sacudió la cabeza.

—No me interesa el dinero, solo necesito llegar al dominio de los teutones. ¿Cuánto dura el viaje?

—Unos tres días a caballo, mi señor —respondió Marco.

Temür miró a su alrededor. La oscuridad casi había caído por completo. Montó sobre Salkhi y Suld acudió corriendo hacia él, percibiendo ya el movimiento y adelantándose unos pasos.

—Permaneceréis aquí —ordenó a los hermanos—. Regresaré dentro de una hora con provisiones y dos caballos más.

Su voz se endureció.

—No intentéis marcharos. Si os capturan de nuevo, no podré ayudaros.

—Por supuesto, mi señor —respondió Marco con rapidez—. No tenemos intención de irnos.

Temür espoleó suavemente a Salkhi en dirección al campamento de Batu Kan. Necesitaba dos caballos y provisiones. Conseguir comida no sería difícil. Los

caballos eran otra cuestión. Eran la posesión más valiosa de todo el ejército, vigilados con más cuidado que el oro o las joyas. Ni siquiera su posición dentro del estado mayor del Kan le permitiría obtener dos monturas sin despertar sospechas.

Cuando la oscuridad cubría el campamento, desmontó y comenzó a buscar a su hermano.

El campamento estaba en silencio. La mayoría de los guerreros ya se habían retirado a sus tiendas, mientras los centinelas caminaban sin hacer ruido entre hileras de caballos atados.

Al cabo de un momento divisó el estandarte del ejército de Altan ondeando junto a una gran tienda de mando.

Entró. Altan estaba sentado solo junto a una lámpara, estudiando un mapa extendido sobre una mesa baja y levantó la vista de inmediato. Al hermano mayor le bastó una sola mirada para comprender por qué Temür había acudido a él.

—¿Ha llegado el momento? —preguntó.

Temür asintió.

—Solo si todavía deseas ayudarme.

Una leve sonrisa apareció en el rostro de Altan.

—Lo esperaba.

Enrolló el mapa.

—Dime qué necesitas.

—Dos caballos y provisiones para tres días.

Temür vaciló.

—Pero aceptaré tu ayuda únicamente si no te pone en peligro.

Altan soltó una suave carcajada.

—Entonces no aceptarás ayuda alguna. El peligro no se puede evitar.

Los hermanos intercambiaron una mirada. Altan se puso de pie.

—No te preocupes por mí. No tomaremos los caballos de los establos de Batu Kan. Los conseguiré de mi propio ejército. Mis oficiales son hombres leales. Nadie cuestionará mis órdenes.

Sin decir una palabra más, abandonaron la tienda. Montaron sus caballos y se internaron silenciosamente en la oscuridad más allá del campamento. Las luces del pabellón de Batu Kan fueron desapareciendo poco a poco hasta parecer reflejos lejanos.

Finalmente Altan se detuvo.

—Espérame aquí.

Temür asintió.

—Volveré dentro de una hora.

El general giró su caballo y desapareció en la noche. El silencio descendió sobre la estepa. Temür permaneció solo, pensando en el precio que su hermano podría verse obligado a pagar. Si la verdad salía a la luz, Altan podría perderlo todo. Su mando. Su honor. Quizás incluso la vida. Y todo por su culpa.

Temür inclinó la cabeza.

—Eterno Cielo Azul —susurró—, protege a mi hermano. Si esta noche debe traer sufrimiento, que recaiga sobre mí. Lo que ocurra será culpa mía, no suya.

El viento se llevó sus palabras. Menos de una hora después escuchó el lejano retumbar de cascos.

Un jinete emergió de la oscuridad.

Altan.

Dos caballos de reserva lo seguían obedientemente, cargados con alforjas y provisiones. Una ola de alivio recorrió a Temür. Los hermanos se encontraron bajo la pálida luz de la luna.

Ninguno desmontó. Altan le entregó las riendas y durante unos instantes permanecieron en silencio. Luego el general sonrió.

—Ve ahora, hermano pequeño.

Temür tomó las riendas.

—No sé si volveremos a encontrarnos —continuó

Altan—. Pero sé que sobrevivirás. Siempre lo has hecho.

Se inclinó hacia delante y aferró el antebrazo de Temür.

—El Eterno Cielo vela por ti.

Su voz se suavizó.

—Creí que te había perdido para siempre. Entonces el Cielo te devolvió a mí.

El guerrero apartó la mirada por un momento.

—Y me concedió la oportunidad de verte una última vez.

Temür sintió un nudo en la garganta.

—Altan...

Su hermano negó con la cabeza.

—No. No hagas esto más difícil.

Durante largo rato permanecieron allí, inmóviles en la oscuridad. Dos hermanos en una encrucijada de sus vidas. Finalmente Altan soltó su brazo.

—Eso me basta.

Señaló hacia la oscuridad occidental.

—Ahora vete.

Temür asintió. Ya no quedaban palabras por decir.

Giró a Salkhi y tomó las riendas de los caballos de reserva. Después de avanzar una corta distancia, volvió la vista atrás. Altan seguía donde estaba, inmóvil bajo la luz de la luna, observándolo alejarse.

Temür levantó una mano. Altan hizo lo mismo. Luego la oscuridad se tragó la distancia entre ambos.

El camino que tenía por delante sería largo y peligroso, pero mientras cabalgaba hacia un futuro incierto, llevaba consigo un regalo más valioso que los caballos, las provisiones o incluso su propia libertad. Llevaba la certeza de que en alguna parte existía un hombre dispuesto a arriesgarlo todo por él.

Su hermano.

El resplandor lejano de la ciudad seguía tiñendo de rojo el horizonte, como una herida abierta sobre la tierra.

Temür guiaba cuidadosamente a Salkhi entre las colinas mientras Suld corría por delante, desapareciendo y reapareciendo entre las sombras como un fantasma.

La noche ya había cubierto las ruinas de Kiev cuando Temür regresó junto a los italianos. Marco y Emilio se pusieron en pie en cuanto oyeron acercarse los caballos.

Detrás de Temür seguían dos monturas cargadas con provisiones, odres de agua y mantas. Sin decir palabra, desmontó y entregó las riendas a los hermanos.

—Partimos ahora —dijo—. Desde este momento viajaremos rápido y en silencio.

Ninguno de los dos se atrevió a hacer preguntas.

Con los hermanos indicando la dirección a seguir, los tres cabalaron hacia el oeste bajo un cielo sin luna. Evitaron caminos y aldeas, avanzando por estrechos valles, cauces helados y antiguos senderos de pastores invisibles para cualquier viajero común.

Suld marchaba por delante, vigilando posibles extraños y persiguiendo conejos. A veces desaparecía durante unos minutos y regresaba excitado por algo que había descubierto. Cuando encontraba a un campesino o a alguien viajando a pie o a caballo, regresaba, gruñendo de

una forma particular para alertar al grupo. Entonces esperaban hasta que el camino volvía a estar despejado.

El invierno mostraba toda su furia. El frío empeoraba conforme avanzaba la noche. Al amanecer, Emilio apenas podía mantenerse sobre la silla.

—Deberíamos detenernos —susurró entre labios temblorosos.

Temür negó con la cabeza.

—Nos detendremos cuando estemos a salvo.

—¿Nos perseguirán? —preguntó Marco.

El silencio de Temür respondió por él.

Los mongoles habrían descubierto la deserción antes del amanecer. Temür sabía exactamente lo que ocurriría al despertar el campamento. Los caballos desaparecidos. Los prisioneros fugados. El lugar vacío junto al estado mayor de Batu Kan. Casi podía escuchar los gritos furiosos.

Y peor aún, la rabia que pronto se transformaría en acción. Un hombre del propio séquito de Batu había desertado, la persecución sería implacable.

Por la tarde alcanzaron un arroyo helado escondido entre bosques de oscuros pinos. Temür permitió por fin que ellos y los caballos descansaran.

Los italianos se dejaron caer junto al agua.

Suld continuó alerta, olfateando y explorando los alrededores.

Emilio observó a Temür con agotamiento e incredulidad.

—¿Abandonaste el ejército más poderoso del mundo... por un rumor? ¿Por lo que te contamos sobre el sacerdote?

Temür estaba afilando una flecha.

Ni siquiera levantó la vista.

—Por una esperanza —respondió en voz baja.

Dos días después, fueron descubiertos.

Temür cabalgaba en cabeza cuando levantó bruscamente el puño. Los hermanos se detuvieron al instante.

Sobre una lejana cresta nevada aparecieron tres jinetes.

Mongoles.

Incluso desde aquella distancia Temür reconoció la forma de sus cascos y el movimiento de sus caballos. Eran exploradores avanzados. Todavía no los habían visto.

—Escondeos entre los árboles —ordenó.

Marco lo miró horrorizado.

—Son tres.

Temür comprobó tranquilamente la cuerda de su arco.

—Sí.

—No puedes enfrentarte tú solo a tres mongoles.

—No os preocupéis. Haced lo que os digo.

Los hermanos observaron desde el borde del bosque. Los tres exploradores descendieron la colina con cautela, examinando la llanura cubierta de nieve. Temür cabalgó directamente hacia ellos. Uno de los exploradores lo vio y gritó algo en mongol. Otro llevó inmediatamente una mano a su arco.

La primera flecha salió disparada. Falló. En el último instante posible, Temür se dejó caer hacia un lado de la silla.

Los hermanos contuvieron el aliento.

En la clásica maniobra mongol llamada “descenso fantasma”, Temür había desaparecido completamente bajo el caballo. La segunda flecha atravesó el aire vacío.

Salkhi continuó galopando mientras Temür permanecía pegado a su flanco, protegido por el cuerpo del animal. Entonces disparó una flecha desde debajo del cuello del caballo.

Uno de los exploradores fue echado violentamente hacia atrás. La flecha le había atravesado la garganta y cayó de la silla. Antes de que los otros pudieran reaccionar, Temür volvió a incorporarse y disparó de nuevo. Un segundo jinete se desplomó sobre la nieve. El último mongol giró su caballo e intentó huir.

Temür salió en su persecución no podía permitir que avisara a otros. La distancia entre ambos disminuyó rápidamente. El fugitivo giró sobre la silla para disparar hacia atrás. Pero Temür fue más rápido y la flecha impactó entre sus hombros. El hombre cayó sin vida sobre la nieve.

El silencio regresó a la llanura.

Marco se dio cuenta de que luego de presenciar lo ocurrido le temblaban las manos. Emilio murmuró con voz ronca:

—Que Dios nos proteja... No de los mongoles. Del hombre que viaja con nosotros.

Aquella noche una gran tormenta cayó sin aviso. La nieve y el viento parecían devorar el mundo entero. Los caballos avanzaban guiados únicamente por el instinto. Cuando comenzó a oscurecer encontraron refugio en unas ruinas abandonadas, medio enterradas bajo el hielo. Los hermanos se acurrucaron junto a una pequeña hoguera mientras la ventisca rugía afuera como un ejército de demonios.

Temür permaneció despierto junto a la entrada, con el arco sobre las rodillas.

—¿No duermes? —preguntó Marco.

Temür negó con la cabeza.

—Sé que están cerca.

Una hora después, la tormenta comenzó a disiparse. Suld levantó la cabeza y gruñó suavemente hacia la oscuridad. Todos se quedaron inmóviles. A lo lejos, entre el viento, llegó el débil sonido de caballos.

Los perseguidores habían encontrado el cuerpo de sus amigos y se acercaban. La orden de Temür fue inmediata.

—Tenemos que marcharnos. Ahora mismo.

Inmediatamente apagaron el fuego y reanudaron la marcha. Tras recorrer cierta distancia, Temür escuchó atentamente los sonidos que el viento traía desde atrás. Los perseguidores estaban ganando terreno.

Temür giró hacia el sur y condujo al grupo hacia un estrecho valle por donde serpenteaba un arroyo congelado entre bancos de nieve. Durante casi una milla siguieron el lecho helado, sin dejar rastros visibles sobre la superficie endurecida.

Luego, amparados por la oscuridad y la nieve que seguía cayendo, Temür condujo a los caballos por la orilla opuesta y se internó en un bosque de pinos. Al amanecer, la tormenta había borrado las pocas huellas que quedaban.

Fuera por habilidad, por suerte o por el favor del Eterno Cielo Azul, los perseguidores nunca volvieron a aparecer.

El terreno comenzó a cambiar lentamente a medida que avanzaban hacia el oeste. Las zonas rocosas dieron paso a bosques y colinas. Entre los árboles aparecieron aldeas. Casas de madera. Iglesias coronadas por cruces. Campos cercados. Todo cubierto de nieve.

Algunos aldeanos se refugiaban al ver la vestimenta mongola de Temür, cerrando las puertas

apresuradamente. Temür observaba todo en silencio. Aquello era otro mundo.

Finalmente una tarde, cuando la luz del día comenzaba a desvanecerse, vieron la fortaleza. Se alzaba sobre el bosque congelado como algo esculpido por el propio invierno.

Murallas de piedra. Torres de vigilancia. Cruces negras sobre estandartes blancos agitándose al viento. Antorchas ardiendo sobre las almenas.

Marco exhaló aliviado.

—Los Caballeros Teutónicos. Por fin.

Temür contempló la fortaleza en silencio. Por primera vez sintió incertidumbre.

Más allá de aquellas murallas lo esperaban extranjeros que odiaban a los de su raza.

Pero no dudó. Porque quizás...En algún lugar detrás de aquellos muros... Estaba Layla.

CAPÍTULO 11

LA ORDEN TEUTÓNICA

La imponente fortaleza que se alzaba ante los tres se llamaba Falkenberg.

Construida sobre una colina rocosa rodeada de bosques oscuros y ríos congelados, la fortaleza dominaba la región como una bestia de piedra custodiando la frontera de la Cristiandad. Enormes murallas de roca gris rodeaban el bastión, interrumpidas por torres cuadradas coronadas por estandartes negros que llevaban el emblema de la Orden Teutónica: una cruz oscura sobre un paño blanco.

La nieve se acumulaba sobre las almenas y los tejados, mientras la luz de las antorchas parpadeaba tras las estrechas ventanas. La fortaleza no se parecía a nada de lo que Temür había dejado atrás.

No había tiendas, ni rebaños errantes, ni movimiento constante. Todo allí era fijo, pesado, permanente.

Los mongoles transportaban su mundo a lomos de sus caballos. Aquellos hombres lo tallaban en piedra.

Cuando se acercaban a las puertas, aparecieron figuras armadas sobre las murallas y varias ballestas los apuntaron. Se oyeron voces gritando en alemán.

Marco levantó ambas manos.

—¡Somos mercaderes de Venecia! —gritó en latín—. ¡Buscamos refugio!

Las enormes puertas de madera permanecieron cerradas y durante varios largos instantes no ocurrió nada.

Entonces Temür advirtió movimiento entre los defensores.

Algunos hombres señalaban hacia él con evidente hostilidad. Uno de los caballeros se santiguó al ver la armadura mongola de Temür. Finalmente, con un profundo gemido de cadenas y hierro, las puertas comenzaron a abrirse lentamente. Los primeros en salir fueron varios caballeros montados.

Temür los observó con atención.

Los guerreros teutónicos parecían gigantes sobre sus caballos. Vestían largos mantos blancos sobre cotas de malla y llevaban cruces negras cosidas sobre el pecho. Sus yelmos ocultaban casi por completo sus rostros tras el acero, haciéndolos parecer menos a hombres que a estatuas de hierro.

A diferencia de los jinetes mongoles, que se movían con rapidez fluida, los Caballeros Teutónicos avanzaban en disciplina. El caballero que iba al frente levantó una mano enguantada.

Todos se detuvieron al instante. Sus ojos se clavaron en Temür.

—Desmonta.

Temür obedeció lentamente. En el momento en que sus botas tocaron la nieve, cuatro ballestas apuntaron directamente a su pecho.

Suld gruñó y uno de los caballeros desenvainó parcialmente su espada.

—Controla a la bestia —advirtió en un latín imperfecto.

Temür apoyó una mano sobre el cuello de Suld y el perro guardó silencio de mala gana.

El caballero siguió observando a Temür con un odio apenas disimulado.

—Eres mongol.

No era una pregunta.

—Sí.

Un murmullo recorrió a los soldados.

Marco dio un paso al frente desesperadamente.

—¡Nos salvó la vida! —dijo con rapidez—. Los mongoles iban a vendernos como esclavos. Desertó de su pueblo para ayudarnos a escapar.

El caballero se dirigió al otro hermano.

—¿Es eso verdad?

—Sí señor. Estábamos por ser ejecutados.

El hombre permaneció callado unos momentos.

Finalmente se volvió hacia dos soldados.

—Llevad a los italianos a los aposentos de huéspedes.

Luego señaló a Temür.

—Y llevad a éste ante el Komtur²⁰.

Veinte minutos después, Temür se encontraba sentado solo en una austera estancia en lo profundo de la fortaleza de Falkenberg.

No era una celda, pero tampoco era un lugar confortable. Gruesos muros de piedra lo rodeaban y pesadas vigas de madera cruzaban el techo. Un fuego ardía en una amplia chimenea, llenando la habitación con el aroma de humo y resina de pino.

²⁰ Komtur: El comandante de un fuerte en la Orden Teutónica.

La luz de las velas iluminaba estanterías repletas de libros y pergaminos escritos en latín y alemán. Temür notó inmediatamente el silencio del lugar.

No había risas. Ni música. Ni sirvientes yendo y viniendo. Solo el eco distante de unas campanas sonando en algún lugar de la fortaleza.

Una larga mesa de madera ocupaba el centro de la sala. Sobre ella descansaban mapas, cartas selladas, un crucifijo de hierro y una copa de vino a medio terminar.

Temür permaneció sentado mientras dos guardias armados vigilaban la puerta sin apartar la vista de él.

Por fin, la puerta se abrió y entró un hombre mayor acompañado por otro caballero. El recién llegado se quitó lentamente los guantes antes de acercarse al fuego.

Era alto, de hombros anchos y debía rondar los cincuenta años. Su barba gris estaba cuidadosamente recortada y varias cicatrices marcaban un lado de su rostro.

A diferencia de los demás, no llevaba casco. Sobre su manto blanco colgaba una pesada cruz de plata.

Los guardias inclinaron inmediatamente la cabeza mientras el hombre estudiaba a Temür con detenimiento.

—Así que tú eres el desertor mongol —dijo finalmente en un latín impecable.

Temür se puso en pie. El hombre hizo un gesto hacia la silla.

—Siéntate. Estás entre enemigos, pero no entre salvajes.

Temür volvió a sentarse.

—Soy Heinrich von Falkenberg, Komtur de esta fortaleza y servidor de la Orden Teutónica.

Mientras hablaba caminó lentamente alrededor de la mesa.

—Te encuentras en una de las fortalezas fronterizas de la Orden. Nuestra hermandad fue fundada para defender la Cristiandad y hacer la guerra contra los enemigos de la fe.

Sus ojos se estrecharon ligeramente.

—Últimamente, eso incluye a tu pueblo.

El Komtur señaló los muros que los rodeaban.

—Dentro de estas fortalezas viven monjes guerreros, sacerdotes, caballeros, escribas, herreros, médicos y sirvientes. Algunos nacieron nobles. Otros renunciaron a riquezas y títulos para servir a Dios bajo la cruz negra.

Temür escuchaba en silencio.

—Los hombres que ves vestidos con mantos blancos son hermanos caballeros —continuó Heinrich—. Rezan como monjes y luchan como soldados. Muchos han pasado toda su vida combatiendo paganos, saqueadores e invasores en estas fronteras.

Se detuvo junto al fuego.

—Y después de lo ocurrido en Polonia y Hungría... el odio hacia los mongoles es profundo aquí.

Temür asintió una sola vez.

—Lo comprendo.

El Komtur lo observó durante unos segundos.

—Ya he hablado con los hermanos italianos. Me contaron cómo los salvaste de la ejecución y cómo huiste de tu propio pueblo.

Hizo una pausa.

—También me dijeron que ahora eres un desertor.

—Lo soy.

—Eso te convierte en alguien útil para unos... y peligroso para otros.

Heinrich se acercó a la mesa y levantó varios libros encuadernados en cuero. Temür los reconoció inmediatamente. Sus escritos.

El Komtur abrió uno de ellos con cuidado.

Las páginas contenían textos escritos en árabe, latín y caracteres mongoles.

—Me sorprendes, Temür.

Pronunció el nombre extranjero con cuidado.

—Un guerrero mongol que lleva libros consigo.

Lo miró directamente. Por primera vez desde que había entrado en la sala, algo más amable cruzó la expresión del Komtur.

—¿Quién te enseñó latín?

—Un sacerdote franciscano llamado padre Nicolás.

El Komtur arqueó una ceja.

—También escribes en árabe.

—Me crié entre musulmanes durante muchos años.

El anciano caballero lo observó durante largo rato.

—Eres un hombre extraño.

Temür estuvo a punto de sonreír.

—Ya me lo han dicho antes.

El Komtur cerró lentamente el libro.

—Hay otro asunto.

Temür sintió inmediatamente cómo la tensión regresaba a su pecho.

—Actualmente hospedamos a un sacerdote católico que viaja por estas tierras. Después de escuchar tu historia, pensé que quizá debería hablar contigo.

La esperanza estalló dentro de Temür con tanta fuerza que casi lo asustó. ¿Podría ser el padre Nicolás? ¿Después de tantos años?

El Komtur se volvió hacia los guardias.

—Traed al padre.

El corazón de Temür golpeaba con fuerza mientras unos pasos resonaban en el corredor.

La puerta se abrió, pero el hombre que entró no era el padre Nicolás. La esperanza de Temür se derrumbó al instante. El sacerdote que cruzó el umbral era el padre Matthias. Era más joven, delgado, con ojos cansados y nieve todavía adherida a sus hábitos.

Miró a Temür con curiosidad.

—¿Este es el mongol? —preguntó suavemente.

—Sí —respondió Heinrich—. Afirma conocer a un sacerdote franciscano llamado Nicolás.

La expresión del padre Matthias cambió de inmediato.

—¿Conoces al padre Nicolás?

Temür se puso de pie de golpe.

—¿Dónde está?

El sacerdote pareció sorprendido por la urgencia de su voz.

—Estuvo aquí —respondió—. No hace mucho tiempo.

Temür sintió cómo el pulso se aceleraba.

—Viajaba con una joven árabe y varios sirvientes —continuó el sacerdote—. La muchacha se llamaba Layla, si no recuerdo mal.

Temür apenas podía respirar.

—Abandonaron Falkenberg hace doce días.

—¿Adónde fueron?

—Hacia Viena.

El Komtur y el sacerdote observaron atentamente a Temür mientras una tormenta de emociones cruzaba su rostro demasiado rápido para ocultarla.

Después de años de guerra y muerte...

Layla seguía viva.

Cuando Temür logró recuperarse del torbellino de emociones que lo había sacudido, el padre Matthias permanecía junto a la mesa examinando cuidadosamente uno de los pergaminos.

—¿Estas notas son tuyas? —preguntó.

—Sí, padre.

—¿Escribiste todo esto?

—Así es.

El sacerdote parecía genuinamente asombrado.

—¿Puedo examinarlas?

—Por supuesto.

En ese momento entró un sirviente llevando una bandeja de madera con un cuenco humeante de sopa, pan negro y una jarra de vino.

Temür comprendió de pronto cuán agotado estaba realmente. Mientras el Komtur y el padre Matthias examinaban los pergaminos a la luz de las velas, él se sentó cerca de la chimenea y comenzó a comer en silencio.

El calor de la habitación fue envolviéndolo poco a poco. Su cuerpo, endurecido por años de guerra, podía soportar el hambre y el frío. Pero ahora que el peligro había desaparecido momentáneamente, el agotamiento terminó por vencerlo.

Sin darse cuenta, cerró los ojos y se quedó dormido sentado contra el muro de piedra.

Una hora más tarde, una mano se posó suavemente sobre su hombro.

Temür abrió los ojos de inmediato y, por instinto, buscó el cuchillo en su cinturón. Al no encontrarlo, recordó dónde se encontraba.

El Komtur Heinrich estaba de pie junto a él.

—Comiste, pero no has probado el vino.

—Lo siento, mi señor. Sigo guiándome por los preceptos de la religión musulmana. No bebo alcohol.

El Komtur negó con la cabeza.

—Un creyente fiel.

Sonrió levemente.

—Los cristianos jamás estarían de acuerdo con eso. Se supone que el vino es la sangre de Nuestro Señor.

El padre Matthias permanecía junto a la mesa, rodeado de pergaminos abiertos.

Intervino entonces:

—Tus escritos son extraordinarios, joven mongol —dijo con suavidad.

Temür se incorporó lentamente, todavía adormecido.

—Describen las costumbres de los árabes con un detalle admirable. Sus ciudades, su conocimiento, su fe...

El sacerdote pasó cuidadosamente varias páginas.

—Y de pronto los escritos cambian y comienzan a describir la organización del ejército mongol: la estructura decimal, la disciplina, las tácticas, los métodos de comunicación...

Levantó la vista y lo observó fascinado.

—Y entre todas esas observaciones aparecen reflexiones, fragmentos de poesía... expresiones de añoranza hacia una mujer árabe.

Temür bajó la mirada por un instante.

El Komtur cruzó los brazos.

—Estos escritos tienen valor —declaró—. Quizá un valor incalculable. Las generaciones futuras querrán comprender estos tiempos convulsos.

Apoyó una mano sobre los pergaminos.

—Me siento tentado de conservarlos y enviarlos a las bibliotecas franciscanas. Podrían preservarse, copiarse y resultar útiles durante siglos.

Temür guardó silencio.

¿Qué podía decir?

Aquellos manuscritos eran el único vínculo que le quedaba con la vida que había perdido, pero allí no tenía autoridad alguna.

Sin embargo, el padre Matthias intervino.

—No deberíamos hacerlo, mi señor.

El Komtur se volvió hacia él.

—Por mucho que personalmente deseara enviar estos escritos a nuestro Ministro General en Asís —continuó el sacerdote—, creo que deben permanecer junto a su autor.

Miró a Temür.

—Este joven los protegió a través de la guerra, la matanza, la nieve y la persecución. No escribe por gloria, sino porque la memoria es todo lo que le queda.

El silencio llenó la estancia.

—Tarde o temprano —dijo el padre Matthias en voz baja—, estos escritos encontrarán su camino hacia las bibliotecas de la Iglesia. Los monjes los copiarán. Los eruditos los conservarán. Pero todavía no.

El Komtur exhaló lentamente. Finalmente asintió.

—Tenéis razón, padre. Somos servidores de Dios antes que coleccionistas de conocimiento.

Miró a Temür.

—Puedes conservar tus libros.

Temür inclinó ligeramente la cabeza.

—Gracias.

Temür agradeció profundamente la decisión del Komtur. Aquellas páginas encuadradas en cuero eran todo lo que quedaba del joven que había sido antes de que la guerra y la conquista consumieran su vida.

Y, sin embargo, ni siquiera aquellos preciados manuscritos ocupaban ya sus pensamientos. Solo una cosa importaba ahora.

Viena.

Cuando se le permitió caminar libremente por la fortaleza, aquel pensamiento lo acompañó a todas partes y lo persiguió desde el amanecer hasta la última guardia de la noche.

Layla había estado allí. En sueños la veía junto a los jardines de Bagdad, bajo los naranjos. A veces caminando entre humo y nieve más allá de las murallas destruidas de Kiev. A veces volviéndose hacia él en una calle abarrotada que nunca lograba alcanzar. Despertaba antes del alba con el corazón acelerado, mientras la oscuridad de los dormitorios lo rodeaba.

Durante años había sobrevivido porque sobrevivir se había convertido en un instinto.

Marchar. Luchar. Obedecer. Resistir.

Ahora solo tenía un deseo. Debía llegar a Viena. Costara lo que costara. Aunque los caminos estuvieran llenos de bandidos, refugiados hambrientos y patrullas mongolas. Aunque la Orden Teutónica se negara a dejarlo partir. Aunque el propio Kan hubiera decretado la muerte para los desertores.

Nada más importaba. Ni la guerra, ni el imperio, ni siquiera el juicio del Cielo.

Solo Layla.

Aquella certeza lo fortalecía. Por ella caminaría voluntariamente hacia la muerte.

CAPÍTULO 12

MIENTRAS TANTO, EN VIENA

Mientras Temür fortalecía su determinación para partir hacia Viena, a muchos kilómetros de distancia se producía un importante encuentro en el gran salón de aquella ciudad.

La nieve se derretía de capas y botas junto a la entrada, mientras los sirvientes se movían silenciosamente entre las largas mesas llevando vino.

Afuera, los vientos invernales azotaban las murallas de la ciudad, pero en el interior se había generado otra tormenta. Una nacida mucho más allá de las fronteras del Sacro Imperio Romano.

El duque Leopoldo estaba sentado bajo los estandartes de su palacio, con el rostro pálido bajo la luz de los candelabros de hierro. A su alrededor se encontraban nobles, obispos, mercaderes del consejo de la ciudad y capitanes de los ejércitos austríacos.

Las voces murmuraban con inquietud hasta que finalmente el duque golpeó la mesa con la mano.

—Basta —dijo, irritado—. Decídmelo claramente. ¿Dónde están ahora?

Un caballero dio un paso al frente. Sus botas llevaban todavía el barro de los caminos orientales. .

—Los mongoles han cruzado las llanuras más allá de Hungría, mi señor. Los refugiados huyen delante de ellos. Aldeas enteras han sido abandonadas.

La sala quedó sumida en un silencio sombrío. Uno de los mercaderes se santiguó.

—He oído que destruyeron Kiev —dijo en voz baja—. La destruyeron por completo.

—Así fue —respondió otro hombre en voz baja—. Las iglesias ardieron. Las murallas se derrumbaron. Muy pocos sobrevivieron.

Un obispo bajó la cabeza y murmuró una oración.

Las noticias eran increíbles, Europa era una región civilizada. Las guerras entre los estados habían cesado años atrás y la paz se había asentado sobre esa parte del continente.

Los nobles caballeros continuaban afilando sus espadas, vistiendo sus relucientes armaduras y exhibiendo sus habilidades únicamente en torneos destinados a impresionar a las damas y entretener al pueblo.

Las historias sobre un ejército desconocido sometiendo países en las lejanas tierras de Asia eran consideradas absurdas por la mayoría.

Durante años, aquellos relatos habían parecido imposibles. Cuentos traídos por viajeros ebrios.

¿Un ejército procedente de los confines de la tierra? ¿Jinetes capaces de cruzar reinos enteros en cuestión de días? ¿Ciudades borradas del mundo? Sonaba a fantasías para niños.

Al principio, muchos europeos incluso habían recibido los rumores con esperanza.

—Cuando atacaron a los musulmanes en Oriente —dijo un anciano consejero—, creímos que eran cristianos luchando por la cruz.

Varios hombres asintieron.

—Existían historias —continuó el consejero— de que esos ejércitos servían a un gran rey-sacerdote, más allá de Persia.

—El Preste Juan —dijo suavemente el obispo.

—Sí. Algunos creyeron que Dios había enviado por fin un ejército cristiano oriental contra los enemigos de la Cristiandad.

Una risa amarga escapó de uno de los generales.

—El Preste Juan nunca existió. Quienes creyeron en ello fueron unos necios.

El mensajero continuó:

—Pero cuando atacaron a la Rus, comprendimos que no eran cristianos.

Un caballero avanzó llevando un escudo dañado. Profundos cortes marcaban la madera.

—Esto perteneció a un caballero teutónico —dijo.

—Su orden combatió contra los mongoles en Cracovia, cerca de las fronteras orientales. Fueron derrotados en un solo día.

Un estremecimiento recorrió el salón.

—No son cristianos —continuó el caballero—. Tampoco musulmanes. Son algo completamente distinto.

—¿Y ahora? —preguntó el duque.

El mensajero vaciló antes de responder.

—Ahora avanzan hacia el oeste. Los viajeros afirman que sus territorios conquistados se extienden desde la China Han hasta el Volga. Su imperio es mayor que cualquier otro que haya existido.

Aquella declaración tuvo un efecto devastador.

Nadie habló.

El fuego crepitó suavemente en la enorme chimenea. Finalmente, un noble rompió el silencio.

—¿Cómo pueden unos simples jinetes destruir reinos con ejércitos de decenas de miles de hombres y seguir avanzando?

Nadie tenía una respuesta.

El duque se levantó lentamente de su silla y caminó hasta una estrecha ventana que dominaba Viena.

Más allá de las murallas, la nieve cubría los tejados como si fueran sudarios.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó en voz baja.

El obispo respondió:

—Quizás —dijo— el Señor nos está poniendo a prueba.

El duque contempló el oscuro horizonte más allá de las murallas de la ciudad. O quizás, pensó, Europa estaba a punto de llegar a su fin.

CAPÍTULO 13

LA ESPERA

Los días siguientes transcurrieron lentamente dentro de la fortaleza de Falkenberg. Aunque el cuerpo de Temür descansaba, su mente permanecía inquieta.

Layla estaba viva. Ese pensamiento lo perseguía cada instante de vigilia.

En algún lugar, más allá de los bosques helados y las montañas, más allá de los ríos y los reinos occidentales, ella viajaba hacia Viena junto al padre Nicolás.

Cada hora que pasaba dentro de Falkenberg le resultaba insoportable. Pero los Caballeros Teutónicos habían comprendido rápidamente el valor del hombre que había llegado hasta ellos.

La noticia se extendió por toda la fortaleza: Un guerrero mongol que hablaba latín y árabe. Un desertor del ejército de Batu Kan. Un hombre que había cabalgado junto a los conquistadores de Oriente.

Cada día acudían más personas a interrogarlo.

Caballeros, sacerdotes, escribas. Mensajeros procedentes de fortalezas vecinas. Algunos llegaban movidos por la curiosidad. Otros mostraban un odio evidente.

Temür respondía a todos con paciencia. Explicó la estructura del ejército mongol, la organización decimal en

grupos de diez, cien y mil hombres, la velocidad de los relevos de caballos, sus métodos de comunicación mediante banderas y cuernos, las retiradas fingidas, el uso del terror y la disciplina impuesta bajo pena de muerte.

Los comandantes teutónicos escuchaban con sombría atención.

En esas ocasiones Temür vio a los escribas copiar cada una de sus palabras.

Una tarde, el Komtur Heinrich le preguntó en voz baja:

—Si los mongoles marcharan nuevamente hacia occidente... ¿podría Europa detenerlos?

La sala quedó en silencio.

Temür respondió con franqueza.

—Si los mongoles permanecen unidos bajo un Gran Kan... quizás no.

Nadie dijo una palabra.

El padre Matthias también lo interrogaba, aunque sobre asuntos muy diferentes. El sacerdote deseaba comprender la ley islámica y quedó sorprendido por el avanzado estado del conocimiento árabe.

Matemáticas, medicina, filosofía.

Los sabios del mundo islámico habían desarrollado fórmulas y teorías muy por delante de Occidente, donde la investigación científica se encontraba con frecuencia limitada por los dictámenes de la Iglesia.

A veces aquellas conversaciones se prolongaban hasta bien entrada la noche y Temür descubrió que se sentía extrañamente cómodo hablando con el sacerdote.

El padre Matthias le recordaba años más tranquilos, enterrados desde hacía mucho tiempo bajo la guerra y la conquista.

Pero, aun así, sus pensamientos siempre regresaban a Layla.

Cada noche la imaginaba viajando por caminos cubiertos de nieve hacia Viena. Quizás creyéndolo muerto, quizás todavía recordándolo.

Marco y Emilio se recuperaron rápidamente dentro de la fortaleza. Los italianos deseaban continuar su viaje hacia el oeste, pero comprendían los peligros que aún acechaban en los caminos.

Bandidos, mercenarios, desertores hambrientos. Y hasta quizás incluso exploradores mongoles. Deseaban viajar junto a Temür, él ofrecía una seguridad difícil de encontrar. Así que aguardaron pacientemente el permiso del Komtur para partir, aun cuando percibieron la creciente tensión que reinaba en Falkenberg.

Algunos caballeros despreciaban abiertamente a Temür y se negaban a compartir el mismo comedor con él. Más de una vez Temür oyó la palabra «demonio» susurrada a sus espaldas en alemán.

Finalmente, el Komtur Heinrich volvió a llamarlo a su presencia.

—Temür, eres un hombre muy especial, pero debes irte. Aunque me gustaría que permanecieras entre nosotros, no puedes quedarte más tiempo aquí. Quizá sea injusto, pero conozco a mis hombres. Tu sola presencia inspira temor.

Temür asintió, era todo lo que deseaba.

—Lo comprendo.

Heinrich lo observó atentamente.

—Creo que salvaste a esos italianos por compasión y no por interés personal.

El Komtur caminó hasta la ventana desde donde se veía el patio cubierto de nieve.

—Por eso permitiré que te marches.

Una oleada de alivio recorrió a Temür.

—Viajarás hacia el oeste bajo protección teutónica durante parte del camino. Después, Dios decidirá tu destino.

Temür inclinó respetuosamente la cabeza.

—Tenéis mi gratitud, Komtur.

El anciano caballero sonrió levemente.

—Has sido muy útil, en la fortaleza se hablará de ti por mucho tiempo. Te deseo que encuentres lo que buscas, mongol.

CAPÍTULO 14

VIENA

Dos mañanas después, las puertas de Falkenberg volvieron a abrirse, y Temür salió de ellas como un hombre libre.

La nieve seguía cubriendo los bosques más allá de las murallas. Alguien había cuidado muy bien de Salkhi y de Suld y, al igual que él, ambos parecían ansiosos por partir. Así, Temür, Marco y Emilio emprendieron juntos el camino hacia Viena bajo un pálido cielo invernal.

Varios sargentos teutónicos montados los escoltaron durante la primera parte del trayecto. A medida que avanzaban hacia el oeste, el mundo volvió a transformarse lentamente. Las ásperas tierras fronterizas dieron paso a regiones más ricas.

Atravesaron ríos congelados cruzados por puentes de piedra, vieron aldeas agrupadas alrededor de iglesias, monasterios rodeados de viñedos dormidos bajo la nieve, molinos de viento elevándose sobre campos blancos y caminos abarrotados de mercaderes, peregrinos y soldados.

Por primera vez en años, Temür contempló tierras intactas, no marcadas por la guerra. Su indumentaria guerrera permanecía oculta bajo una amplia capa oscura, pero su casco revelaba de inmediato su origen mongol.

En algunos pueblos, los niños lo miraban aterrorizados antes de esconderse tras sus madres. Escuchó a viajeros reunidos alrededor de fogatas intercambiando rumores sobre los mongoles. Ciudades incendiadas, ejércitos destruidos y el fin del mundo acercándose desde Oriente.

Temür escuchaba en silencio.

Por las noches, bajo estrellas occidentales desconocidas, permanecía despierto junto al fuego mientras los italianos dormían.

Y siempre sus pensamientos viajaban por delante de él. Hacia Viena. Hacia Layla.

El viaje hacia Viena duró cinco días. Pero no estuvo exento de dificultades.

Como viajeros experimentados y conscientes de las exigencias de un largo recorrido, Marco y Emilio habían pedido prestada una suma de dinero al Komtur antes de partir. La necesitarían para alojamiento, peajes, permisos de tránsito y las innumerables tasas exigidas por los señores de las tierras que debían atravesar.

Una noche buscaron refugio en una posada junto al camino. Al principio, el posadero pareció dispuesto a recibirlos. Pero en cuanto vio a Temür, con sus anchos hombros, su rostro curtido por la intemperie y sus rasgos extranjeros, su expresión cambió. La hospitalidad se convirtió en miedo. Murmurando excusas, les negó alojamiento y los obligó a continuar su camino.

Temür insistió en que los hermanos permanecieran allí mientras él pasaba la noche fuera, pero Emilio negó con la cabeza.

—No. Estaremos más seguros contigo. La gente que hemos encontrado por estas tierras me inspira poca confianza.

Tenía razón.

Cabalaron una corta distancia hasta internarse en un bosque y acamparon bajo un grupo de altos pinos. Abrevaron y desensillaron los caballos, encendieron una pequeña fogata y calentaron una cena sencilla antes de prepararse para dormir.

Los hermanos, agotados por la jornada, se quedaron dormidos enseguida. Temür permaneció despierto. Tendido bajo su manta, observaba las últimas brasas del fuego. Como siempre, pensaba en Layla.

En algún lugar más allá de las montañas y bosques que tenía delante, ella lo esperaba y cada día lo acercaba más a ella.

De repente, Suld levantó la cabeza. El perro permaneció inmóvil, mirando fijamente hacia la oscuridad entre los árboles.

Temür se puso inmediatamente alerta. Se envolvió en la manta y se incorporó silenciosamente. Estaba a punto de investigar cuando tres figuras encapuchadas surgieron de las sombras.

La luz de la luna brilló sobre las dagas que llevaban en las manos. El primero era un gigante de cuello grueso y hombros tan anchos como los de un buey. Una cicatriz irregular le recorría el rostro desde la oreja izquierda hasta la mandíbula. La barba parecía cortada con un cuchillo.

El segundo era alto y delgado, con un rostro afilado como el de un zorro. Sus ojos inquietos se movían constantemente de un viajero a otro.

El tercero era más joven, pero no menos peligroso. Tenía la nariz rota, dientes torcidos y la impaciencia nerviosa de un hombre ansioso por usar su arma.

El gigante apuntó su daga hacia Temür.

—No os mováis.

El grito despertó a Marco y Emilio. Sobresaltados, se arrimaron a Temür.

El ladrón flaco sonrió.

—Parecéis caballeros adinerados, mis señores. Hombres instruidos. Seguro que sabéis que pasar la noche al aire libre no es prudente.

Su sonrisa se ensanchó.

—Hay vagabundos muy peligrosos en estos bosques.

Los tres bandidos soltaron una carcajada.

El más joven dio un paso adelante.

—Basta de hablar. Entregad vuestro dinero y vuestras pertenencias si no queréis que vuestra sangre empape este suelo.

Los hermanos ya temblaban de frío, ahora también temblaban de miedo.

De pronto, el gigante golpeó a Emilio en el rostro y lo derribó.

Temür no se movió.

Marco comenzó a sacar su bolsa de dinero, pero Temür extendió una mano desde debajo de su manta y se la sujetó.

El gigante frunció el ceño.

—¿Qué estás haciendo?

—Necesitamos ese dinero —respondió Temür con calma—. Sin él no podremos continuar nuestro viaje.

El ladrón levantó la daga.

—Entonces quizá prefieras morir.

Temür señaló a Salkhi.

—Tengo algo mucho más valioso en mi alforja. Llévenselo.

El gigante hizo un gesto al ladrón flaco.

—Ve a mirar.

El hombre se acercó cautelosamente al caballo y abrió la alforja. Un momento después sacó un paño de seda negra doblada. Lo miró y lo arrojó al suelo.

—Aquí no hay nada. Solo este trapo.

Volvió a registrar la bolsa, y se giró furioso.

—¡Se están burlando de nosotros!

Lleno de ira, avanzó hacia Emilio.

—Abrámosle el vientre a uno de ellos. Los demás aprenderán.

Antes de que pudiera dar otro paso, Temür se movió.

Se colocó entre el ladrón y Emilio.

—Un momento, amigo mío.

Su voz seguía siendo tranquila.

—Estás despreciando lo más valioso que poseo.

El ladrón frunció el ceño. Temür se inclinó, recogió la seda negra y la desplegó de un tirón. El estandarte de Kublai Kan se abrió al viento nocturno.

Al mismo tiempo, Temür dejó caer su manta. La luz de la luna relució sobre las piezas metálicas de su armadura y su mano descansaba sobre la empuñadura de la daga.

El silencio cayó sobre el claro. Los tres ladrones lo contemplaron en pánico. Sus rostros perdieron el color. Uno dejó caer su daga. El segundo hizo lo mismo. El tercero retrocedió tropezando.

—¡Es un mongol! —gritó—. ¡Corred!

Temür desenvainó su puñal.

—El primero que dé un paso recibirá esto en la columna vertebral.

Nadie se movió.

—Mi señor —balbuceó el gigante—. No lo sabíamos. Lo juramos.

Temür volvió a guardar el arma.

—Quitados la ropa.

Los ladrones lo miraron incrédulos.

—¿Mi señor...?

—Golpeaste a mi amigo sin necesidad. Quitáosla.

La orden no admitía discusión. Aterrorizados, obedecieron.

Pronto estaban descalzos y en ropa interior bajo el frío de la noche. Temür les ató muñecas y tobillos con una cuerda tomada de su silla de montar. Los tres quedaron tendidos sobre el suelo, temblando.

Temür se volvió hacia los hermanos.

—Emilio tenía razón. Este lugar es peligroso.

Marco soltó una carcajada.

Por primera vez desde la aparición de los ladrones, Emilio consiguió sonreír. Empacaron el campamento y montaron de nuevo.

Antes de marcharse, Temür miró a los hombres inmovilizados.

—Mañana avisaremos a las autoridades dónde encontrarlos.

Luego observó la oscuridad del bosque.

—Si los lobos no los encuentran primero.

Poco a poco el invierno comenzó a aflojar su dominio sobre la tierra.

Mientras Temür y los italianos cabalgaban cada vez más, acercándose al corazón de Europa, la nieve seguía cubriendo bosques y montañas, pero los ríos empezaban a deshelarse y los caminos se llenaban de mercaderes, peregrinos, soldados y nobles que viajaban bajo coloridos estandartes.

Los caminantes miraban a Temür con curiosidad y se mantenían a distancia. Para Temür, cada jornada revelaba un mundo nuevo.

Vio enormes catedrales cuyas torres parecían perforar las nubes. Aldeas rodeadas de viñedos en lugar de interminables praderas. Puentes de piedra más antiguos que cualquier construcción que hubiera contemplado jamás. Monasterios llenos de campanas y monjes cantando oraciones. Y castillos que se alzaban sobre las colinas como montañas construidas por hombres.

Nada se movía como la estepa. Todo allí parecía permanente. Incluso los bosques parecían antiguos.

Marco y Emilio solían explicarle las tierras por las que pasaban. Los dominios de los príncipes, las rivalidades entre nobles, la autoridad de los obispos y los impuestos exigidos en cada puente.

Temür escuchaba en silencio, absorbiéndolo todo. Por fin, una fría mañana, Viena apareció ante ellos.

Temür detuvo a Salkhi en la cima de una colina que dominaba la ciudad. Enormes murallas rodeaban Viena como un mar de piedra. Torres se elevaban por encima de los tejados rojizos mientras las campanas de las iglesias resonaban sin descanso a través de la neblina matinal.

La ciudad era más grande que cualquier cosa que Temür hubiera imaginado.

Marco sonrió con orgullo.

—Bienvenido a Viena.

Pero antes siquiera de llegar a las puertas de la ciudad, un grupo de guardias montados les cortó el paso.

Los soldados llevaban cotas de malla reforzadas con placas de acero, pesadas capas y cascos adornados con insignias nobiliarias. Sus caballos parecían gigantes al lado de Salkhi.

Los ojos del capitán se fijaron de inmediato en la armadura mongola de Temür.

—Entregad vuestras armas.

La atmósfera cambió al instante. En cuestión de segundos, varias ballestas apuntaban hacia Temür.

Marco intervino inmediatamente.

—¡Está bajo nuestra protección!

El capitán lo ignoró.

—Un mongol solo entra en Viena encadenado.

Temür entregó lentamente su arco y su sable.

Suld gruñó junto a Salkhi. Los guardias rodearon a Temür y lo separaron de los italianos.

Emilio protestó furiosamente en latín mientras Marco exigía hablar con las autoridades de la ciudad, pero no sirvió de nada.

Temür fue conducido por las calles bajo miradas hostiles. La gente susurraba con temor al verlo, algunos se persignaban, otros escupían al suelo.

Para ellos, los mongoles no eran hombres.

Eran el castigo de Dios.

Temür pasó los dos días siguientes encerrado en una torre de piedra junto a las murallas de la ciudad.

La celda era pequeña, pero limpia. Una estrecha ventana le permitía contemplar parte de Viena: campanarios, tejados cubiertos de nieve y las murallas del castillo alzándose a lo lejos.

Cada día acudían funcionarios para interrogarlo.

Otra vez respondió preguntas sobre los ejércitos mongoles, por Batu Kan, por números, tácticas, rutas y las intenciones del imperio respecto a Europa.

Algunos lo interrogaban con calma. Otros lo observaban con un odio apenas disimulado.

Finalmente, un anciano noble le preguntó:

—¿Cuántos cristianos has matado?

Temür respondió con sinceridad.

—Dejé de contarlos hace años.

El hombre se marchó sin añadir una sola palabra.

Mientras tanto, Marco y Emilio habían sido recibidos en la residencia de una influyente familia noble austríaca vinculada a poderosos mercaderes del norte de Italia. El padre de los hermanos había comerciado con esta familia durante años, a través de los puertos de Venecia.

El cabeza de la familia era el príncipe Leopold von Altenburg, un rico señor cuyas tierras e influencia se extendían por toda la región.

Leopold recibió cordialmente a los italianos en su castillo, que dominaba la ciudad desde una colina.

Pero cuando supo que habían viajado junto a un mongol, se sorprendió y pidió explicaciones.

Marco le relató toda la historia: Su captura cerca de Kiev. La condena a muerte. Cómo Temür les había salvado la vida. La huida y la persecución a través de la nieve. Y su paso por las tierras de la Orden Teutónica.

Cuando terminó el relato, el príncipe permaneció largo rato en silencio.

—¿Desertó de los mongoles por una mujer? —preguntó finalmente.

Marco asintió.

—Y porque es un hombre de honor —añadió Emilio en voz baja—. Dejó de ser leal cuando presencié la crueldad innecesaria de sus ejércitos.

El príncipe contempló las llamas de la chimenea durante unos instantes. Europa solo había oído hablar de monstruos cuando se mencionaba a los mongoles.

Sin embargo, aquellos hombres le hablaban de valor, lealtad y misericordia. Por fin se puso de pie.

—Hablaré con él. Además, si los mongoles representan una amenaza para nosotros, puede poseer información valiosa.

Al día siguiente, Temür fue llevado nuevamente ante las autoridades de la ciudad.

Esta vez el propio príncipe lo esperaba.

Leopold vestía ropas de terciopelo oscuro ribeteadas con pieles y una cadena de plata que señalaba su rango. Junto a él permanecían varios caballeros armados cuya apariencia llamó inmediatamente la atención de Temür.

Sus armaduras eran impresionantes. A diferencia de las cotas ligeras y armaduras laminares utilizadas por los mongoles, aquellos caballeros occidentales parecían encerrados dentro de hierro. El acero brillante cubría cabeza, hombros, brazos, rodillas y pecho.

Sus espadas eran enormes.

Y sus caballos...

Temür jamás había visto animales semejantes.

Los enormes destreros²¹ eran casi una cabeza más altos que Salkhi. No habían sido criados para la velocidad ni para la resistencia, sino para aplastar enemigos durante una carga. Temür comprendió de inmediato por qué la caballería occidental inspiraba tanto temor a los ejércitos de infantería.

El príncipe Leopold se acercó a él con tranquilidad. La influencia del príncipe tenía un enorme peso dentro de Viena.

Después de largas discusiones, acusaciones encendidas y las furiosas objeciones de varios caballeros, Leopold consiguió finalmente que Temür fuera puesto bajo su custodia personal.

²¹ Los **destreros** eran los caballos de guerra de los caballeros medievales. Eran de enorme fuerza, para soportar el peso de la armadura.

Temür salió de aquella experiencia más delgado y agotado, pero vivo. La mañana siguiente lo condujeron hasta su caballo.

Suld estaba junto a él y corrió emocionado a recibirlo.

Cuando Temür abandonó el castillo, el príncipe Leopold lo esperaba acompañado por varios guardias montados.

—Eres afortunado, mongol —dijo el anciano príncipe con calma—. La mayoría de los hombres de esta ciudad te colgarían gustosamente de las murallas.

Temür inclinó la cabeza.

—Lo sé.

El príncipe lo observó atentamente.

—Ven. Mi familia desea conocer al hombre que cruzó medio mundo persiguiendo a una mujer.

Durante el trayecto, el príncipe le preguntó por Layla y por el padre Nicolás.

Temür le explicó toda la situación.

Tras reflexionar cuidadosamente, Leopold le dijo:

—Tengo muchos contactos en Viena. Buscaré a esa mujer. Tengo influencias y relaciones en todo el territorio. Si está aquí, la encontraremos; comprendo lo importante que es para ti.

Temür sonrió agradecido.

El castillo de la Casa Hohenberg se alzaba sobre una elevación rocosa que dominaba el río.

Temür quedó maravillado por todo cuanto vio en su interior: Grandes salones iluminados por candelabros. Techos pintados. Ventanas de cristal coloreado. Músicos. Sirvientes. Y damas nobles vestidas con ricas sedas y pieles.

Pero una vez más, lo que más llamó su atención fueron los caballeros. Jamás había visto guerreros tan fuertemente protegidos. Los caballeros austríacos parecían gigantes junto a los hombres comunes.

Sus caballos de guerra eran enormes bestias criadas para el combate, cubiertas con gualdrapas bordadas y armaduras de cuero reforzado.

Temür observó a un grupo entrenando en el patio.

La tierra misma temblaba bajo el peso de los caballos al galope. Sus armaduras relucían como plata bajo el sol: cota de malla, placas de acero, grandes yelmos, escudos macizos, y lanzas más largas que cualquier arma utilizada por los mongoles.

Temür reflexionó mientras observaba a los hombres que lo rodeaban.

Entre los mongoles él siempre había destacado por su estatura. Sin embargo, desde que abandonó el ejército de Batu Kan, casi todos los hombres que había encontrado en las tierras occidentales eran considerablemente más altos que él.

Comprendió entonces que los hombres de su pueblo —y también sus mujeres— eran, por naturaleza, más bajos que aquellos occidentales de anchos hombros y largas extremidades.

Aquello lo llevó a preguntarse cómo era posible que los mongoles, aparentemente pequeños frente a aquellos gigantes, hubieran conquistado casi toda Asia y llevado sus ejércitos hasta el corazón de Europa.

La respuesta parecía evidente.

La altura de un guerrero no determinaba su valor. Tampoco su capacidad para combatir ni la firmeza de su espíritu.

Los mongoles habían demostrado una y otra vez que la disciplina, la habilidad y la determinación podían

más que la fuerza bruta. Y mientras contemplaba a aquellos hombres corpulentos, Temür recordó los innumerables ejércitos que habían caído ante los jinetes de la estepa.

No. El tamaño de un hombre no decidía las batallas. Su voluntad, sí. Sobre el caballo, las diferencias desaparecían. Allí, en la silla de montar, el mongol volvía a ser el amo de la estepa.

El príncipe Leopold notó su curiosidad.

—Nuestros caballeros combaten de forma diferente a los de tu pueblo.

Temür asintió.

—Un caballo mongol se mueve como el viento — dijo.

Miró nuevamente hacia los jinetes acorazados.

—Pero estos...

Guardó silencio un instante.

—Estos combaten como montañas.

El príncipe soltó una profunda carcajada.

—Una descripción justa.

Días después, el príncipe Leopold regresó finalmente con las noticias que Temür había esperado con desesperación.

Entró en sus aposentos llevando una carta sellada.

—Los hemos encontrado.

Temür se puso de pie de inmediato.

—¿Dónde?

—Permanecieron un tiempo en Viena bajo la protección de la Iglesia. Pero volvieron a partir.

El corazón de Temür se encogió.

—¿Adónde fueron?

El príncipe desplegó la carta.

—No te preocupes. No han ido lejos. Están en el castillo de Rheinfeld, al oeste de la ciudad. Una familia noble leal a la Corona les ha concedido protección.

Temür apenas esperó a que terminara de hablar.

—Debo partir inmediatamente.

El príncipe levantó una mano para detenerlo.

—Saldrás mañana al amanecer. Los caminos siguen siendo peligrosos y viajarás bajo mi protección.

Temür inclinó profundamente la cabeza. Ninguna palabra podía expresar lo que sentía. Después de años creyendo que Layla había desaparecido para siempre, ahora estaba cerca. Muy cerca.

El castillo de Rheinfeld se alzaba entre verdes valles y bosques tocados por los primeros signos de la primavera.

Cuando Temür atravesó finalmente sus puertas bajo los estandartes de la Casa Hohenberg, su corazón latía con más fuerza que en cualquier batalla.

Sirvientes y guardias se volvieron nerviosos al ver al guerrero mongol cruzar el patio. Y entonces, en un instante, todo el universo se redujo a un jardín.

Layla estaba allí.

Lo primero que Temür reconoció no fue su rostro, fue su voz. Acababa de cruzar el patio interior de la propiedad del príncipe Rheinfeld cuando oyó a una mujer hablar en árabe bajo los arcos de piedra de la galería del jardín.

Las palabras eran simples. Hablaba con una sirvienta. Pero el sonido de la voz lo golpeó con más fuerza que una lanza. Por un instante, permaneció inmóvil. Los recuerdos de los años transcurridos desaparecieron de su mente.

Solo permaneció su voz.

Con cuidado, entró en el jardín. Layla estaba de espaldas a él. Pero, instantáneamente, se quedó inmóvil. Luego se volvió y la bandeja que sostenía resbaló de sus manos y se hizo añicos contra las piedras.

Por un instante, ninguno de los dos se movió.

Layla ya no era la muchacha que había caminado junto a él bajo los cálidos cielos de los jardines del sultán. El tiempo había refinado su belleza hasta convertirla en algo más sereno y profundo. Parte de su oscuro cabello permanecía cubierto según la costumbre de las casas nobles, y su vestido llevaba los colores de la corte del príncipe Rheinfeld. Pero sus ojos seguían siendo los mismos.

Aquellos mismos ojos. Los ojos que lo habían visto partir hacia la guerra.

—Temür... —susurró.

Él intentó hablar, pero pudo. Layla cruzó el patio casi corriendo. Cuando llegó hasta él, se detuvo de golpe, como si temiera que pudiera desaparecer si lo tocaba.

—Estás vivo...

Entonces comenzó a llorar. No con sollozos ruidosos, sino en silencio, temblando, mientras años de dolor se desmoronaban dentro de ella.

Temür la tomó suavemente entre sus brazos, como un hombre que teme despertar de un sueño. Cuando se abrazaron comprendieron que ya no eran niños. Habían crecido. El contacto de sus cuerpos era distinto al que recordaban.

Una pasión inmensa los inundó. Más intensa que cualquier sentimiento que hubieran conocido antes.

El beso duró largo tiempo.

Permanecieron abrazados bajo los rosales de invierno, aquellas flores pálidas que a veces florecen en el frío y que parecían haber nacido únicamente para ellos.

Aquella tarde caminaron juntos más allá de los límites de la propiedad. La primavera comenzaba a tocar los campos alrededor de Viena. Del suelo brotaban pequeños tallos verdes y en ese momento las aguas del Danubio reflejaban los últimos tonos rojizos del atardecer.

Habían pasado tantos años de ausencia; pero poco a poco, el estar juntos otra vez fue suavizando sus heridas.

Layla le habló de la caída de la caravana de su padre después de que las invasiones mongolas destruyeran las rutas comerciales de Oriente. Le habló de la huida con el padre Nichols, de los desesperados viajes hacia Occidente bajo la protección de comerciantes amigos de su familia.

Finalmente habían llegado a las tierras del príncipe Rheinfeld, quien les había ofrecido refugio, debido a la amistad que tenía con su padre.

—Mi padre murió dos inviernos después —dijo en voz baja.

Temür bajó la mirada.

—Yo debería haber estado allí.

—Lo único que importa es que tú no estás muerto.

Aun así, la culpa se instaló pesadamente en su corazón.

Layla le preguntó sobre él. Al principio Temür habló poco. Le contó sobre el ejército mongol, sobre los ríos congelados cruzados bajo estandartes de crines de caballo, y sobre ciudades ardiendo bajo el estruendo de las máquinas de asedio.

De Kiev habló apenas unas pocas frases.

—A veces todavía escucho los gritos.

Layla tomó su mano.

—Tú no eres ese hombre —dijo con firmeza—. Eso fue la guerra. Lo que eres ahora... es lo que siempre fuiste.

Temür sintió que la tensión dentro de él comenzaba a disminuir. La presión que había oprimido su corazón durante tantos años comenzaba a ceder.

No completamente, pero era el principio.

Durante los días siguientes estuvieron juntos constantemente.

Por los jardines, junto al río, bajo las torres de las catedrales que Temür todavía encontraba extrañas e intimidantes.

A veces hablaban durante horas. A veces no hablaban en absoluto.

Una tarde, mientras una ligera nevada caía sobre la propiedad, Layla se rio al verlo luchar con algunas palabras alemanas.

—Has conquistado medio mundo —bromeó—. ¿Y esto es lo que te derrota?

Temür sonrió.

—Los alemanes son incluso más estrictos que los rus.

Ella volvió a reír.

Una oleada de felicidad invadió a Temür.

Durante años había creído que jamás volvería a escuchar aquella risa.

Cuando Temür y Layla entraron en el gran salón del castillo, aún tomados de la mano, una figura vestida con una sencilla túnica marrón se abrió paso entre los invitados.

—¡Temur!

El joven se volvió al escuchar aquella voz tan familiar.

—¡Padre Nicolás!

En dos zancadas llegó hasta él y ambos se abrazaron con fuerza. Durante unos instantes ninguno pudo hablar.

—Gracias a Dios —dijo finalmente el sacerdote, con los ojos humedecidos—. Temía no volver a verte jamás.

—Yo también pensé que había perdido a todos —respondió Temur—. Pero aquí estamos.

El anciano sonrió y tomó a Layla de la mano.

—Los rumores de que Batu Kan iba a atacar Alepo a pesar del arreglo con el Sultan se hacían cada vez más creíbles e hicieron que mucha gente decidiera dejar la ciudad y buscar refugio en el oeste, en algún reino de Europa. La familia de Layla decidió unirse a ellos. Viajamos durante meses. Pasamos hambre, frío y peligros en el camino, pero Dios fue misericordioso con nosotros. Luego de pasar por la Orden de los Teutones, finalmente llegamos a Viena, donde el príncipe Rheinfeld nos ofreció protección.

Sacudió la cabeza, todavía maravillado.

—Y ahora te veo aquí, sano y salvo. Después de todo lo que has sufrido, después de cruzar medio mundo, has llegado hasta ella.

Miró a los dos jóvenes y sonrió.

—No puedo expresar cuánto me alegra verte con vida, hijo mío.

Temür había sobrevivido a batallas, desiertos, montañas y ejércitos enteros, pero aquellas sencillas palabras del viejo sacerdote lo conmovieron más que cualquier otra cosa.

—Nada de esto habría sido posible sin usted, padre —dijo en voz baja—. Usted me enseñó quién era cuando yo mismo no lo sabía.

El sacerdote colocó una mano sobre el hombro de Temür y otra sobre la de Layla.

—Entonces mi tarea ha terminado. Ahora les corresponde a ustedes escribir el resto de la historia.

Y por primera vez en muchos años, los tres pudieron sonreír sin temor al futuro.

Temür había encontrado a Layla.

Ambos vivían el sueño que habían imaginado cada noche durante años.

Nada más parecía importar.

Pero una nube de desesperación, a la que ellos eran indiferentes, se cernía sobre la ciudad.

Viena seguía viva, sus mercados estaban llenos, las iglesias rebosaban fieles, los nobles celebraban banquetes tras sus murallas, y, sin embargo, bajo todo aquel esplendor se movía un miedo silencioso.

Como si la ciudad ya escuchara el eco de cascos aproximándose desde Oriente. Las posadas estaban abarrotadas de refugiados procedentes de Hungría y Polonia. Extraños dialectos llenaban las calles cercanas a los mercados. Carretas abandonadas permanecían junto a las iglesias donde familias enteras dormían bajo mantas y pieles de animales.

Todos sabían que los mongoles podían aparecer en cualquier momento. Sin previo aviso.

Pero la felicidad que sentían Temür y Layla había apartado aquella realidad de sus pensamientos. Estaban juntos, y eso los hacía ignorar todo lo demás.

Sin embargo, el destino todavía tenía una última prueba preparada para ellos.

Una tarde, Layla condujo a Temür hasta una pequeña estancia iluminada únicamente por velas.

Su expresión estaba preocupada.

—Hay algo que debes saber.

Temür percibió inmediatamente que se trataba de algo serio.

—El príncipe Rheinfeld me ha tratado con honor —dijo ella—. Pero sucede que su segundo hijo... el lord Matthias...

Vaciló al pronunciar aquel nombre.

—Está enamorado de mí. Y desea casarse conmigo.

La expresión de Temür se endureció.

—¿Ha intentado algo contigo?

—No. Su educación no se lo permitiría. Pero insiste. Dice que me ama.

—¿Y tú?

Layla dio un paso hacia él.

—Solo te he amado a ti.

Temür cerró brevemente los ojos.

Ella continuó:

—Sabe quién eres. Y sabe lo que siento por ti.

Temür la miró interrogativamente.

—Ha oído las historias —continuó ella—. El guerrero mongol venido del este. El hombre que sobrevivió a Kiev.

—¿Y?

Layla vaciló.

—Dice que ningún extranjero errante se llevará lo que pertenece a su casa.

Llamaron a la puerta.

Un instante después, como si hubiera estado escuchando toda la conversación, lord Matthias entró en la habitación.

Era alto incluso para un caballero alemán, de hombros anchos, vestido con costosas prendas de lana, y con la confianza propia de quien jamás había conocido la derrota. Su barba rubia estaba cuidadosamente recortada.

La espada que colgaba de su cintura era una obra de arte. Sus ojos se posaron inmediatamente sobre Temür.

—Así que el bárbaro existe de verdad —dijo con frialdad.

Layla avanzó indignada.

—Basta.

Pero Matthias la ignoró.

—Ahora vistes seda —le dijo a Temür—, pero debajo de ella sigues siendo uno de los perros del Kan.

Temür permaneció tranquilo.

—Serví porque no tenía elección.

—¿Y ahora vienes a robar una mujer protegida por la casa de mi padre?

Layla intervino con dureza.

—No soy una propiedad.

Pero Matthias ya había tomado una decisión.

—Te desafío.

El silencio llenó la estancia.

—Un duelo —continuó—. Ante testigos. Caballo y espada.

Layla palideció, pero Temür sonrió.

—Acepto.

—¡No! —exclamó Layla.

Matthias se marchó.

Ella sujetó el brazo de Temür.

—Por favor... no hagas esto.

Su voz temblaba de auténtico miedo.

—Podemos marcharnos esta misma noche. Podemos ir al sur. A Italia. A Venecia. A cualquier parte. Por favor.

Temür acarició suavemente su rostro.

—Si huyo, nos perseguirán para siempre.

—¡No me importa!

—A mí sí.

Sus ojos se oscurecieron.

—Un hombre que abandona su honor termina abandonándose a sí mismo.

Los ojos de Layla se llenaron de lágrimas.

—Ya te perdí una vez.

Temür apoyó su frente contra la de ella.

—No volverás a perderme.

La noticia del inminente duelo llegó al príncipe Rheinfeld antes del anochecer.

El señor del castillo se encontraba reunido con varios de sus consejeros cuando uno de los guardias solicitó permiso para entrar. Tras escuchar el informe, el príncipe permaneció en silencio durante algunos instantes.

—¿Mi hijo ha desafiado al mongol? —preguntó finalmente.

—Sí, Alteza. El duelo tendrá lugar mañana al amanecer.

Los presentes intercambiaron miradas inquietas.

Rheinfeld se levantó lentamente y caminó hasta una de las estrechas ventanas de la sala. Desde allí contempló los patios del castillo, donde las antorchas comenzaban a encenderse bajo la llegada de la noche.

Conocía bien a Matthias. Era valiente, hábil con la espada y orgulloso hasta el exceso. También sabía que el

orgullo podía conducir a hombres excelentes hacia decisiones imprudentes.

—¿Y el extranjero ha aceptado?

—Sin vacilar, Alteza.

Aquella respuesta despertó su interés.

Había observado a Temür desde su llegada. El joven no se comportaba como un mercenario ni como un aventurero común. Había en él una serenidad extraña, una confianza silenciosa que no nacía de la arrogancia sino de la experiencia.

—Entonces asistiremos al duelo —dijo finalmente.

Uno de los consejeros pareció sorprendido.

—¿No creéis que el mongol representa una amenaza para el joven señor?

Rheinfeld permaneció pensativo. Amaba a su hijo, y había visto jóvenes nobles matarse uno al otro por causas no justificadas. Esta vez, iba a ser por amor, la más peligrosa y convincente de todas.

—He visto a muchos hombres presumir de valentía. Los verdaderamente peligrosos rara vez necesitan hablar de ella.

Aquella misma noche, el príncipe Rheinfeld mandó llamar a su hijo.

Matthias acudió de inmediato al despacho de su padre, convencido de que hablarían sobre los preparativos del duelo. Encontró al príncipe de pie junto a la chimenea, observando las llamas.

—Me han dicho que desafiaste al mongol —dijo Rheinfeld sin apartar la vista del fuego.

—Sí, padre.

—Y que él aceptó.

—Lo hizo.

El príncipe permaneció unos instantes en silencio antes de volverse hacia su hijo.

—Entonces escúchame con atención.

Matthias se irguió.

—No permitas que tu tamaño ni tu fuerza te den una confianza falsa.

El joven frunció el ceño.

—Padre, soy más alto que él, más fuerte y estoy entrenado desde niño en el manejo de la espada.

—Precisamente por eso me preocupa —respondió Rheinfeld.

Matthias lo miró sin comprender.

—¿Creéis que puede derrotarme?

—Creo que sería un error subestimarlos.

El príncipe se acercó lentamente a una mesa donde descansaban varios mapas de Europa y Asia. Extendió la mano sobre ellos.

—Mira esto. Desde las fronteras de China hasta las puertas de Hungría, estos hombres han derrotado a reyes, príncipes, caballeros y ejércitos enteros. Han destruido ciudades que parecían inexpugnables y han sembrado el miedo en naciones enteras.

Levantó la vista hacia su hijo.

—¿Crees que lo lograron porque eran más grandes o más fuertes que sus enemigos?

Matthias guardó silencio.

—No, padre.

—Lo consiguieron porque pelean de una manera que nosotros apenas comprendemos. Sus tácticas son distintas. Sus reflejos son distintos. Desde niños aprenden a vivir sobre un caballo y a combatir. Mientras nuestros muchachos juegan con espadas de madera, ellos cazan, cabalgan y disparan flechas a toda velocidad.

El príncipe señaló hacia la ventana, más allá de las murallas del castillo.

—No conoces la forma en que lucha ese pueblo. Y eso lo hace peligroso.

Matthias cruzó los brazos.

—Pero mañana no combatiremos con flechas, será un duelo a caballo.

—Lo sé. Y aun así no debes confiarte.

Rheinfeld apoyó ambas manos sobre los hombros de su hijo.

—Recuerda esto: cuando un enemigo ha sobrevivido a tantas guerras como ese joven, es porque posee algo más valioso que la fuerza. Experiencia. Instinto. Disciplina.

Sus ojos se endurecieron.

—Los hombres de la estepa han conquistado medio mundo. Todos los reinos les temen. No porque sean gigantes, sino porque son extraordinarios guerreros.

—¿Estás seguro de que no quieres cambiar de idea?

—¿Y ser tildado de cobarde? ¡Nunca, padre!

La respuesta de Matthias era definitiva, pero por primera vez desde que había lanzado el desafío, comenzó a comprender que al amanecer no se enfrentaría simplemente a un extranjero.

Se enfrentaría a un mongol.

El duelo tuvo lugar tres mañanas después, fuera de las murallas de Viena. Nobles y caballeros se reunieron bajo estandartes ondeantes mientras sacerdotes murmuraban oraciones al aire frío.

Matthias apareció vestido con una armadura completa de placas montado sobre un enorme destrero protegido por acero y cuero.

Su brillante yelmo ocultaba casi todo su rostro. Solo sus ojos eran visibles. Parecía invencible.

Temür vestía su armadura mongola de placas lacadas y cuero forrado de piel. Junto al caballo alemán, Salkhi parecía pequeño.

La multitud murmuró. Algunos incluso rieron.

En un momento, sonaron los cuernos. Los jinetes se separaron, cabalgando hasta llegar a opuestos límites del campo. Temür se preparó. Sus manos no temblaban, muchas veces se había lanzado al galope contra enemigos en una lucha a muerte.

Al otro extremo del campo, Matthias parecía una torre de hierro preparada para aplastarlo.

Temür bajó su lanza.

Layla observaba desde la multitud, pálida de terror.

El suelo tembló bajo los cascos.

Más cerca.

Más cerca.

Más cerca.

En el último instante posible, cuando la punta de la lanza de Matthias estaba apenas a unos pasos de su pecho, Temür tiró bruscamente de las riendas. Salkhi se desplazó lateralmente con una velocidad inesperada. La lanza de Matthias pasó de largo.

Temür golpeó el escudo de Matthias con su propia lanza, sin causarle daño. Pero aquel movimiento le confirmó algo importante. El enorme caballo alemán no podía cambiar su rumbo con rapidez.

Cuando ambos llegaron al final del recorrido, Matthias volvió a cargar inmediatamente. La segunda acometida fue aún más feroz. Esta vez apuntó a Salkhi.

Una vez más, Temür se apartó en el último instante. Pero en lugar de retirarse, hizo girar a Salkhi alrededor del caballo pesado.

Fue un movimiento rápido y preciso, como un lobo alrededor de un oso. Antes de que el destrero pudiera completar el giro, Temür ya estaba a su lado.

Se incorporó sobre los estribos. En su mano sostenía una maza, el arma utilizada por los mongoles para aplastar armaduras.

Golpeó con fuerza, no al hombre, a la placa metálica en la cabeza del caballo. El destrero se encabritó violentamente y Matthias perdió el equilibrio.

El peso de su armadura terminó de derribarlo y cayó al suelo con un estruendo de acero.

La multitud contuvo la respiración.

Antes de que pudiera levantarse, Temür desmontó y apoyó la hoja curva de su sable sobre la garganta del caballero.

El silencio reinó en todo el campo. Matthias lo miró desde el suelo, humillado.

Todos sabían que Temür tenía derecho a matarlo.

En lugar de hacerlo, el mongol dio un paso atrás.

—No he venido aquí para derramar sangre.

El príncipe Rheinfeld se puso lentamente de pie.

Sin perder tiempo, declaró vencedor a Temür y se retiró acompañado de su séquito.

CAPÍTULO 15

PAZ

Las campanas de primavera tronaban por toda la ciudad.

La gente inundó las calles riendo, gritando y abrazando a desconocidos como si una gran peste hubiera desaparecido repentinamente del mundo.

Las ventanas se abrían sobre las abarrotadas avenidas con gente gritando,

—¡Los mongoles se están retirando!

—¡Los ejércitos del este se marchan!

—¡Se han ido!

La noticia había llegado poco antes del amanecer con un jinete procedente de Hungría. En pocas horas el rumor se extendió por todos los mercados, iglesias y tabernas de Viena.

En el gran salón del palacio, nobles y capitanes rodeaban al agotado mensajero.

—Es cierto —dijo el hombre entre jadeos—. Los príncipes mongoles se están retirando hacia el este. Sus ejércitos han abandonado el avance.

—¿Cómo puede ser? —preguntó uno de los generales—. ¿Por qué?

El mensajero se secó el sudor de la frente.

—El Gran Kan ha muerto.

Muy lejos de allí, más allá de las interminables llanuras, de los ríos, desiertos y montañas que ningún

austríaco llegaría jamás a contemplar, había fallecido en su lejana capital el gobernante del imperio más vasto que la Tierra conocería.

—Los comandantes mongoles han sido llamados de regreso —continuó el mensajero—. Han sido ordenados atender el consejo que elegirá al próximo Gran Kan.

Varios hombres se miraron con incredulidad.

—Entonces Europa ha sobrevivido —susurró un obispo.

—Por ahora —respondió otro en voz baja.

En las calles, las celebraciones crecían por momentos. La gente se arrodillaba en plena vía pública para agradecer a Dios su salvación. Los soldados se abrazaban como hermanos regresados de la guerra.

Pero no todos celebraban sin temor. Un viejo general permanecía junto a una ventana del palacio observando a la multitud.

—Podrían habernos destruido —murmuró.

Nadie respondió, porque todos sabían que decía la verdad. Los mongoles habían barrido el mundo desde los confines de Asia hasta las puertas mismas de Europa. Reino tras reino había caído ante ellos como hierba seca ante el fuego.

Y ahora, de repente, por voluntad propia, se habían marchado. No habían sido derrotados ni habían sido destruidos.

Simplemente habían sido llamados de regreso por la muerte de un solo hombre, a miles de kilómetros hacia el este.

El anciano general se persignó lentamente.

—Si ese mensajero hubiera llegado un año más tarde —dijo—, quizá toda Europa estaría hablando ahora su lengua.

Los años habían encorvado la espalda del padre Nicolás y plateado los últimos cabellos que aún sobrevivían bajo su capucha.

Al anciano sacerdote le gustaba hablar de un monasterio situado en uno de los lugares más hermosos de Italia, donde el aire siempre era fresco y desde cada ventana podía contemplarse el mar.

Cuando finalmente anunció su decisión de regresar a Italia, ni Temür ni Layla se sorprendieron.

El viejo sacerdote había pasado toda una vida recorriendo caminos lejanos y conviviendo con pueblos extraños.

Ahora deseaba terminar sus días en el tranquilo monasterio donde su viaje había comenzado.

—He enterrado demasiados amigos en demasiadas tierras —dijo con una suave sonrisa—. Ha llegado el momento de que este viejo peregrino regrese a casa.

La mañana de su partida, los tres permanecieron juntos ante las puertas de la ciudad. Un pequeño carro aguardaba junto al camino con las pocas pertenencias del sacerdote.

En un momento, Temür desapareció y regresó al rato llevando en sus manos un cofre de madera.

—¿Qué es esto? —preguntó el padre Nicolás.

—El relato de mi vida—respondió Temür.

Dentro se encontraban los pergaminos que había escrito durante años. Hablaban de la estepa, de su expulsión del clan, de su vida con los musulmanes, de sus batallas como guerrero mongol, y, sobre todo, de Layla.

Eran un compendio del extraño camino que había conducido a un niño guerrero mongol hasta el corazón de la Cristiandad.

El anciano sacerdote levantó la vista sorprendido.

—Quiero que te los lleves.

El padre Nicolás negó suavemente con la cabeza.

—No puedo llevármelos, te pertenecen.

—Pertenecen al futuro —respondió Temür—. Una vez me enseñaste que la memoria es frágil. Los hombres mueren. Las ciudades caen. Los imperios desaparecen. Pero las palabras pueden viajar más lejos que los jinetes.

Los ojos del sacerdote brillaron de emoción.

—Las conservaré para el futuro y dormirán hasta que alguien la lea.

El padre abrazó por última vez a Temür y a Layla, subió al carro, tomó las riendas y emprendió el camino hacia el oeste.

Temür y Layla lo observaron hasta que desapareció más allá del horizonte. Ninguno de ellos se imaginaba que aquel cofre sobreviviría a reinos, guerras y siglos de silencio. Pero el padre Nicolás lo presentía.

Temür y Layla se casaron antes del verano.

No en la magnificencia de los palacios orientales ni bajo estandartes mongoles, sino en una pequeña capilla que dominaba el río.

Marco y Emilio asistieron orgullosos a la ceremonia. Layla vestía un traje blanco bordado con motivos de su tierra natal. Temür llevaba seda oscura bajo una capa de piel de lobo. Por fin había dejado de sentirse un hombre perdido entre dos mundos.

Cuando la ceremonia concluyó, Layla tomó su mano mientras las campanas resonaban por todo el valle.

—¿Adónde iremos ahora? —preguntó suavemente.

Temür miró hacia el horizonte occidental.

Por primera vez en muchos años, allí no lo esperaba ninguna guerra.

Solo el futuro.
Y por fin...
La paz.

FIN



Sobre el autor

Jorge Morel, ingeniero de profesión, vivió durante veinticinco años en Europa y Asia. Muchas de las ciudades, paisajes y culturas que aparecen en sus libros están inspirados en los lugares donde residió y trabajó.

Relató parte de sus experiencias en la obra *Siete años en Japón, India e Indonesia*, publicada originalmente en español.

Entre sus trabajos de no ficción también se encuentra *La seducción comienza cuando la mujer dice «No»*, escrito bajo el seudónimo de Jorge Armando.

Sus obras de ficción, publicadas en inglés y español, incluyen:

- *Dos criaturas inocentes*
- *Flora, la mujer de los cuchillos*
- *The Ranger*
- *El sastre y la joven del pendiente de perla*
- *Venganza*
- *Gina*
- *El hombre sin memoria*
- *El piloto*
- *El mongol*

Actualmente se encuentra retirado y reside en Chicago, Estados Unidos.

Correo electrónico: jorgemorel@hotmail.com

